



El agujón

Sílvia Soler



DESTINO

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Agradecimientos

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Los Sureda-Faura son una familia formada por tres hermanos, Laura, Ignasi y Judit, y sus padres Helena y Sebastián. La familia vive en el pueblo, en la casa familiar de veraneo de los abuelos Faura. Sebastián es un reconocido dramaturgo que siempre ha antepuesto su carrera a su familia, incluso en los años clave de la

infancia de sus hijos, que lo necesitaron más que nunca después de la trágica e inesperada muerte de Helena por una picada de abeja.

Pasan los años, Sebastián muere y los tres hermanos se reúnen. Hay que pensar qué hacer con la casa familiar. La muerte del padre coincide con un momento en la vida de los tres hermanos que los lleva a decidir instalarse todos en la casa. Ignasi se ocupará de la reforma para poder venderla mejor, y mientras tanto Laura decide poner orden a la biblioteca familiar.

El aguijón

Sílvia
Soler

Traducción de
Concha Cardeñoso Sáenz de Miera

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1457

*A Jordi Cuixart que, a pesar de su encarcelamiento injusto,
nunca se cansa de reivindicar la ternura*

Aunque las casas se vendan o se dejen a otras personas, siempre las llevamos dentro.

NATALIA GINZBURG

Capítulo 1

Mi madre murió por culpa de un pinchazo y, como a mí me gustaba tanto el cuento de *La Bella Durmiente*, siempre pensé que se despertaría en algún momento.

El dolor que sentí el día de su muerte no fue nada; nada en comparación con la tristeza infinita que me embargó más tarde, días y semanas después, cuando tuve que reconocer que aquello —su ausencia— era para siempre.

Con los años he llegado a comprender que ahí reside el centro exacto de la pena, la espina que siempre llevaremos clavada en el corazón: saber que la muerte es definitiva, afrontar este inmenso nunca más que se nos presenta y que escapa a nuestro entendimiento.

Estamos a primeros de octubre y todavía aprieta el calor. Deben de ser las siete de la tarde. Estoy en mi habitación haciendo los deberes y Judit está jugando a mi lado, en la alfombra, con unos bloques de colores. Los pone unos encima de otros y construye una torre. Cuando consigue que sea muy alta se emociona, bate palmas y da grititos: «¡Mira, Laura, mira!». Inevitablemente, hace un movimiento brusco a causa de la emoción y la torre se derrumba con gran estrépito. Me enfado: «¡Así no puedo hacer los deberes! Voy a decírselo a mamá». Me mira con cara de corderito y sonrío: «Ahora no se caerá, ya verás», y vuelve a montar la construcción.

Ahora oigo unos golpes en la pared, vienen de la habitación de al lado, marcan un ritmo sincopado. Pum, pum, pum. Es Ignasi con la pelota. Se lo he visto hacer muchas veces: la lanza contra la pared, la coge y la vuelve a tirar.

—¡Ignasiiii!!!

—¿Qué?

—¡Haz el favor de parar!

Pum, pum, pum, los golpes en la pared, la voz aflautada de Ignasi contando: quince, dieciséis, diecisiete...

Me levanto de repente y la silla se cae al suelo. Judit se asusta y me mira; para tranquilizarla, le pongo la mano un momento en la cabeza, poblada de rizos. Noto el tacto suave de su pelo, la acaricio un poco.

—No es nada —le digo, mientras pongo la silla de pie—. Ahora vuelvo.

Voy a la habitación de al lado, me planto en el medio, entre Ignasi y la pared, y atrapo la pelota al vuelo. Me mira con furia e impotencia. No soporta que pretenda ejercer de hermana mayor, no soporta no poder recurrir a la fuerza porque mamá lo castigaría. No me soporta.

Doy media vuelta con la pelota bien sujeta y una sonrisa victoriosa en los labios y salgo al pasillo. Pero de pronto, sin saber cómo ni por qué, me encuentro tirada en el suelo con la cara a dos centímetros del parque. Mi hermano me ha agarrado por detrás y me ha hecho caer. Le oigo reírse detrás de mí. La humillación es total.

Me incorporo y me froto las rodillas. Seguro que me saldrán cardenales. Noto que la coleta se me ha deshecho un poco, me quito la goma y me la vuelvo a poner. Cuando me doy media vuelta, Ignasi ya no está y a continuación oigo pum, pum, pum y su voz: «Uno, dos, tres, cuatro, cinco...».

Me arden las mejillas; voy a mi habitación, cojo a Judit de la mano —mi madre siempre me dice que no la deje sola nunca en el piso de arriba, teme que pueda caerse por la escalera— y le digo: «Ven, vamos a decirle una cosa a mamá».

Bajamos un poco más deprisa de lo prudencial. Tiro a mi hermana del brazo y ella se queja: «¡Me haces daño!». Cruzamos el salón y abro la puerta que da al jardín con mucho impulso. Grito: «¡Mamá!», sin saber que es la última vez que lo hago.

Pasamos al lado de la mesa de hierro, Judit alarga el brazo libre y va tocando las matas de espliego. Lo hace porque se lo ha visto hacer a mamá miles de veces. Después se lleva la mano a la nariz y la huele, igual que ella.

Me parece ver a mamá detrás del limonero. Es un árbol bajito y rechoncho que ahora mismo está cuajado de frutos amarillos. Me la imagino arrodillada, con las manos hundidas en la tierra, como la he visto tantas veces.

Llegamos. El impacto es brutal, porque mamá no está arrodillada, sino tumbada, caída de lado, con la cabeza en una postura rara, hacia atrás, y las piernas torcidas. Suelto a Judit y me acerco gritando. Veo un charquito de vómito junto a su cabeza. Le cuesta mucho respirar. Grito más y más. Judit llora y chilla. Ignasi se asoma a la ventana muy asustado. Le digo que llame al médico, que pida una ambulancia, que avise a los vecinos.

—¡Llamo a papá! —dice él.

Intento levantar a mi madre del suelo y veo que tiene la cara y el cuello hinchados. Y las manos. No puedo sostenerla porque es un peso muerto y no tengo fuerza suficiente. Inmediatamente aparece Ignasi a mi lado, pálido, despavorido.

—Ahora vienen —dice con un hilo de voz.

Pero pasan unos minutos eternos, definitivos.

Veo entrar a los vecinos de al lado en el jardín, por la puerta que da a la plaza. Él viene corriendo, resoplando, y ella, que está muy gorda, lo sigue como puede, sin dejar de decir: «¡Madremiadelamorhermoso, madre miadelamorhermoso!».

El hombre me dice que me lleve a Judit de allí. Se me había olvidado mi hermana por completo. Ya no llora. Se ha sentado en el suelo y se tapa los ojos con las manos. La levanto, me la llevo a casa y, cuando entramos, oigo la voz de mi padre gritando: «¡Helena! ¡Helena!», el grito más dramático que he oído en mi vida.

Me tiemblan las piernas y me siento en el sofá con Judit en el regazo. Oigo la sirena de la ambulancia. Los segundos se arrastran como caracoles gigantes, dejando un rastro de baba. Ahora entra la vecina enjugándose el sudor de la frente con un pañuelo. Se sirve un vaso de agua y se lo bebe de un

trago. Después se acerca a nosotras y, con una voz muy dulce, tan dulce que da miedo, dice:

—Niñas, a vuestra madre le ha picado una abeja y se ha puesto muy malita. Ahora se la llevan al hospital, a ver si la curan.

—¿Le han sacado el aguijón?

—Sí, supongo que sí... ¡Hala, id a hacer pis, que no quiero que se os quede el susto en el cuerpo!

Sentada en la taza del váter, me imagino el miedo como un líquido espeso de color oscuro que se escapa por el agujero mezclado con la orina. Y de pronto me acuerdo del cuento de *La Bella Durmiente*. Sonrío. Luego voy a buscar a la vecina, que está en el sofá con Judit en el regazo. Se seca las lágrimas de la cara para que no vea que está llorando. Me acerco y le pongo la mano en el brazo con gesto tranquilizador.

—No llore. Le pasará lo mismo que a la Bella Durmiente, que también se pinchó. Se despertará enseguida.

Me hace una caricia sonriendo con muchísima tristeza.

—Mira, te presento a mi hermana.

Núria, la vecina de enfrente, nos había invitado a cenar porque cumplía cuarenta y cinco años. Era una noche de principios de junio. Ya hacía bastante calor.

Antes de salir de casa, cuando ya me había vestido y perfumado, Tomàs se acercó a olerme y, entre besos en el cuello y golpecitos pelvianos, terminamos en la cama. Esto se lo dedico a todos los sabios y sabias que afirman que, cuando se engaña a la pareja, es que algo fallaba antes. En la mía concretamente no fallaba nada. Es decir, nada importante, teniendo en cuenta los diecinueve años de convivencia. Nos llevábamos bien en general, las discusiones empezaban por tonterías y enseguida terminaban, y de vez en cuando nos dejábamos llevar por un calentón repentino, como aquella noche del cumpleaños de Núria.

Cuando llegamos —nos gustaba entretenernos en los ardores— ya estaba allí todo el mundo. Dos matrimonios amigos y la chica de la melena rubia, la

hermana de la anfitriona, que nos saludó con una sonrisita cuando Núria dijo:
—Mira, te presento a mi hermana.

Aquella noche descubrí que la hermana de mi amiga se llamaba Isabel, que tenía seis años menos que ella, que había vivido una temporada en Ámsterdam, que tenía un hijo de dos años, que era diseñadora gráfica, que estaba en tratamiento por psoriasis y que tocaba el oboe. Me pareció una chica lista y menos agradable que Núria, un poco seca. Y recuerdo que pensé que, en toda la noche, solo se le habían iluminado los ojos cuando habló de su hijo. También me di cuenta de que era una belleza. Imposible pasarlo por alto.

Sin embargo, no percibí ninguna señal, no tuve ninguna premonición, no intuí ni remotamente que aquella noche marcaba el inicio de algo. O, mejor dicho, el final de otra cosa. De mi vida, en concreto (tal como la entendía yo hasta entonces).

Da miedo pensarlo ahora: aquella noche me fui a dormir tan tranquila, a pesar de que mi marido me había contado como si tal cosa, mientras daba un par de puñetazos a la almohada para ablandarla, que la hermana de Núria le había parecido una chica estupenda. Dormí como un lirón.

La cuestión es que, aunque hubiera estado cruzando una selva amazónica, no me habría fijado en los nubarrones preñados de agua, ni habría oído los rugidos de sus tripas ni los truenos, ni me habrían llamado la atención los gruñidos de los animales ni los chillidos de los pájaros. Las ramas horizontales tejían por encima de mí un dosel que no dejaba pasar las primeras gotas, un tornalecho de confianza, ingenuidad y amor.

Cinco meses después me enteré de que Tomàs me dejaba para irse con ella, la chica estupenda, que se había enamorado y que los casi veinte años que le había dedicado yo no hacían suficiente contrapeso en la balanza: quería morirme. Tanto es así que ese era el único plan que tenía: dejarme morir lentamente. Creía que, si no me levantaba de la cama, no llegaría el día siguiente. Pero llegaba, y repleto de horas que llenar. Me sentaba en el sofá a darle vueltas a las cosas. Me obsesionaba repasando la noche en que la conocimos los dos. Recordaba la sonrisa resuelta y acogedora que le había dedicado, la atención con que la escuchaba cuando me contaba sus problemas

de salud, la amabilidad con que le pedí que me enseñara una foto de su hijo, la despedida tan sincera, qué vergüenza: «Ha sido un placer conocerte, espero que volvamos a vernos»; me escocía el corazón.

Rememoraba enfermizamente cómo me había enamorado de él en la facultad. Lo mucho que me había deslumbrado desde las primeras clases. Su voz grave, sus conocimientos, las respuestas rápidas y sarcásticas. Me gustaba todo. Y entonces, un buen día, al final de la clase, mi admirado profesor, mi ídolo, me dijo que me quedara un momento para comentar un trabajo. Me cogió por el codo, me acercó a una ventana y me pidió —o quizá, mejor, me ordenó— que mirase a las nubes. Y cuando las estaba mirando se me acercó más, casi rozándome, y dijo en tono victorioso: «Me lo parecía».

Y en dos zancadas se separó de mí y empezó a recoger los papeles que tenía encima de la mesa. Yo todavía temblaba y no me atrevía a moverme del sitio en el que me había colocado. Con un hilo de voz le pregunté qué pasaba y él volvió a acercarse con una sonrisita y dijo: «Que tienes los ojos verdes. No estaba seguro, pero me lo parecía».

En los veinte años que pasamos juntos me pidió miles de veces que mirase a las nubes: «A ver, mira hacia arriba. Sí, siguen siendo verdes».

Aquella temporada, cuando el desastre, me miraba al espejo un buen rato, a menudo con los ojos todavía llorosos. Y no, no eran verdes. Tomàs se había equivocado. Yo los veía de un color indefinible. Pero eso ya no tenía ninguna importancia. Tomàs ya no me miraba a los ojos y le daba igual que fueran de un color o de otro. A los ciegos también les da igual tener los ojos azules o negros. No ven. Eso es lo único que les importa. En aquella temporada me preguntaba cómo podía vivir una persona cuando pierde la vista y cómo podía vivir yo sin el amor de Tomàs.

Lo que estaba claro era que, aunque yo no pudiera vivir sin él, el mundo sí que podía vivir perfectamente sin mí. Pasaban los días y nadie me echaba de menos. Trabajaba sola en casa, así que no tenía compañeros ni jefes que me requirieran en mi puesto de trabajo. La editora se había acostumbrado a mi aislamiento y no solía ponerse en contacto conmigo durante el proceso de escritura de una novela. A mi familia la veía esporádicamente y siempre por algún motivo concreto, nunca nos llamábamos para charlar un rato ni

preguntarnos qué tal estábamos. Y, a decir verdad, amigos tenía pocos. Fue entonces cuando descubrí que la mayoría de ellos eran en realidad amigos de Tomàs, no míos. Núria, la vecina de enfrente, que tal vez fuera la única persona que podía detectar que algo no iba bien, porque yo no había salido de casa en todo ese tiempo, estaba obviamente al corriente de la situación y no le apetecía nada llamar a mi puerta para ver qué tal me encontraba.

Por lo tanto, yo era prescindible para todo el mundo y me había quedado sin lo único que era imprescindible para mí. Me arrepentía amargamente de haber basado mi felicidad en su amor. Me dolía haberle dedicado tanto afecto y tanta energía, el esfuerzo que había hecho para amoldarme a sus necesidades, haber renunciado a mi entorno afectivo y a mis deseos personales. Y lo peor de todo era que estaba convencida de que lo había hecho por iniciativa propia, no me parecía que Tomàs lo hubiera fomentado ni me lo hubiera impuesto. Era como una autocondena, una autoanulación que al final resultaba completamente inútil. Estaba totalmente devastada.

Pasaron tres semanas y no escribí ni un renglón de la novela que tenía a medias. Eran las seis de la mañana de un día cualquiera. Me había despertado muy temprano, pero me había quedado en la cama, incapaz de encontrar un motivo para levantarme. Sonó el teléfono con tal estridencia que me dio dolor de cabeza al instante. Mientras lo buscaba entre las almohadas caí en la cuenta de que no me había llamado nadie en esas tres semanas. Era mi hermano Ignasi. Me dijo que papá había muerto.

Capítulo 2

Estamos en el jardín de Alella. Hace mucho calor. Mamá está tumbada en una hamaca a la sombra del gran tilo. Yo estoy agachada cerca de ella, ayudando a Judit a hacer comiditas.

—¡Qué sombra tan rica! —dice mamá, y se despereza con indolencia.

Después coge el libro que tiene en el regazo y se pone a leer. Me quedo mirando la tapa del libro mientras ella se zambulle en la lectura. Es una fotografía en blanco y negro de un coche antiguo, un descapotable con unas ruedas enormes; está parado enfrente de unos árboles frondosos. Levanto la mirada hacia la copa del tilo que nos protege. Es un árbol magnífico, de unos veinte metros de altura tal vez. Tiene un tronco impresionante y unas ramas forradas de hojas de color verde oscuro y verde claro. Desprende un olor dulce pero ligero, una mezcla de miel, hierba y manzana. Tomo una bocanada larga de aire ruidosamente y cierro los ojos para contenerla. Entonces, a mi madre se le escapa una risita, vuelve a dejar el libro en el regazo y me mira:

—¡Qué bien huele! ¿Verdad?

Digo que sí con un movimiento de cabeza. Judit se enfada porque no le hago caso, se pone a llorar de mentirijillas y mamá le regaña con cariño:

—¡Vamos, vamos, no seas llorona...!

Se levanta, me pone la mano en la cabeza y dice:

—Con lo bien que estamos aquí las tres, ¿eh, Laura?

En ese momento no lo sé, pero solo faltan dos años para que se muera.

Me fui a Alella conduciendo en un estado de total desconcierto. La muerte de mi padre, más que dolorosa o triste, me resultaba desconcertante. En esencia, y aunque parezca que estoy tocada del ala: jamás me había imaginado que mi padre fuera a morir. Unos meses más tarde sentí ese mismo desconcierto cuando el técnico de jardinería me confirmó que el nogal de casa estaba enfermo y que habría que talarlo porque se nos podía venir encima.

Mi padre era el hombre más sano y robusto que conocía. El más fuerte. El más temperamental y mordaz. Nunca había pensado en sus aspectos biológicos, en que el cuerpo, la cabeza o el corazón se deterioraban con el tiempo. Murió a los ochenta y tres años y todavía jugaba al tenis, conducía y salía de noche a menudo.

Cuando llegué a la casa familiar, para mayor desconcierto aún, salió a recibirme mi hermana menor deshecha en lágrimas. Sinceramente, mientras me abrazaba, me entraron ganas de decirle lo mismo que le había dicho mi madre aquella vez: «¡Vamos, vamos, no seas llorona!».

Ignasi estaba serio a su manera, que es como si se le escapara la risa por los ojos, así que nunca se sabe si está afectado por algo o está de broma. Me di cuenta de que hacía mucho tiempo que no lo veía, había envejecido. Tenía un poco de barriguita y muchas canas más. Llevaba el pelo demasiado largo y se le rizaba en la nuca. Un aspecto lamentable, a mi modo de ver, pero no le dije nada porque estaba segura de que, después de tres semanas de encierro en casa, yo debía de estar igual o peor.

Me contó que papá había sufrido un infarto fulminante, que la mujer de la limpieza se lo había encontrado sentado en la silla de mimbre de la galería, con el libro que estaba leyendo en el regazo. Así pues, tampoco la muerte se atrevió a molestarlo mucho. No se había puesto enfermo ni había sufrido. Una muerte rápida y digna, que se podía contar a los periodistas que empezaban a llamar por teléfono.

Judit seguía llorando y, entre gemidos, me recordó que tenía previsto casarse a finales de verano, y que ahora se había ido todo al garete y le daba mucha pena pensar que papá ya no podría acompañarla al altar. Que tendría

que anular la fiesta que había organizado y que...

Quise dedicarle un gesto de consuelo, pero no pude. Me limité a abrir una botella de vino y servir dos copas, una para ella y otra para mí. Era un crianza blanco que tenía nombre de brisa marina. Nos quedamos las dos sentadas en la galería, en el mismo sitio en el que había muerto papá, en tanto que el abogado y mi hermano empezaban a hacer gestiones y a atender las llamadas de teléfono.

El entierro me inquietaba sobremanera. La prensa, las autoridades, los amigos y conocidos, la cara compungida de mi hermana, la sorna que acechaba en la mirada de mi hermano. Solo sería capaz de afrontarlo con una cantidad razonable de alcohol en las venas.

Mientras la casa se llenaba de llamadas, ramos de flores y carreras, me acerqué a la barandilla, me apoyé en ella y saboreé el último trago de vino contemplando el paisaje de mi infancia, que seguía impertérrito a pesar de la desaparición prematura de mi madre y el mutis que acababa de protagonizar mi padre. La escena no habría desentonado en su dramaturgia, siempre salpicada de golpes de efecto que dejaban a la platea con el corazón en un puño y a continuación la ponían en pie. Poco después noté un contacto caliente y suave en la pierna derecha. Era Pitarra, el viejo gato casi ciego que había hecho compañía a mi padre los últimos años. Pasó sinuosamente entre mis piernas frotando el lomo contra mis tobillos y se fue a paso lento, tropezando con las macetas.

Abajo, el jardín recibía el sol del mediodía, que se colaba entre las matas y los setos formando manchas de luz y sombra. Mi madre habría considerado que daba pena verlo. En vida de ella, venía una pareja de jardineros una vez al mes, que hacía los trabajos más pesados, como podar los árboles o revisar el sistema de riego. Entretanto ella se encargaba de arrancar las malas hierbas, abonar y escardar las plantas. De todos modos, le gustaba que el jardín se desarrollara con cierta libertad, que conservara la estética asilvestrada y poética de los jardines ingleses, con caminitos sinuosos y bancos escondidos en los rincones más inesperados.

Desde que faltaba ella, la naturaleza se había apoderado del jardín, la vegetación crecía sin ningún orden, desmesuradamente, la mesa de hierro se

había oxidado y las viejas hamacas, que habíamos retirado al sótano, se iban cubriendo de verdín. Había oído decir a los invitados que, según mi padre, el jardín, en su decadencia, había ganado en sofisticación y elegancia.

Más allá de las paredes de la casa, el paisaje se extendía por el torrente de la Coma Clara hasta las casas del mar. El pueblo había crecido y es posible que el tráfico hubiera aumentado, pero, en esencia, todo estaba prácticamente igual. La luz que incendiaba el Maresme por la tarde, cuando íbamos los cinco a la playa, seguía siendo la misma.

Judit, sentada en un rincón de la galería, lloriqueaba y suspiraba profundamente.

Ignasi salió de la galería e irrumpió bruscamente en mi momento de paz. Había que hacer muchas gestiones y lo habíamos dejado solo, «una llorando y la otra emborrachándose». Estaba enfadado, tenía las mejillas coloradas y la frente le brillaba. Llegó a decir: «Yo también tengo ganas de beber y de llorar, pero me las aguanto». Judit dejó de lloriquear inmediatamente al imaginarse a Ignasi con ganas de llorar. Mi hermana y yo nos miramos y a punto estuvimos de echarnos a reír a carcajada limpia. El caso es que mi hermano —hombre de hielo con las mejillas arrojadas— tenía razón, así que lo seguí adentro y en el camino, detrás de él, ensayaba la expresión compungida y amable de la hija desolada por la muerte de su padre, el gran Sebastià Sureda, uno de los dramaturgos más destacados del país.

A partir de ese momento todo fue una sarta interminable de lo siento muchísimo, os acompaño en el sentimiento, la vida sigue, quién iba a decirlo, ayer mismo hablábamos de él, la cultura catalana está en deuda con vuestro padre, lo echaremos mucho de menos, era una gran persona.

Me daban ganas de decir: «No era una gran persona, era un gran dramaturgo», pero no lo hice porque tenía la certeza de que no era hipocresía. Las autoridades, los intelectuales, los artistas y los críticos que venían a presentar sus respetos lo consideraban realmente una gran persona. La mayoría lo valoraba por su obra o lo había tratado solamente en las veladas que organizaba él hasta hacía unos años en esta misma casa de Alella. Por lo tanto, habían visto la cara buena, la que resplandecía: el hombre culto, educado, de fina inteligencia, siempre dispuesto a aportar algo interesante o a

provocar sonrisas con alguna ocurrencia.

Todas las personas que venían a darnos el pésame —los periodistas que firmarían la nota necrológica al día siguiente, sus colegas de profesión, los actores que habían interpretado sus obras, la gente que había ido al teatro y se había emocionado con las palabras escritas por Sebastià Sureda— creían que su muerte era una gran pérdida. Solo nosotros tres, sus hijos, conocíamos la otra cara, una cara no sé si oscura, pero opaca, sin la menor duda. Aunque tampoco estaba segura de que coincidieran nuestras respectivas versiones. Lo cierto es que tanto Ignasi como Judit y yo sabíamos que la gran pérdida había sido otra.

Y así estaba yo, sumida en mis pensamientos, mientras daba apretones de manos y esbozaba sonrisas de compromiso, cuando se me acercó Judit por detrás y me dijo al oído: «Acaba de llegar Tomàs».

Tomàs. El pinchazo empezó debajo del omóplato derecho y avanzó con ímpetu hacia las cervicales hasta estallar en los occipitales. Tomàs. Comprendí que la muerte de mi padre me había proporcionado una cosa buena, al menos: desde el momento en que recibí la llamada de Ignasi no había vuelto a pensar en mi marido. El rostro de Isabel, petrificado desde entonces en mi memoria, había empezado a desintegrarse hasta desaparecer casi por completo.

Mientras celebraba este descubrimiento lo vi entrar en el salón de casa, que estaba a rebosar de grupos de gente que hablaba de Sebastià Sureda en murmullos. Algunos no se acordaban de que el finado estaba de cuerpo presente y empezaban a subir el tono de voz e incluso a soltar alguna carcajada. La vida sigue, ya lo creo.

Tomàs se dirigió resueltamente hacia mí, el entorno se difuminó y solo lo veía a él, que avanzaba con una expresión seria. Se plantó delante de mí y me agarró suavemente por los codos. El contacto de sus manos con mi piel no me produjo ningún estremecimiento, un triunfo que me permitió sonreír. Él, confundido y animado por este gesto, también cambió el rictus y, con una voz cargada de afecto, dijo:

—Solo quería que supieras que lo lamento mucho.

—¿A qué te refieres?

Noté que la pregunta —y la frialdad— lo impactaba y perdía un poco el control de su firme expresión.

—Lamento que tu padre haya muerto.

Me pareció que no estaba seguro de si añadir algo más o no, pero, con muy buen criterio, no continuó.

—¿Por qué?

Ahora la impaciencia se adueñó de su rostro. Miró a izquierda y a derecha para comprobar si había alguien cerca que pudiera oír este diálogo que lo dejaba en ridículo.

—Vamos, Laura, no seas así. Lo siento por vosotros..., por ti.

—¿Por mí? ¡Ah, no te preocupes! Estoy bien. La verdad es que podías haberte imaginado que no estaría destrozada.

¿Tomàs allí, delante de mí, dándome el pésame formalmente por la muerte de mi padre? ¿Era real esta escena, de verdad? Tomàs, que tantas noches había soportado con paciencia mis peroratas sobre él, que sabía con exactitud cuáles eran mis sentimientos, que compartía (o lo fingía) mi resentimiento, ¿me venía ahora con esas?

Entonces intentó una jugada de riesgo. Se lo vi en los ojos, en la forma de arquear las cejas:

—Lamento que haya sido precisamente ahora, que estás pasando por un mal momento...

Lo dijo sin sonrojarse, como si mi «mal momento» no tuviera nada que ver con él y mi vida se hubiera hundido a causa de un fenómeno meteorológico. Me quedé mirándolo unos segundos y creo que no parpadeé ni una sola vez. Un pensamiento me cruzó por la cabeza como un relámpago: ¿estará comprobando si todavía tengo los ojos verdes? Luego le pedí educadamente que se fuera. Le dije que no quería volver a verlo nunca más. Y, mientras él daba media vuelta y empezaba a andar, una Laura echaba a correr para retenerlo y suplicarle de rodillas que no la dejara, pero otra Laura empezaba a tomar conciencia de que ese amor se había terminado.

Es invierno, un domingo por la mañana. Mis hermanos y yo estamos

alrededor de la mesa redonda que hay detrás del balcón. Vamos los tres en pijama y bata —a rayas azules y blancas, amarillas y color de rosa con estrellitas blancas— y el sol de primera hora, tímido todavía, desprende una claridad de andar por casa.

Mamá nos ha hecho chocolate a la taza. Ha tostado pan de molde y lo ha cortado en tiras. Lo unta con mantequilla y nos lo da para que lo mojemos en el chocolate. «Cuidado, que quema.» Judit todavía es pequeña, se mancha la cara, las manos y la bata de estrellitas, pero mamá no la riñe, sino que se ríe mientras la limpia con la servilleta.

Terminamos de desayunar y vamos a la salita de la tele, que es la habitación más cálida de la casa. También es la de jugar y donde lee mamá todas las tardes.

—¡Vamos a probaros los trajes!

Queremos dar una sorpresa a papá el día de Navidad. Mamá nos ha hecho el vestuario aprovechando prendas viejas. Yo soy la virgen y llevo una túnica blanca —era un vestido de mi madre— y un pañuelo azul celeste que, puesto por encima de la cabeza, parece un manto virginal. Ignasi, con una camisa oscura de papá que le llega hasta los tobillos, es un san José rubio y bajito. Mamá ha pegado una flor blanca de tela en un bastón del abuelo que había en casa e Ignasi lo sujeta con la mano derecha como si fuera la vara florida. Y Judit, lógicamente, es el niño Jesús.

Me siento en un sillón con Judit en el regazo, Ignasi está detrás de mí. Mamá nos mira con embeleso, se ríe y bate palmas. Esta mañana de domingo es más bonita que el día de Navidad.

En cuanto se fue Tomàs me puse a llamar por teléfono para ayudar a Ignasi, que estaba con una cara como si se hubiera pasado toda la mañana haciendo de mensajero de la muerte.

—Hola, buenos días. ¿Puedo hablar con el señor Tal? ¿Es usted? Verá, soy la hija de Sebastià Sureda y llamo para comunicarle que mi padre nos ha dejado esta mañana.

Y, tras el anuncio, un rosario de lamentos más una sarta de elogios del

finado, para rematar con una retahíla de recuerdos, anécdotas o fragmentos de las últimas conversaciones con él.

Como es lógico, las llamadas no podían darse por concluidas en un momento, así que la tarea resultaba verdaderamente muy pesada. Le pedí a Judit que nos abriera una botella de vino y nos trajera algo de picar. Me había entrado hambre y lo interpreté como una buena señal en el camino de la recuperación.

Un rato después, mi hermana se ofreció a relevarme —y, a pesar de su actitud de víctima y de sus ojos vidriosos, acepté— y volví al salón a seguir recibiendo pésames y condolencias. En cuanto entré, una señora gorda y muy perfumada se abalanzó sobre mí y me tuvo un buen rato secuestrada entre sus michelines mientras lloriqueaba «¡Ay, pobre Sebastià!».

Tardé bastante en deshacerme de su abrazo y poder separarme un poco para mirarla bien, a ver si la reconocía. Pero debajo de la capa de maquillaje anaranjado y de la nube fragante descubrí un rostro que no me sonaba de nada. Cogí aire antes de decirle en tono compungido:

—Lo siento, pero en este momento no sé...

Esperaba que la señora no me dejara terminar la frase. No quería decir «en este momento no tengo la menor idea de quién es usted». Y así fue, me interrumpió justo cuando me lo esperaba:

—Claro, bonita, no te preocupes... ¿Cómo vas a saber quién soy? ¡Hace al menos veinticinco años que no nos vemos! Pero eso da igual, ¿verdad? ¡La familia es la familia!

¡Ah, bien! Era un juego de pistas. La primera: la señora decía que era de la familia. ¿De la parte Sureda o de la parte Faura? Me hacía esta pregunta mentalmente al mismo tiempo que intentaba reconocer el olor narcótico que desprendía la mujer. Y las dos respuestas llegaron también a un tiempo: Sureda y nardos. Comprendí que era de la parte Sureda por el color claro de los ojos y porque físicamente no tenía nada que recordara ni de lejos la elegancia y la esbeltez de los Faura.

—Soy Trini, bonita, prima carnal de tu padre. No te acuerdas de mí, ¿verdad? Antes, cuando erais pequeños, nos veíamos a menudo. Antes de que..., antes de que pasara todo aquello.

«Todo aquello.» Todo aquello era la pelea entre mi padre y su hermana.

—¿Cómo se encuentra Margot, pobrecita?

Mi tía. No nos habíamos acordado. Nadie la había llamado para decirle que había muerto su único hermano, aunque no se hablaban desde hacía treinta años.

—¿Sabes cómo localizarla?

Capítulo 3

El distanciamiento entre mi padre y su hermana era el secreto familiar mejor guardado. La información nos llegaba muy dosificada: cuando era pequeña solo sabía que existía una tía nuestra, tía Margot, que vivía en Francia. Mamá la nombraba a veces cuando hablaba con alguien de la familia. Papá, jamás, que yo recuerde.

Es muy triste que sea así, pero lo cierto es que me enteré de lo que había pasado por un reportaje de una revista que me llegó a las manos cuando estudiaba en la universidad. Estaba haciendo una consulta en la hemeroteca para un trabajo sobre Barcelona en la época de la Transición y de repente me encontré con las entrañas de mi familia.

El reportaje hablaba del estreno de *El hueco de la escalera*, obra de un autor prácticamente desconocido —mi padre—, que no pasó desapercibida en aquella Barcelona tan agitada de la Transición. La sociedad estaba pendiente de los nuevos talentos, ávida de creatividad e impaciente por entonar el responso del teatro apolillado e insípido que había copado los escenarios durante la dictadura y que hacía años que daba claras muestras de desfallecimiento.

Mi padre formaba parte de la generación de Jordi Teixidor, entre otros, que al final de la dictadura enloqueció a la ciudad con *El retablo del flautista*, una farsa sobre la situación política del momento basada en el cuento clásico de *El flautista de Hamelín*.

Cuando se estrenó *El hueco de la escalera*, mi padre tenía cuarenta y cuatro años, estaba casado, tenía dos hijos y se ganaba la vida trabajando de mecánico. Era de una familia humilde del barrio de Horta y no había pisado la universidad. Al hacerse pública esta circunstancia, la intelectualidad barcelonesa entró en éxtasis: ¡un dramaturgo osado y brillante que escribía con las uñas sucias de grasa! Mi padre era autodidacta, confirmaba de forma palpable que el talento nace en cualquier parte, como esas flores amarillas que brotan entre los adoquines. Su éxito constituía un aval para todos, los ennoblecía.

Para rematar, unos años antes se había enamorado de una chica bien, Helena Faura, con la que había protagonizado una historia de amor que recordaba vagamente a *Últimas tardes con Teresa*, la novela de Marsé que había cautivado a los lectores. La pasión de los dos jóvenes había superado todos los obstáculos que interponía la familia de ella y, por fin, los Faura, además de acceder a la boda, cedieron al joven matrimonio la casa de Alella en la que solían veranear.

El hueco de la escalera recibió un torrente de críticas elogiosas. Contaba la historia de un obrero barcelonés, Isidre Ramell, antiguo militante de Esquerra Republicana que, al terminarse la guerra, vuelve a su antiguo puesto en una fábrica, preocupado por la posibilidad de que sus inclinaciones políticas le pasen factura. El empresario, franquista entusiasta, exige a sus empleados que espíen a sus compañeros y detecten a posibles desafectos al régimen. Finalmente, cediendo a las presiones de un superior y temiendo quedarse sin trabajo, Isidre delata a un compañero por «comportamiento poco respetuoso con los símbolos del régimen», es decir, entre otras cosas, por no cantar el *Cara al sol* con los demás obreros al principio de la jornada. Fusilan al denunciado en el Camp de la Bota el año 1942, deja viuda y un hijo de dos años. Antes de llegar a este extremo dramático, Isidre, alarmado por las consecuencias de su delación, intenta retractarse, pero no logra impedir la ejecución. Cinco años después, carcomido por los remordimientos, decide tirarse por el hueco de la escalera de su casa dejando viuda y dos hijos pequeños.

La ovación fue unánime y papá se despidió de la llave inglesa y el

destornillador para dedicarse exclusivamente a escribir. La biblioteca de la casa de Alella, que tenía una gran puerta acristalada que daba al jardín, era el sitio ideal para cultivar su creatividad.

Un par de meses después del estreno, un periódico de gran difusión y mayor influencia entrevistó al autor de moda. El periodista le preguntó de dónde había surgido esa historia, que arrojaba luz sobre algunos de los episodios más miserables de la posguerra española. «Todos conocemos algún caso, cercano o lejano, que se parece a lo que cuenta *El hueco de la escalera*», decía el entrevistador. Y preguntaba: «¿Usted se inspiró en algún caso real?».

Y mi padre, sin que se le moviera un pelo del tupé, según dijo el entrevistador, respondió: «Sí, desde luego, es un caso que conozco muy bien, el de mi padre». Y a continuación contó al periodista lo que había sucedido una tarde de verano, mientras él jugaba a las chapas en el portal del edificio en el que vivía su familia. Estaba en cuclillas al lado de su amigo Miquel, pendiente del movimiento de sus dedos, cuando oyó detrás de sí un ruido contundente, no un golpe seco, sino un ruido denso y compacto, como si un saco enorme lleno de ropa sucia se hubiera caído desde un piso alto. Después, una mujer gritó y a continuación empezó a llorar. Cuando su amigo y él se volvieron a mirar, una barahúnda de chillidos alborotaba la escalera, se abrían puertas, la gente gritaba. Y allí estaba su padre, en el suelo, con la cabeza aplastada contra las baldosas hidráulicas.

El escándalo fue mayúsculo. El titular del periódico fue sensacionalista y categórico y llamaba al dramaturgo «El hijo del delator». Si mi padre había entrado en el mundo de las letras de una manera fulgurante, la entrevista lo elevó a los altares de los héroes y de los artistas libres. «Con una libertad radical y la más rotunda honestidad, Sebastià Sureda nos ha contado algunas de las miserias humanas que propició la guerra civil y, sin pesar, ha sabido desvelar la historia de su propio padre.» Eso decía el reportaje que leí cuando estudiaba en la universidad.

Eloi Florença, amigo de mi padre, me ayudó a reconstruir el resto de la historia. En Barcelona, todo el mundo consideraba que lo que había hecho mi padre era un acto impresionante de valentía; todo el mundo menos su

hermana Margarida, que se tomó la difusión de la circunstancia familiar como una traición imperdonable. Y, como tenía mucho carácter, decía Eloi, no se lo perdonó.

Al parecer, ni siquiera hubo discusión, ni un pequeño intercambio de reproches. Mi tía se limitó a escribir una nota a su hermano para comunicarle su decisión: «Si te ha parecido que no era necesario tener en cuenta mis sentimientos, a partir de ahora considero que no tengo hermano».

Margarida estuvo unos meses encerrada en casa, hasta que metió la ropa y los libros en una maleta y cogió un tren para irse a Francia. Una amiga le había encontrado trabajo en un restaurante de Montpellier. Poco después conoció a Guillaume y se casó. La nueva Margot Lemercier nunca volvió la vista atrás.

Decía Eloi que, los primeros años, el único vínculo de Margot con el pasado era la relación esporádica, pero siempre afectuosa, que mantenía con su cuñada —mi madre— por teléfono. Por lo general, hablaban de nosotros: las notas, las enfermedades, los cumpleaños. Cuando murió mamá, Margot no se enteró hasta que se lo contó un primo que fue a verla a Montpellier; hacía ya dos semanas que la habían enterrado. Se lo tomó como la segunda vejación por parte de su hermano y no quiso volver a casa ni mandar una nota de condolencia. Cuando Eloi fue a hablar con ella para intentar ponerle remedio, ya era tarde.

Y ahora, más de treinta años después, alguien tenía que llamar a Margot para decirle que su hermano acababa de morir. Y me tocó a mí. Me escondí en un rincón del jardín para interpretar la escena sin público.

—*Allô?*

—¿Margot?

—*Qui est-ce qui parle?*

—Margot, soy Laura, la hija mayor de Sebastià.

—...

—Soy tu sobrina Laura.

—*Laure? Ah! Laure, chérie!*

—...

—*Laure, mon Dieu! Oh-là-là!*

Esa viejecita francesa me daba escalofríos y me aterrorizaba pensar que unas horas después tendríamos que soportarla en persona.

—Margot, te llamo para darte una mala noticia...

—Sí. De mi hermano, ¿verdad?

Ahora me hablaba en catalán y, de repente, su voz rejuveneció y adquirió fuerza. Entonces me dio rabia no poder hacerle un gesto cariñoso y el pesar me pilló por sorpresa. Dijo que se pondría en marcha al día siguiente a primera hora. Le pregunté si necesitaba algo, me dijo que no, que todavía se defendía sola y que si podía buscarle un sitio donde dormir. Y en ese momento, sin dar tiempo a la Laura de siempre a contenerla, la nueva dijo:

—Sí, claro, dormirás aquí, en casa.

Nada más decirlo me asaltaron dos sentimientos contradictorios al mismo tiempo. Por una parte, no me apetecía tener que tratar con el afecto debido, según las reglas sociales, a esa mujer a la que no conocía de nada. Incluso sería preciso cederle un lugar destacado en el entierro: al fin y al cabo, era la hermana del difunto. Semejante dosis de hipocresía me daba arcadas. Pero también detecté una llamita insignificante que se me había encendido por dentro después de hablar con ella. Como si eso fuera el primer síntoma del deshielo. Estaba segura de que me convenía recuperar un entorno afectivo de alguna clase, una sensación de camaradería que —como en el caso de los *castellers*— me ayudara a mantener el equilibrio.

La detonación controlada de Tomàs me había dejado a la intemperie. La historia familiar, el distanciamiento hostil entre dos hermanos, me pesaba como un lastre que no me permitía avanzar. Si podía arreglarlo, tal vez evitara que la relación con los míos terminara de la misma forma. Me preguntaba si nosotros, los tres, además del color indefinido de los ojos — que cambiaba según el color del cielo— y de los dedos largos, habíamos heredado también de los Sureda esa especie de desinterés por los afectos familiares. Si, en caso de que mamá no hubiera muerto prematuramente, habría conseguido inclinar la balanza hacia su platillo. Si haber crecido teniéndola a ella de modelo nos habría influido. Si habríamos aprendido a crear vínculos entre nosotros, a demostrar afecto, a pensar en los tres y a hablar de nosotros en primera persona del plural.

Pero pocas cosas son tan inútiles como dilapidar el tiempo pensando en lo que habría sucedido si las cosas hubieran sido de otra forma. Hacía años que habíamos perdido a mamá y ahora acababa de morirse papá también. Y nosotros éramos unos párvulos que intentaban aprender cómo hacer frente a la situación. Qué triste que fuera la casa de Alella el motivo más evidente que nos obligaba a mantener una relación estrecha. Seguramente tía Margot fuera otro. Pero ninguno de los dos parecía fácil de gestionar.

Fui a buscarla al aeropuerto y se pasó llorando todo el camino hasta Alella. Soltaba lamentos en francés y lloriqueaba. *Oh, mon Dieu, oh, quel dommage!* No puedo decir que me compadeciera de ella. Tanta llantina simplemente me irritaba, porque no servía para nada.

Una coraza de años me impedía acercarme a esa mujer mayor y consolarla. Quería y a la vez no quería; pero sobre todo no sabía cómo hacerlo. La acompañé a la habitación y procuré que no le faltara nada. Le ofrecí una copa de vino, pero la rechazó. La dejé sentada en los pies de la cama, con el abrigo puesto todavía. Aunque oía perfectamente sus gemidos, fui capaz de dejarla sola y cerrar la puerta, como tantas veces había hecho mi padre conmigo.

Capítulo 4

El entierro fue el último acto digno de la dramaturgia de mi padre. Lo cierto es que estuve pensando todo el tiempo en la rabia que le habría dado perderselo. Me lo imaginaba estirando el cuello desde el ataúd para controlarlo todo: quiénes habían venido y quiénes faltaban, quiénes lloraban y quiénes estaban allí como por casualidad. Seguro que habría censurado algunas cosas de la ceremonia, que, con nuestro visto bueno, había organizado su amigo Eloi Florença, el director que más obras suyas había llevado a la escena.

Una primera actriz, un actor joven pero solvente y, por si fuera poco, un viejo actor retirado, leyeron versos de Shakespeare, de Vicent Andrés Estellés y de Lorca. No recuerdo cuáles. Lo oía y lo veía todo con un gran distanciamiento, sentada al lado de Ignasi, su mujer y sus hijos, que parecían estar asustados y me enternecieron. En el otro lado estaban Judit y su novio. Al entrar, todos los objetivos se habían dirigido a ellos. Formaban una pareja espectacular. Tan jóvenes y atractivos, con la elegancia que presta el éxito. A mí me correspondió entrar con la vieja Margot, que andaba a pasitos muy cortos, arrastrando los pies, encogida y arrugada como una uva pasa, pero elegante a su manera francesa, con un traje negro, un collarcito de perlas y colorete en las mejillas. El camino hasta el primer banco se me hizo eterno, a su paso de pulga. Cuando quise darme cuenta, estaba tirando de ella, porque íbamos del brazo, hasta que la pobre mujer me pidió, *s'il vous plait*, que

aflojara un poco, que no podía seguirme. Se había bañado en un embriagador perfume de rosas que me dificultaba la respiración, y temía marearme.

Seguí la ceremonia con poca concentración, más pendiente de tonterías, como del ruido rítmico e impertinente que hacía una mujer al dar golpecitos con el abanico contra el collar de bisutería que llevaba, o de la oscuridad que inundaba la sala cada vez que una nube gris tapaba el sol un momento, hasta que de repente vi que mi hermana se levantaba con un papelito en la mano y se dirigía al atril ante el que, unos minutos antes, habían recitado los poemas de ausencia y duelo. Llevaba unos pantalones blancos y una blusa vaporosa de color piedra; el pelo, recogido en la nuca, y un maquillaje tan discreto que parecía inexistente. Cuando empezó a hablar le temblaba la voz un poco, pero enseguida se sobrepuso: «Eloi me ha pedido que lea estos versos de *Cançó a Mahalta*, de Màrius Torres. Dice que mi padre dejó escrito que, si le sucedía algo, fuera yo quien los leyera en su entierro».

Recuerdo que esas palabras me impactaron como si me hubieran sacudido un sopapo. ¿Cómo podía interpretarse esa petición, si el muerto tiene tres hijos y solo piensa en uno cuando prepara su despedida...?

Mientras le daba vueltas a todo esto, me perdí los primeros versos, pero al llegar a casa lo primero que hice fue buscarlos. Los leí varias veces, pero no entendí por qué los había elegido ni qué sentido tenía que los leyera Judit. Sí, claro, ella es actriz, pero a él nunca le había convencido del todo su talento. Sebastià Sureda vendía muy caros los elogios. Ni siquiera había apoyado nunca explícitamente a Ignasi cuando decidió hacerse empresario de teatro, y a mí nunca me había dedicado una palabra de aliento cuando mis novelas empezaron a tener lectores. Creo que en los tres casos, el gran Sebastià Sureda, aunque no negara nuestro talento, lamentaba que lo hubiéramos puesto al servicio de una cultura de consumo: series de televisión, teatro comercial, literatura de entretenimiento.

Por la tarde, en casa, en el sofá, con el libro de Màrius, recordé que un año, por Sant Jordi, Tomàs me había regalado el poemario *Cançó a Mahalta*. Lo abrí y en la primera página encontré —por un momento temí que la dedicatoria se hubiera esfumado, como él—: «Tu, que sempre m'aculls amb una mirada tan alta, digues: ¿de quin color són els teus ulls, Mahalta?».[1]

En otro momento, recordar estos versos, su voz ardiente hablándome al oído del color de mis ojos mientras me amaba..., habría sido más que suficiente para arrancarme las lágrimas. Pero en ese instante me preocupaba otra cosa. Busqué los versos que había leído mi hermana en el entierro y escarbé en ellos para ver si encontraba alguna pista que me ayudara a aclarar la voluntad póstuma de mi padre:

Hi ha un esclat de rosa badant-se en el somriure
que em deixes quan te'n vas,
i un moviment de branca entre dos aires, lliure,
en l'últim zenit del teu braç.

Per això quan ets lluny, i el meu desig et pensa,
el teu adéu en mi
m'atansa al teu record amb la dolça temença
d'entrar tot sol en un jardí.[2]

Me entretuve un buen rato leyéndolo en voz alta varias veces y a la única conclusión que llegué fue que estos versos me remitían al jardín de la casa de mis padres. Me trasladaban allí instantánea e inevitablemente. Subrayé las palabras que podían ser las causantes de esta evocación: rosa, rama, brisas, jardín. También estaba claro el ambiente melancólico del poema: «... que em deixes quan te'n vas, quan ets lluny, el teu adéu». Y la aflicción perfectamente acentuada de los dos últimos versos:

m'atansa al teu record amb la dolça temença
d'entrar tot sol en un jardí.

Había sido un día muy largo y había bebido mucho vino, así que se me cerraban los ojos. Me metí en la cama y recuerdo que, todavía semiinconsciente, se me repetían las palabras de Màrius Torres como un eco, en un bucle infinito: «... d'entrar tot sol en un jardí, d'entrar tot sol en un jardí, d'entrar tot sol en un jardí».

Al día siguiente, cuando me desperté porque un rayo de sol me calentaba las piernas mientras el cuerpo intentaba despabilarse con poco

convencimiento, me vino una imagen a la cabeza. Fue como un relámpago, como la proyección de un fotograma que se había atascado, como un cajón de la memoria que no se abre: mi padre entra en el jardín de la casa de Alella a paso lento, encogido de hombros, en actitud de derrota, el día en que enterramos a mamá.

Son las ocho de la tarde. Se ha hecho de noche por el camino y, cuando llegamos a casa, todo son sombras en el jardín. Salimos del coche en silencio, casi no nos atrevemos ni a mirarnos, cada cual hundido en su dolor.

Papá cierra la puerta del conductor con un golpe fuerte y seco. Judit, que va a mi lado, da un saltito y me coge de la mano. Entramos en casa y allí se espesa el silencio. Papá deja las llaves en el mueble de la entrada y a continuación sube la escalera de dos en dos y se va a su habitación. No nos ha dicho ni una palabra, no nos ha dedicado ni un mimo. No nos ha mirado.

Nos quedamos los tres quietos, en silencio, en el recibidor, al pie de la escalera por la que ha desaparecido él hace unos segundos a pasos de gigante, para llegar arriba lo antes posible. Ignasi —once años, vaqueros y polo de color azul marino, pelo largo, todavía bastante rubio— nos mira y, con su voz de niño desamparado y unos ojos que excepcionalmente no se ríen, dice:

—Yo voy a hacerme una pizza.

Me quedo callada, parada. No sé qué hacer. Judit me mira con sus ojazos tristes.

Aquella mañana, la siguiente al día del entierro, me hice unas cuantas preguntas: ¿era posible que el último pensamiento de mi padre fuera para su mujer, que hacía treinta y tres años que había muerto? ¿«Amb la dolça temença d'entrar tot sol en un jardí» se refería al recuerdo de aquel momento, aquella lejana tarde de octubre? ¿A la soledad que sintió entonces, cuando entró en el jardín que, como bien sabíamos todos, era el reino de mamá? O ¿ese «entrar tot sol en un jardí» era una metáfora de la muerte? Del mismo modo llegué a pensar que haber elegido a Judit para que leyera el poema

podía deberse al parecido físico entre mi hermana menor y mi madre. O tal vez toda esta teoría solo tuviera sentido para mí...

La vibración del móvil me obligó a salir de estas reflexiones que, bien pensado, no llevaban a ninguna parte. En la pantalla, la cara sonriente —un poco simplona, en realidad— de mi hermano.

—¡Buenos días, Laurita...!

Hizo una pausa teatral: me llamaba así solo para hacerme rabiar y que contestara: «No me llames Laurita, que no soy una niña pequeña».

Y, en efecto, lo dije:

—No me llames Laurita, por favor, que ya no...

Soltó una carcajada condescendiente:

—¡Qué previsible eres, Laurita...!

—¿Qué quieres?

—Bueno, ¿qué va a ser? Tenemos que vernos, ¿no? Tenemos que hablar del testamento, de la casa...

—¡Caray, cuánta prisa, Ignasi!

—Pues, en honor a la verdad, me parece que no soy el que más prisa tiene...

Lo que tenía era más razón que un santo. Ignasi era el que mejor se había situado en la vida. Es cierto que hacía años que se vendían cantidades respetables de mis novelas, pero, a pesar de todo, mi economía doméstica no tardaría en resentirse por la ausencia de Tomàs. Bueno, por la ausencia del sueldo de Tomàs, más exactamente. La verdad es que me había dado un plazo de medio año para ver si podía salir a flote. Si no, buscaría un trabajo de media jornada y publicaría menos. Este era el plan. Sin embargo, era posible que no encontrara trabajo o que se me acabara la inspiración por trabajar fuera de casa. Pero no quería pensar en eso todavía.

Y, por otra parte, Judit era una reina sin trono, una aristócrata sin fortuna. Se la consideraba la actriz de moda, por decirlo de alguna manera. Joven, guapa, con un apellido ilustre y protagonista eventual de las revistas del corazón por la inminencia de su boda con un actor famoso. Pero en realidad le escaseaban las propuestas de trabajo, y además la remuneración no era sustanciosa: pequeños papeles en series televisivas y más insignificantes aún

en el teatro. Y, entre uno y otro, largas temporadas en el paro. Y asistir a fiestas y estrenos no le llenaba la despensa.

Es decir, que al fin y al cabo Ignasi tenía razón. Le propuse quedar para el día siguiente por la tarde, y que avisara él a Judit.

—¿Dónde quedamos?

—En casa, ¿no?

Había dicho «en casa» y no me refería a la mía, sino a la de Alella, a la de mis padres. Y así lo entendió también mi hermano. Noté que brotaba una incomodidad: la idea de vender la casa, nuestra casa.

Por la tarde me llamó la editora. Fue una llamada formal: me preguntó qué tal estaba, que si necesitaba algo. En el entierro, prácticamente no habíamos podido hablar. También le habían dicho que me había separado y que, si podía ayudarme en lo que fuera... En realidad fue una llamada de control, para saber si, entre el abandono de Tomàs y la muerte de mi padre, me había trastocado del todo, o si todavía me quedaba un resto de sesera para poder terminar la novela y entregarla dentro del plazo que establecía el contrato.

No escribía. Ni se me ocurría ponerme, vamos. La realidad se había espesado de tal manera que no quedaba un resquicio para la ficción. Los últimos trastornos me habían desactivado el placer de contar historias y la facilidad para crear mundos alternativos.

Hasta ese momento, la fantasía siempre había sido un refugio. También un ámbito apto para bucear en la realidad fingiendo que me alejaba de ella. Ahora me parecía inadecuado librarme a la imaginación, bastante tenía con adaptarme a la nueva vida, tan dolorosamente real.

Con todo, mientras hacía y deshacía e iba y venía, me acordaba y hacía planes, se me ocurrían pequeñas ideas, ideas volátiles como la pelusa de las semillas que soplábamos de pequeños. Eso eran, ideas que revoloteaban y que yo, en esos momentos, no podía atrapar para ponerlas en palabras.

Para deshacerme de ella me disculpé por cortar la conversación en seco:

—Lo siento, tengo que salir ahora mismo, he quedado para cenar con mis hermanos.

Y entonces ella, con una artificiosidad que cada vez me costaba más

soportar, dijo:

—Claro, no te preocupes. Es una suerte que os tengáis los unos a los otros en estos momentos tan dolorosos.

—Sí, claro, por supuesto...

Colgué y al mismo tiempo noté que se me empezaba a despertar una inquietud que me acompañaría el resto de la tarde como un mosquito cargante, amenazando con destruir cualquier atisbo de tranquilidad. Y, en efecto, la noche fue mucho más larga. En la cama, con la ventana abierta para que entrara el aire fresco de principios de junio, me di de narices con la realidad que no había querido ver hasta el momento. O, mejor dicho, que no me había dignado mirar. La realidad consistía en que la relación con mis hermanos era desastrosa.

Y no había ningún motivo de peso para que fuera así. Es decir, no nos habíamos peleado nunca como Sebastià y Margarida, por ejemplo. No teníamos grandes reproches que hacernos ni rencores enquistados. Era cierto que el carácter de Ignasi y el mío nunca habían sido compatibles. Habíamos discutido mucho, nos habíamos fastidiado mutuamente, habíamos sentido celos recíprocos..., pero nada del otro mundo. Y, cuando nació Judit, los celos se proyectaron en la recién llegada, que nos robaba la atención de mamá, y nuestra rivalidad histórica decayó.

Después fue el desastre, la muerte de mamá, y, a partir de entonces, una serie de años marcados por la sombra gigante de papá, siempre presente pero nunca protectora. Cada uno de nosotros se espabiló a su manera, pero todavía había complicidad entre los tres, al menos para defendernos de la prepotencia paterna. Después —y en este momento de la reflexión tuve que levantarme para ir a buscar agua fresca a la nevera— conocí a Tomàs y mis hermanos desaparecieron, y también mi padre, la casa de Alella y prácticamente toda mi vida anterior.

En aquel momento parecía una buena apuesta, la más lógica, la única que podía tener en cuenta. Yo era una chica arisca, hacía tiempo que me sentía sola, y aquel hombre brillante, de inteligencia clara y personalidad acaparadora, me tendía la mano para ayudarme a salir del pozo.

Viví unos años deslumbrada, eufórica casi constantemente. No sentía la

menor necesidad de ir a Alella y, cuando iba —por Navidad o alguna otra fiesta— lo hacía a regañadientes. La verdad es que muchas veces era Tomàs quien insistía en que fuera, y otras, mi propia conciencia, el recuerdo de mi madre, que parecía que me riñera desde detrás de una nube.

Mientras hacía esta revisión de mi vida el día siguiente al entierro de mi padre, también tuve tiempo de repasar mis relaciones afectivas extrafamiliares. Y el panorama no era más halagüeño.

Desde que empecé a salir con Tomàs —y más aún cuando nos casamos—, descuidé mis amistades y, tal como suele decirse, los amigos son como las plantas, si no las riegas, blablablá. Cuando trabajaba en la editorial tenía una relación cordial con algunos compañeros, pero cuando decidí dejarlo todo para quedarme en casa a escribir, el aislamiento fue progresivo. La única verdad es que no necesitaba amigos ni familia porque era feliz. Tenía a Tomàs. Tenía el mundo perfecto que habíamos creado entre los dos. Se puede decir que, sentimentalmente, había puesto toda la carne en el asador. Era una jugada arriesgada y, naturalmente, al final la imprudencia se paga.

Capítulo 5

Suele suceder que los adultos atractivos no hayan sido nada guapos de pequeños, y a la inversa, que los recién nacidos graciosos se conviertan en adultos sin gracia. Los chiquitines rubios, con mejillas redondeadas y naricilla respingona, que parecen querubines de Rafael, se transforman con el tiempo en personas de facciones demasiado redondas, un poco porcinas e incluso ridículas, podría decirse. Es el caso de mi hermano Ignasi, el recién nacido más bonito que se haya visto, con los muslos llenos de rollitos de carne y un perfil que daba ganas de dibujarlo. No me acuerdo de cuando era un ejemplar de revista para futuros padres, pero he visto fotografías y lo he oído contar muchas veces, incluso demasiadas, diría.

Me acuerdo de cuando era adolescente y, en verano, todas las chicas de Alella suspiraban por él, sobre todo por el flequillo largo y aclarado por el sol que llevaba, y que se apartaba de los ojos de un soplido. Después, al crecer, perdió la gracia infantil y al final, a partir de los treinta años, se transformó en un hombre niño, el flequillo le clareó, le salió barriguita y solo conservó esa mirada risueña que a menudo resulta extraña en la cara de un adulto.

Aquella tarde de junio, Ignasi nos esperaba en el comedor de verano. Judit había hecho una tortilla de patatas y yo llevé una ensalada. Él se había acordado de comprar pan —estaba orgulloso de ello—, pero había pasado por alto que, para hacer pan con tomate, también hay que comprar tomates de untar. Habría sido pedirle demasiado.

Me pareció que mi hermana tenía muy mala cara. Estaba pálida y ojerosa. Por alguna extraña razón, eso la favorecía y la encontré muy guapa.

—¿Qué te pasa? —le pregunté, aunque, en un tono más bien impaciente que no invitaba a la confidencia, lo reconozco.

—Pues —me contestó con una mirada gélida— que se ha muerto mi padre.

Lo tenía bien merecido. Y en ese momento me di cuenta de hasta qué punto había perdido la costumbre de parecer comprensiva, de simular (porque siempre hay un algo de simulación, ¿no?) interés por los asuntos ajenos.

Me senté a la mesa en el peor de los estados de ánimo posibles. Que a Ignasi se le olvidaran los tomates me sentó fatal, la actitud lánguida de Judit me sacaba de quicio y el vino estaba calentorro.

Después de charlar un rato de banalidades, Ignasi fue al grano:

—A ver, el abogado de papá me ha dicho que, según el testamento, esta casa es para los tres. Por lo visto no hay nada más que repartir, salvo el dinero que haya en el banco en este momento, que no es mucho, y punto final. Es decir, teniendo en cuenta que la casa se la regalaron sus suegros, se puede decir que Sebastià ha pasado por esta vida sin pena ni gloria.

Ante tanta necedad, hasta yo salté sin remedio.

—No digas barbaridades, anda. En esta vida, no todo consiste en ganar dinero. Papá deja un legado bastante más valioso: sus obras de teatro, ¿verdad, Judit?

Judit se limitó a asentir con la cabeza e Ignasi se burló:

—¡Ah, sí, las obras de teatro!

Me incomodaba tanto el sarcasmo de mi hermano como tener que ponerme a defender con falso entusiasmo la obra de mi padre. Lo dejé correr.

—Entonces ¿qué vamos a hacer? —preguntó Judit.

—Pues habrá que vender la casa, pero soy partidario de que nos lo tomemos con calma. Ahora no es buen momento para vender un caserón como este, tan grande y deteriorado; no nos darían ni cuatro duros. El viejo cabrón no fue capaz de cuidarla y ahora... Además, no puedo encargarme de la venta en este momento, porque ya tengo bastante con lo mío.

A mí se me habría pasado por alto, lo reconozco, pero Judit levantó su

mirada dolorida, esa que tanto me inquietaba, y preguntó:

—¿Te refieres a algo en concreto?

Ignasi lució su sonrisita, la que me recordaba al niño del flequillo rubio, y dijo:

—Lo digo porque Emi y yo estamos en proceso de separación.

Nos quedamos las dos boquiabiertas. Mi cuñada había pasado los dos últimos días con nosotros, se había sentado con nosotros en el banco del tanatorio y no nos habíamos dado cuenta de nada. De qué teníamos que habernos dado cuenta, si hacía años que no se veían gestos de afecto entre ellos.

—Pues ya somos dos —dije, en parte porque me parecía que su separación desplazaría la mía.

Ignasi desplazándose como siempre, como toda la puñetera vida.

—Sí, chica —dijo él, sin el menor indicio de empatía—, por lo visto los Sureda estamos de capa caída, nadie nos quiere ver ni en pintura.

Cuánta delicadeza para mi estado de ánimo. Judit se había acercado a Ignasi y, poniéndole la mano en la espalda, le preguntó con una vocecita tierna, como si estuviera a punto de echarse a llorar:

—¿Qué ha pasado?

Él, sin inmutarse:

—Que se ha cansado de mí.

Ni Judit —en actitud de tragedia griega— ni yo —en actitud de estatua de hielo— le hicimos más preguntas. Porque no hacía falta que nos diera más información. Sabíamos perfectamente de lo que se había cansado Emi.

Mi cuñada había esperado a que los niños fueran un poco mayores y a que su negocio de decoración se consolidara, y ahora, todavía a tiempo de rehacer su vida (y no me refiero necesariamente a encontrar a otro hombre, sino a reconstruirse, a fortalecerse), le había dado una patada en el culo.

Judit, que seguía con el brazo en los hombros de Ignasi, puso la voz más dulce aún para compadecerse de él.

—¡Pobrecito! Y ¿cómo lo llevas, Nasi?

En ese preciso instante me di cuenta de dos cosas. Una: que de una manera antinatural, supongo, me había puesto rápidamente del lado de Emi,

en vez del de mi hermano. Y dos: que la mirada de Ignasi había perdido de golpe la sorna que solía asomarle a los ojos y se le había endurecido.

—Estoy jodido, pero ella va a estar peor... Os lo aseguro. Se arrepentirá de haberme destrozado la vida.

Ese hombre exhibía su debilidad delante de mí y, lo que es peor, atribuía la responsabilidad a una tercera persona. Era indecente y me sentí incómoda.

Judit probó suerte con un tono conciliador:

—A ver, Ignasi, seguro que sabías que acabaría pasando. Lo que me sorprende es que no hayas sido tú...

—Pues eso. Yo aquí aguantando desde hace la tira y de pronto ella ¡toma la decisión por libre!

¡Ay, el orgullo herido de Ignasi!

—Lo que tenéis que hacer es hablarlo todo civilizadamente, por el bien de vuestros hijos.

Judit se puso tan políticamente correcta que Ignasi y yo cruzamos una mirada un instante y a punto estuvimos de estallar en carcajadas.

—Eso es exactamente lo que pienso hacer: lo mejor para los niños. He pedido la custodia compartida.

—¿Qué?

Judit y yo al mismo tiempo... La cosa no tenía pies ni cabeza.

—Pero ¿qué dices, Ignasi? ¡Si no sabrás ni por dónde empezar...!

—Pues pienso pedirla, y el abogado dice que me la darán sin problemas.

—Pero ¡si no sabes cocinar, no tienes ni idea de las cosas de la casa, ni del colegio ni nada de nada!

—La voy a pedir y punto. Ni una palabra más. Y ahora hablemos de la herencia de papá, es decir, de esta casa.

Ignasi miró al techo y después a la habitación en general, mientras soltaba un suspiro. No sabría decir si era una mirada nostálgica, escéptica o declaradamente pesimista.

Es una tarde de finales de verano. Vuelvo de la playa en una vespa nuevecita, roja y reluciente, que me ha regalado mi padre por mi cumpleaños. Es un

regalo que me he ganado con esfuerzo y constancia. Ha tenido que ceder para poner fin al suplicio al que lo he sometido estos últimos meses.

Todavía circulo con inseguridad, pero a pesar de todo creo que soy la chica más feliz del mundo, la más libre, la más poderosa. La carretera que me lleva a casa se me hace corta. El aire me parece más limpio, la luz, más dorada, la casa —vista desde lejos—, más bonita.

Entro en el jardín, paro la moto, que se calla dócilmente cuando se lo pido, y oigo algo como un chillido que me hace mirar hacia arriba. Por un momento creo que es un loro escondido entre las ramas del nogal. Es Ignasi, que está sentado en el alféizar de la ventana de su habitación, con las piernas colgando hacia fuera. Papá y también Rosalía, la mujer de la limpieza, lo han regañado montones de veces, pero siempre vuelve a hacer lo mismo.

—Te vas a caer... —le digo, en el tono que se lo dice papá, que se lo dice Rosalía, que se lo decía mamá.

Por toda respuesta recibo otro chillido de plumífero parlanchín y, a continuación, una sonrisa insolente. Mueve las piernas rítmicamente, una detrás de otra, arriba, abajo, golpeando la pared de la casa con el talón. Va aumentando la velocidad y se le agita todo el cuerpo. Temo que se caiga. Por eso lo hace. Le fastidia que me hayan regalado la vespa y quiere tocarme las narices.

Judit y yo no decíamos nada, todavía estábamos bajo el impacto de las últimas novedades.

—Como os he dicho, es necesario arreglar la casa. Tal como está no la querrá nadie.

—Entonces ¿qué propones?

—Venir a vivir aquí con mis hijos.

Ah, entonces era eso. Mi hermano sabía que a sus hijos les encantaba la casa de Alella, el jardín, la piscina, la vieja pista de tenis.

Me levanté de la mesa bruscamente.

—Voy a buscar más vino.

Cuando volví al comedor me di cuenta de que la estampa que componían

mis hermanos era desoladora: los dos con el cuerpo al desgaire, ella con los ojos llorosos y hundidos, él moviéndose a golpe de síncoas, tamborileando con los dedos en la mesa. Recuerdo que pensé que probablemente fueran la viva imagen de dos hijos desolados por la reciente muerte del padre. Pero yo sabía que no era eso. Ni a Ignasi ni a Judit (aunque quisiera disimularlo) ni a mí misma nos entristecía la muerte de un hombre que no nos había prestado ninguna atención durante años y que había terminado humillándonos. Como mucho, estaba dispuesta a aceptar que su muerte nos había removido los recuerdos y, de paso, las emociones. De acuerdo, era posible. Y la situación personal en la que nos encontrábamos Ignasi y yo no ayudaba. Entendido. Y el vino lo acentuaba. También.

Serví las copas y saboreé el pequeño silencio que se hizo mientras bebíamos.

—Oye, Ignasi. Oídme los dos.

Miré a Judit y le vi los ojos más grandes aún, más azules, más tristes. ¿Era la misma mujer que solía aparecer en las revistas o en los reportajes de la tele? ¿La actriz a la que quieren vestir los diseñadores y a la que quieren parecerse las chicas? En ese momento era más bien como un corzo indefenso en un claro de bosque que ha perdido a su madre.

Creo que se dio cuenta incluso Ignasi, y le preguntó en un tono insulsamente tierno:

—¿Qué te pasa, Jujú?

Así la llamaba mamá cuando era pequeña y lloraba por todo. Un nombre que era una caricia, que llevaba implícito el consuelo.

—Pues... que si es verdad que vas a venir a vivir aquí... Me parece que, si te parece bien... Si os parece bien a los dos... yo también vendría.

Bebí un trago muy largo antes de estallar.

—Pero ¿se puede saber qué os pasa? ¿Es que os habéis vuelto locos?

Me miraron los dos como si todavía fueran los hermanos pequeños que aguantan el chaparrón cuando les riñe su hermana mayor. Se quedaron callados un momento que se me hizo largo. Decidí levantar el pie del acelerador.

—Creo que hoy no es un buen día para tomar decisiones. El abogado

tiene razón con lo de la casa, antes de ponerla a la venta habría que arreglarla un poco, está hecha un asco. Pero ahora ya es tarde y estamos cansados. Vamos a dormir y mañana veremos las cosas más claras.

Cogimos las copas y nos las llevamos a la cocina. Al dejarlas encima del mármol pasé la mirada por los fregaderos, que estaban mellados, llenos de hongos, y por los fogones, tan anticuados, y por las baldosas del suelo, que bailaban. En un rincón había un cubo estratégicamente colocado porque, cuando llovía, caía una gotera. Y no era la única de la casa, en el comedor teníamos otra, que había despegado la madera del suelo. La casa estaba hecha un desastre, hacía falta una buena reforma.

Acompañé a Judit a casa, las dos en silencio en el coche, como si el ronroneo del motor tuviera algo importante que decirnos. Ella iba concentrada en su tristeza y yo, en mi irritación. No se me ocurrió preguntarle por qué diablos quería ir a vivir con Ignasi y sus hijos. La dejé apearse del coche sin decirle ni una palabra amable.

En la cama, antes de dormirme, pensé en mis hermanos, que parecían llevar una vida desgraciada, en mi piso, pequeño y solitario, en la falta de llanto, en la frialdad del entierro. El cerebro me regurgitaba palabras sueltas y tuve que levantarme para apuntarlas en una libreta.

Desastre, desolados, gotera, decadencia, grieta.

Capítulo 6

Emi era una chica muy delgada de piernas raquílicas y piel blanca. Ahora bien, tenía unos ojos soñadores y una larga melena oscura y rizada que parecía la crin de un caballo salvaje. Era la hija de los panaderos y, por lo tanto, no estaba en la pandilla de los hijos de los veraneantes, que se referían a «los del pueblo» en un tono bastante despectivo. Nosotros, y esto sí que es curioso, no estábamos en un bando ni en otro. Vivíamos todo el año en el pueblo, pero en Can Faura, que había sido muchos años la casa de veraneo de mis abuelos, que tenían su piso en el Ensanche y solían ir a Alella dos fines de semana al mes. En verano, la señora Faura y su hija única, Helena, mi madre, pasaban allí dos largos meses. Probablemente fue por eso por lo que los habitantes de Alella seguían considerando veraneantes a mis padres, aunque se habían instalado allí nada más casarse y nosotros no habíamos vivido en ninguna otra parte.

Ignasi, tan simpático, guapo, divertido y con cierto aire de fanfarrón, era objeto de deseo de las chicas de los dos bandos. Emi estaba enamorada de él desde siempre y, para sorpresa de todos, con su timidez y su perseverancia, llegó a ganar la partida a muchas niñas altas y rubias con ilustres apellidos barceloneses.

Un buen día, mi hermano se presentó en casa con Emi y nos dijo que a partir de ese momento la veríamos por allí a menudo. La conocíamos todos desde que era una niña con coletas, así que la tratábamos con naturalidad, y

esta fue la única vez que nos presentó formalmente a su pareja. Debían de tener veintiún o veintidós años.

A partir de entonces, Emi entró a formar parte de la familia, si es que se podía llamar así a los cuatro que éramos. Papá, que había renunciado hacía mucho a todas sus obligaciones para con nosotros, menos a las puramente materiales, iba a lo suyo sin consultarnos sus decisiones ni tenernos en cuenta para nada. Iba y venía entre Alella y Barcelona, estrenaba sus obras, aparecía en los medios de comunicación y viajaba a menudo por Europa. Nunca nos propuso que lo acompañáramos ni nos invitó a ninguna fiesta. Si organizaba una, nos hacía una recomendación por medio de Rosalía: «Esta noche no molestéis, que viene gente».

Yo ya conocía a Tomàs y toda mi vida giraba en torno al astro rey. Me había distanciado de mis compañeros de adolescencia y me dedicaba en cuerpo y alma a integrarme en su entorno. Lógicamente, casi todos sus amigos eran mayores que yo. A veces todavía me arden las mejillas al acordarme de los penosos esfuerzos que hacía por ser ocurrente y parecer más cínica y madura de lo que me correspondía por mi edad.

A Judit la recuerdo como un palillo, con granitos en la frente, alta y desgarbada. Ignasi la hacía rabiarse diciéndole que parecía un insecto palo. ¡Quién iba a decir que de ahí florecería una auténtica belleza! Iba por toda la casa buscando compañía y tengo que reconocer que la única que le hacía un poco de caso era Rosalía.

Tomàs me ha acompañado a Alella y nos hemos besado dentro del coche como si fuera la última vez. Es emocionante pensar que mañana por la mañana, cuando entre él en clase y yo esté sentada con los demás alumnos, nadie sabrá ni podrá intuir la escena amorosa que acabamos de protagonizar.

Llego al jardín y me paro un momento a oler las matas de dondiego. Una tiene las flores amarillas y la otra, de color lila. Mi madre y yo nos divertíamos buscando las flores que nacían en el punto de confluencia de las dos plantas y tenían la mitad de los pétalos de color amarillo y la otra mitad, lila.

Al subir la escalera que lleva a la galería las oigo hablar en voz baja. Rosalía y Judit están sentadas en las mecedoras sacando guisantes de la vaina. Al verme, dejan de hablar de repente:

—Mira qué maravilla de guisantes —dice Rosalía—. Nos los ha traído Joan, que ha ido a buscarlos a propósito a Llavaneres.

Prácticamente no contesto, solo un movimiento de cabeza. Me fastidia esa complicidad de la que estoy excluida. Me avergüenzo de no cuidar a mi hermana menor como le habría gustado a mi madre. Judit alarga el brazo de insecto palo y me ofrece una vaina. La vacío directamente en la boca. Aquella tarde me desborda el sabor dulce y tierno de los guisantes.

Así pues, Emi se integró en nuestra no familia sin mayor dificultad. Se lo facilitaba su carácter discreto y plácido. En algún momento llegué a creer que sería ella la harina que compactaría la masa.

Se casaron en el ayuntamiento de Alella y nos lo comunicaron el domingo siguiente a la hora de comer. Los dos estaban de acuerdo en los argumentos que sostenían la decisión, y Emi parecía completamente convencida. Que para ellos, que no eran creyentes, se trataba de un puro trámite administrativo. Que con su precaria economía no podían permitirse celebrarlo. Que les hacía ilusión el compromiso casi clandestino. Que si tal, que si cual.

Emi miraba a su marido de soslayo, con unos ojos de color tostado que se iban oscureciendo por momentos.

Unas semanas después me enteré de que los panaderos se habían llevado un disgusto mayúsculo al saber que su hija se había casado, sin avisarlos siquiera de que aquel viernes por la mañana, mientras él metía las hogazas en el horno y ella envolvía cruasanes con un movimiento de muñeca, su única hija empezaba una nueva etapa en la vida.

Ahora es fácil decirlo, pero creo que, con esa primera renuncia, Emi emprendió un camino que la llevaría hasta esta separación que amenazaba ser dramática.

Hasta los once años, mi hermano había sido el niño consentido al que se

le ríen todas las gracias, el nene de mamá. Y, de repente, cuando la artífice de ese mundo de algodón en el que vivía desapareció, se convirtió en un adolescente desorientado y resentido, reducido únicamente a su flequillo rubio, al soplado para apartárselo de los ojos, a esa forma suya de escapársele siempre la risa y, sin llegar a ser un fanfarrón de verdad, adquirió una confianza nueva, como si en realidad mereciera ser el ídolo de las chicas, el líder del grupo.

Nunca entendí, y ahora tampoco, que eligiera a Emi y a su sencillez de entre todas las chicas de su edad que había en Alella. Lo acepté como una bendición y procuré que mi cuñada estuviera cómoda entre nosotros, lo máximo posible..., aunque «comodidad» no sería exactamente la palabra que aplicaría a mi familia.

Y ella, Emi, parecía que no pudiera creerse el milagro. Estaba locamente enamorada de Ignasi desde pequeña y ahora eran marido y mujer. Le daba igual no haberlo celebrado, que sus padres se hubieran llevado un disgusto y que corrieran habladurías por el pueblo.

Creo sinceramente que fueron felices los dos primeros años. Ignasi, de natural inquieto, parecía más tranquilo gracias al carácter reposado de ella, y hay que reconocer que Emi ganó en viveza al lado de mi hermano; era más abierta y espontánea. Hacían buena pareja.

Cuando se casaron, Ignasi ya trabajaba —poco y en malas condiciones— de gerente en una ferretería del centro de Barcelona. Dedicaba todo el tiempo libre al grupo de teatro amateur Xalana, formado por jóvenes entusiastas de varios pueblos del Maresme. El verano después de que se casaran, el grupo estrenó un espectáculo de calle vistoso y muy alegre que tuvo bastante éxito. Recibieron invitaciones de muchos pueblos que querían animar sus fiestas de verano. Y así, inesperadamente, los Xalana empezaron a llamar la atención de los medios de comunicación y enseguida les hicieron propuestas sugerentes.

Ignasi se volcó totalmente en el proyecto. Lo recuerdo aquellas semanas cambiando impresiones sobre el espectáculo con Eloi Florença, pidiendo asesoramiento sobre los números y las cuentas al padre de su amigo Genís, que tenía una gestoría. Sin embargo, nunca le vi hablar de este tema con papá.

Un día, a la hora de comer, Ignasi anunció oficialmente que había montado una empresa de producción de espectáculos teatrales parecidos al que los había ayudado a triunfar por todo el país. Emi, Judit y yo lo felicitamos y brindamos por los éxitos de la nueva empresa. Papá —es como si lo viera, y se me revuelven las tripas— levantó la copa con desgana y, con voz grave y actitud indolente, dijo:

—Yo, la verdad, no le encuentro sentido a esa clase de espectáculos, pero me parece muy bien que sigas adelante con el proyecto, si crees en él. Sin embargo, tienes que comprender que eso no es teatro. Sin texto no hay teatro.

La brisa movía las hojas caídas, que giraban en remolino y se levantaban un palmo del suelo antes de volver a caer. En la mesa del jardín, todavía con los platos sucios sin recoger, cayeron un par de candelillas del nogal cercano que parecían gusanos. Las empujé poco a poco con la mano hasta que las tiré, deseando que nadie se fijara en que me temblaban los dedos.

Ignasi no dijo nada. Se limitó a posar la copa y se quedó mirando fijamente el mantel blanco como si hubiera allí algo escrito y lo estuviera leyendo muy concentrado. Emi le pasó el brazo por los hombros sin olvidarse de hacerle una caricia en la nuca.

Después, papá se levantó y se fue a su habitación, y nosotros cuatro nos quedamos sentados en silencio.

Al final, aquel día fue importante para todos. Judit, una adolescente todavía, empezó a ver a papá con otros ojos. Según contó unos meses más tarde, el desinterés que había demostrado por Ignasi era la prueba palpable de lo que sospechaba: papá no sentía la obligación de cuidarnos, protegernos o animarnos. Empezó el camino lento, doloroso e inexorable hacia la verdad.

En aquel momento, Ignasi y Emi creyeron que la falta de aprecio de papá los unía más. Y así fue al principio. Emi apoyaba a su marido y lo ayudaba cuanto podía para que la empresa saliera a flote. Sin embargo, aunque no lo supieran, aquel día de la comida a la sombra del nogal también empezó a gestarse la semilla de lo que, muchos años después, desembocaría en el divorcio. Xalana Produccions se consolidó y resultó ser un buen negocio. Cuando nacieron sus hijos, Ignasi se había acostumbrado a unos horarios infernales que lo obligaban a estar fuera de casa hasta horas intempestivas.

Tampoco puso nada de su parte para remediarlo y Emi, con una resignación disfrazada de generosidad, asumió que el proyecto familiar era cosa suya y que no contaría con el apoyo de su marido, aunque él, por su parte, había aceptado con mucho gusto el suyo para con la empresa.

Y aquel mismo día, yo —hacía tres años que me había ido de casa y dos que vivía con Tomàs— decidí que tardaría mucho en volver a Alella. No quería ver a mi padre. Sus palabras, sus actitudes..., todo formaba parte de un veneno que mataba lentamente. Si seguía vinculada a la casa sería como un suicidio gradual. Eso me parecía entonces.

Ignasi optó por la misma solución. Emi y él vivían en Alella, pero en el centro del pueblo, entre unas calles por las que nuestro padre no pasaba nunca, así que era muy difícil que se encontraran por casualidad. Su majestad no se dignó ir a verlos ni siquiera cuando nacieron sus nietos, y solo muy de tarde en tarde tenía el detalle de invitarnos a comer o a cenar. Estas supuestas celebraciones siempre eran una formalidad que nada tenía que ver con lo que se entiende por un encuentro familiar. Todos —incluido el anfitrión— íbamos solo para cubrir el expediente.

Y también Judit se fue al final. Desde entonces, nos reuníamos solo el día de Navidad y el del cumpleaños de papá, el día 1 de septiembre. Organizaba una fiesta que ya era una tradición. La gente del mundo del teatro, intelectuales en general, la consideraban la fiesta de clausura del verano. Gracias al trabajo intensivo de una brigada que contrataba él ex profeso, Can Faura presentaba un aspecto impresionante, una cenicienta disfrazada de princesa: toldos blancos en el jardín, velas por todas partes, jarrones de cristal enormes llenos de flores. Vino en abundancia.

Ningún invitado se fijaba en los grifos que goteaban, en la precariedad de la instalación eléctrica, en las baldosas sueltas del pasillo, en las ventanas que no cerraban bien, en la campana de la cocina, que no funcionaba desde hacía años, en la grieta que no dejaba de crecer en el fondo de la piscina y provocaba filtraciones de agua. Y en la oscuridad, entre el resplandor de las velas, el jardín, sumido en la sombra, parecía una selva que ocultaba su aspecto desolado, visible únicamente a la luz del día.

Me he levantado temprano y la casa todavía duerme en silencio. Llevo un camisón que me encanta, de color amarillo claro con florecitas verdes. Me lo regaló mi madre y ahora —debo de estar a punto de cumplir dieciséis años— me queda corto y me tira un poco en el pecho. Salgo descalza a la galería con una taza de leche en la mano. El aire es fresco y me da un escalofrío. Me apoyo en la barandilla y contemplo el jardín, que parece una escenografía abandonada, al día siguiente del estreno. Todavía hay velas en muchos rincones, el cristal que las protege se ha ennegrecido porque anoche soplaba un viento del nordeste bastante fuerte y las llamas se inclinaban mucho, como si danzaran. También hay copas de vino en la gran mesa, en los bancos de madera, en el poyo e incluso en algunos sitios raros, como la maceta gigante de la flor de noche o encima del tocón de un roble que tuvimos que cortar hace tres años porque estaba enfermo.

En el extremo derecho de la mesa quedan restos de tarta y media docena de sillas amontonadas. Vuelvo a ver a mi padre rodeado de amigos que lo animan a soplar las velas. Sonríe con orgullo y todavía le dura el bronceado del verano. Sigue siendo un hombre atractivo y pienso si algunas de esas mujeres tan escotadas y enjoyadas no tendrán intenciones de seducirlo y casarse con él. La posibilidad adquiere cuerpo y me imagino el perfil de esa mujer moviéndose por casa. No le veo la cara, solo una sombra con curvas que endereza el cuadro de la entrada al pasar o que coge un libro de la biblioteca. Por último, y sin poder evitarlo, me la imagino en el jardín con las tijeras de podar, manoseando los rosales de mamá.

La leche que acabo de beber se me revuelve en el estómago y tengo que ir corriendo a la cocina, al fregadero. El vómito deja un rastro blanco y un olor agrio.

El matrimonio de mi hermano empezó a deteriorarse lenta pero inexorablemente. Yo lo veía, pero desde lejos, sin ninguna intención de intervenir. Consideraba que no me afectaba. Ignasi y yo nunca habíamos tenido una relación estrecha, no nos llevábamos bien de pequeños y nos

distanciamos mucho cuando nos hicimos mayores. No me gustaba el trato que le daba a Emi, no me gustaba su falta de implicación con los niños, no me gustaba su ambición puramente económica, su necesidad eterna de comprarse un coche de fanfarrón o de instalar un jacuzzi en la terraza. Cuando coincidíamos en las fiestas importantes, a menudo me avergonzaba de él, sobre todo cuando Tomàs intentaba hablar con él y mientras uno hablaba de cine o de literatura, el otro lo agarraba por la muñeca y se interesaba por su reloj. «Me gusta comprarme uno nuevo todos los años, y ya llego tarde.»

Jamás —me acuso— creí que pudiera ayudarlos ni jamás consideré sobrinos míos a los hijos de Ignasi y Emi. Los veía dos o tres veces al año, prácticamente no sabía nada de ellos. Creo que puedo reconocer que no los quería.

Y de repente, a raíz de la muerte de papá, tuve que acercarme a la nueva realidad de Ignasi. Emi lo había mandado a freír espárragos —y a mí me parecía una buena opción para ella— y él, con todo el rencor, porque por lo visto siempre había creído que ella jamás se atrevería a dar ese paso, había decidido vengarse pidiendo la custodia compartida de unos hijos a los que nunca había prestado mayor atención. Además, para embaucar a los niños había tenido la brillante idea de instalarse en Alella y, por si fuera poco, acto seguido Judit —concatenando locuras— había anunciado que ella también quería... ¡Semejante panorama, que me parecía lamentable, me concernía, me pusiera como me pusiera!

Aquellos días, cuando hacía limpieza en el piso, que estaba hecho una auténtica pocilga después de mi depresión por abandono, le di muchas vueltas a todas estas cosas: a mi vida familiar y afectiva o, mejor dicho, a la ausencia de ambas; a si estaba a tiempo de rectificar; a si me convenía hacerlo y, sobre todo, a si tenía ganas de hacerlo.

La respuesta fue sí, sí, no. Ganó el sí.

Con el mismo propósito, la nueva Laura, que quería ser familiar y empática, pensó que quizá estuviera bien intentar recuperar a tía Margot. Enseguida me di cuenta del error de formulación. No se trataba de recuperarla, porque nunca habíamos tenido relación. Mejor. Siempre es más

fácil empezar de cero y, al menos por nuestra parte, lo haríamos sin rencores antiguos anclados en la historia de un abuelo traidor y suicida al que no habíamos conocido y del que prácticamente no habíamos oído hablar.

La vieja Margot había vuelto a Francia al día siguiente del entierro. Lo cierto es que no le dimos alternativa. No se nos ocurrió preguntarle si quería quedarse unos días más ni ofrecernos para pasear por Barcelona con ella, por los sitios en los que había vivido. De repente, me entró complejo de miserable por no haberlo hecho. Mejor dicho, me escandalizó que ni siquiera se me hubiera pasado por la cabeza. En pleno delirio desbrozador, me armé de valor y mandé un mensaje a mis hermanos proponiéndoles una reunión «para hablar de un asunto de familia». Nada más apretar la tecla me pareció oír las carcajadas sardónicas de Ignasi sin moverme de casa, si es que podía imaginarse que el asunto tenía que ver con nuestra tía. Comprendí que la propuesta estaba destinada al fracaso: ninguno aceptaría de buen grado hacerse cargo de una persona mayor. Todos sabemos lo incómodo que puede ser. Y, sin embargo, hay personas dispuestas a hacerlo cimentando su determinación en una única base: el amor. Muchos amigos y conocidos míos han renunciado a su libertad y han aceptado hacerse cargo de sus padres enfermos, han aprendido a curarles las llagas y han soportado estoicamente el desgaste que conlleva la demencia senil. De acuerdo. Pero ¿cómo iban a aceptar mis hermanos —e incluso yo misma, bien pensado— una carga semejante, si no sentíamos ningún afecto por tía Margot, si ni siquiera la conocíamos?

Tendríamos que empezar a construir la relación desde cero preguntándole cómo era papá de pequeño, pidiéndole que recordara el impacto del suicidio, buceando con ella en nuestro propio pasado.

Y de repente caí en la cuenta de que, en efecto, Margot era la única persona que nos unía a papá, pero también a mamá, porque había sido testigo de su idilio y probablemente habría detectado los primeros indicios de podredumbre.

Margot es el único eslabón que nos une a la familia.

Capítulo 7

Llego del colegio. Entro en casa llamando a mi madre, con un examen de inglés en la mano como si fuera una bandera blanca. He subido corriendo por el torrente seco, jadeo y sudo ligeramente. Está en el jardín, arrodillada en la tierra, como de costumbre, y sentada sobre las piernas. Se incorpora y posa las manos, sucias de tierra, en el regazo, encima del delantal verde oscuro. Sonríe y se aparta el pelo de la frente con el dorso de la mano para no mancharse. Se prepara para recibir mi abrazo porque sabe por experiencia que, con el impulso, puedo tirarla al suelo. Ya no soy una niña y peso bastante, seguro que tanto como ella, que es delgada y menuda. Y sabe que estoy atolondrada, que soy una niña impetuosa y un tanto bruta encerrada en un cuerpo de adolescente.

Me acoge con los brazos abiertos y enseguida me pide el examen. Mi efusión de alegría promete buenas noticias. «¡Un diez! —exclama, y vuelve a abrazarme—. Me esperaba una buena nota, pero ¡un diez...!» Y noto que un líquido caliente y espeso me inunda el pecho y sube por el cuello hasta que me sube el rubor a las mejillas. Sé que esto es lo mejor que puedo ofrecerle. Ignasi es gracioso y la hace reír a menudo. Judit es una mimosa y la cubre de besos. Yo soy estudiosa y saco buenas notas.

Mi madre arranca un capullo del rosal más cercano. Estamos a finales de mayo y el olor del jardín es tan intenso que parece que se pueda tocar. Cojo la rosa con dos dedos para no pincharme y subo la escalera corriendo para

ponerla en agua. Es amarilla.

Dentro de unos días, cuando la rosa se seque, la pensaré con el libro más gordo que tengo, y así me durará para siempre. Es una edición preciosa de *Las mil y una noches* que me trajeron los Reyes hace unos años. Las hojas tienen el contorno dorado, aunque al pasarlas no te das cuenta, hay que cerrar el libro para ver todos los bordes juntos, que parecen de oro. Lo mismo que sucede con los días felices.

Quedo con mis hermanos para comer en un restaurante de Barcelona, a la orilla del mar. Tuvimos algunas dificultades para elegir el sitio; primero, que si en Alella o en Barcelona, después, que si sería más conveniente en esta zona o en la otra, que si el restaurante sería muy caro o poco íntimo, cada uno proponía una hora distinta... Hasta que corté por lo sano y les dije que esta vez invitaba yo y que la cita era en tal sitio a tal hora.

Llegué unos doce minutos antes de lo convenido y preferí dar un paseo para no tener que esperarlos sentada a la mesa. No quería ponerme nerviosa y recibirlos irritada. «Seguro que durante la comida surgirán motivos de irritación —pensé—, así que más vale empezar con tranquilidad.»

Paseé unos metros, pero incómoda, porque no llevaba gafas de sol y la luz me deslumbraba. Tampoco iba adecuadamente calzada ni tenía auriculares para escuchar música. Me detuve pensando en dar media vuelta, pero seguí andando y procuré concentrarme en el rumor de las olas y en los chillidos impertinentes y esporádicos de las gaviotas, tan incómodos como los pensamientos que me asaltaban.

¿Por qué tenía una sensación tan intensa de desamparo desde hacía unos días, si en realidad mi padre nunca se había preocupado por mí en otro aspecto que no fuera el estrictamente material y la muerte de mamá quedaba ya tan lejos en el tiempo? ¿Por qué echaba de menos a una familia que no recordaba haber tenido?

(Era una vieja —piel arrugadísima, curtida por años de sol, pañuelo negro en la cabeza— que zurcía con un esfuerzo titánico una red de pescar completamente agujereada.)

Ignasi y Judit llegaron juntos y, al verlos —traían un rastro de sonrisa en la cara, como si acabaran de compartir una broma—, noté un pinchazo de celos y también un deseo incipiente pero rotundo de participar un poco en esa complicidad. Yo también los recibí con una sonrisa. Pedimos arroz y vino blanco. La conversación fluía con naturalidad.

El momento parecía favorable para poner mi propuesta encima de la mesa. Estuve a punto de hacerlo dos o tres veces, pero me contuve en el último instante por miedo a que la ocasión no fuera propicia. De buenas a primeras, Ignasi empezó a criticar a su exmujer sin piedad. Como sabía que en ese terreno no íbamos a ponernos de acuerdo, lo interrumpí sin contemplaciones:

—Tiempo habrá para las lamentaciones, Ignasi, ahora pongámonos manos a la obra. Judit, ¿sigues con la idea de irte a vivir a Alella?

Judit paseaba desganadamente el tenedor por el plato de arroz. Cada día estaba más delgada, cosa que, al margen de garantizarle que la ropa le quedara de maravilla, empezaba a ser motivo de preocupación. No comía mucho, tampoco dormiría bien, seguramente, como podía deducirse de las profundas ojeras.

—¡Judit!

Dio un respingo casi imperceptible y comprendí que, si no la hubiera interpelado, no se habría enterado de nada. Estaba en otro mundo.

—Sergi viaja mucho y no me apetece estar sola. Además, así me ahorro el alquiler. La cosa está mal, apenas me llaman.

Miré a Ignasi, que no decía nada, y vi que enarcaba una ceja, un gesto que tanto podía significar «yo tampoco lo entiendo» como «me parece bien» o «por qué no lo olvidas». Y de pronto me oí decir:

—Es una buena idea. Me gustaría que en adelante nos viéramos más a menudo, a ver si conseguimos tener una relación de hermanos...

Judit me miraba con unos ojos como platos. Y de pronto me acordé de que ella —que solo tenía cuatro años cuando murió mamá— no podía saber cómo era nuestra vida antes de eso. Por lo tanto, probablemente, aunque la tragedia hubiera sido mayor para ella, también tenía menos conciencia de las consecuencias. Estaba segura de que mi hermana no consideraba que nuestra

familia fuera muy distinta de las demás. No echaba de menos lo que nunca había tenido.

No me atrevía ni a mirar a Ignasi. Me imaginaba su expresión burlona, su actitud intratable.

—Y para completar este propósito, he pensado que es una pena no tener ninguna relación con tía Margot. Es la única familia que nos queda. La única.

Ahora sí. Miré a mi hermano y le vi una expresión entre la sorpresa y el sarcasmo.

—Y ¿qué es lo que propones? ¿Invitarla a comer los domingos? Le queda un poco a desmano...

Cogí aire al tiempo que me apretaba los nudillos:

—Pues pensaba que podía venir a vivir aquí el tiempo que le quede de vida.

Se acercó el camarero a preguntar si queríamos postre. Seguro que el chico, pálido y sudoroso, con un tic que le obligaba a inclinar la cabeza ligeramente, estaba tan agobiado que no detectó la tensión que reinaba en nuestra mesa en ese momento. Esperaba en actitud impaciente a que le dijéramos algo. Ignasi, con cara de perro, pidió crema catalana. Judit, poleo. Yo, café.

—¿Que venga a vivir aquí? —La pregunta de mi hermano iba cargada de pólvora—. ¿Aquí, dónde, concretamente?

—En Alella.

Judit hizo un ruido rarísimo que, por lo que deduje, era risa, que se le escapaba e intentaba reconvertirla en tos en el último momento. Con la mano delante de la boca, preguntó:

—¿En nuestra casa?

Y como le dije que sí con un movimiento de cabeza, ella dejó escapar otra risita:

—No hablas en serio, ¿verdad, Laura?

Ignasi guardaba un silencio que podía considerarse hostil. Estaba muy concentrado lamiendo la cucharilla y vi renacer la distancia que nos había separado todos los años de nuestra vida. Desde una tarde infausta en la que nos aislaron a cada uno en su dolor, sin ninguna ayuda ni consuelo, sin nadie

que nos enseñara lo que había que hacer para salir de la tristeza.

La comida concluyó precipitadamente y sin haber llegado a un acuerdo. Ignasi no quería ni oír hablar de ello; la idea de traer a tía Margot a casa le parecía una estupidez.

—No la conocemos de nada. Dices que es familia porque es hermana de papá, pero en realidad es como si no lo fuera. Y te recuerdo que en todos estos años jamás ha demostrado el menor interés por conocer a sus sobrinos.

Es mi cumpleaños. Creo que cumplo once. Al volver del colegio nos hemos encontrado una fiesta sorpresa en el jardín. Mamá ha colgado globos de colores y ha puesto la mesa preciosa. En el centro hay una gran «L» grande hecha con claveles blancos. Me quedo parada en la entrada como si me hubiera congelado, e Ignasi me empuja para que entre de una vez. Judit bate palmas en la trona.

Poco después llegan mis amigas y mamá empieza a sacar bandejas de la cocina. Ha hecho triángulos de pan de molde con sobrasada y fuagrás, bollitos dulces con jamón de York y queso y bocadillos de jamón serrano. También hay galletas saladas en forma de pez y patatas fritas.

Mamá nos llama a todos: «¡Venid aquí, con Judit, que vamos a hacer una foto!». Mis amigas, Ignasi y yo corremos a colocarnos. Mamá nos dice que digamos «Luiiiiiiiis» y dispara. Después se añade al grupo e Ignasi hace la fotografía.

—¡Hala, a merendar! —dice mamá, y añade—: Cuando revele el carrete le mandaré unas copias a tía Margot.

—¿Quién es tía Margot? —pregunto.

—La hermana de papá, una señora francesa muy simpática que vendrá a vernos un día.

Mamá ha sacado un altavoz del tocadiscos al alféizar de la ventana y pide a Ignasi que ponga las canciones que me gustan: *Ma quale idea*, *Chiquitita* y la canción que ha ganado el festival de Eurovisión, *Making Your Mind Up*, y todos saltamos y bailamos.

La canción es tan animada que nos emocionamos y terminamos gritando

de alegría: *making your mind up!*, cada vez más alto. Mamá se ha puesto de pie y también baila con nosotras y da un salto cuando hay que darlo: *up!*

De repente oímos una voz grave en el piso de arriba que nos llama la atención. Miramos hacia allí e inmediatamente Ignasi baja el volumen de la música. Mi padre, asomado a la ventana:

—¡Por el amor de Dios! ¿A qué viene tanto jaleo? ¡Helena, así no hay quien trabaje! Anda que... ¡se te ocurre cada cosa! ¡Parece mentira!

Mis amigas y yo dejamos de bailar y se termina la alegría. Con el rabillo del ojo veo la expresión de mi madre, un gesto que no se me olvidará en la vida. Una mueca entre la frustración y la antipatía, un leve movimiento, como si quisiera clavar la mandíbula en el pecho con un desprecio infinito.

Me acordé de este episodio mientras Judit criticaba el vestuario estrafalario de Margot.

—Mamá decía que era muy simpática.

Intervino Ignasi.

—Pero ¡si prácticamente no nos conocía!

—Me parece que mantuvieron la relación hasta el final. Os pido que lo penséis un poco. A mí me parece que, si la dejamos morir sola, lejos de nosotros, después nos pesará. Y no lo digo solo por ella, también lo digo por nosotros. Es la única forma de saber quiénes somos y de dónde venimos. Ella sabe cosas...

Ignasi se levantó con impaciencia:

—Oye, Laura, ya estoy harto de este tema. No pienso soportar a una vieja solo porque tú hayas decidido transformarte ahora en una mujer familiar.

Y nos dejó allí plantadas, en silencio. Un rato después, paseando por la orilla del mar, Judit hizo una reflexión en voz alta que me conmovió profundamente:

—A mí también me gustaría que viniera tía Margot, Laura, pero comprende que no puedes cargarnos el muerto a nosotros para que tú te quedes con la conciencia tranquila. A lo mejor, si te vinieras tú también a vivir a Alella, la cosa sería distinta...

Un puente está al borde del derrumbe. Unas máquinas enormes se mueven con dificultad. Polvo, esfuerzo, ruido. Un trabajo lento y pesado.

Capítulo 8

Mamá me ha dicho que si quiero acompañarla a comprar algo rico para la cena. Para celebrar que es viernes, dice. Ella conduce y yo estoy sentada a su lado; vamos pensando en qué compraremos y ella tararea una canción que suena en la radio. Y de pronto suelta: «¿Salmón ahumado? ¿O prefieres jamón del bueno?». Un poco más de música y: «Y chicharrones, ¿no?». Yo bato palmas y grito: «¡Sí!» (nos gustan mucho a las dos), pero me hace callar. «¡Chitón! Calla y escucha.»

Es una canción muy bonita y mamá sigue la melodía con todo el cuerpo, con una gran sonrisa en los labios. Me cuenta que es la canción que estaban bailando papá y ella cuando decidieron casarse. Fue una fiesta preciosa, en casa de los Aymerich, recuerda.

—¿Cómo se titula la canción?

—*El sonido del silencio*. ¿Te gusta?

Me cuenta que la cantaban dos chicos americanos que se llamaban Simon y Garfunkel, uno moreno y bajito y el otro alto y delgado como un pino, rubio, con un pelo que parecía una escarola. La imagen de un hombre con una escarola en la cabeza me da risa. Dice que todavía se acuerda del vestido que llevaba aquella noche —azul turquesa, sin mangas—, y que papá llevaba una camisa blanca y estaba muy guapo. Que ella se había enamorado de él hacía muchos meses y sabía que él también la quería, pero no se atrevía a decírselo porque creía que a mis abuelos Faura no les gustaría.

—¿Por qué?

—Pues porque, en aquel tiempo, él era mecánico y ganaba poco, y creía que tus abuelos querían a alguien mejor para su hijita...

—¿De verdad?

—Lo cierto es que al principio no les hizo ninguna gracia, pero cuando lo conocieron y vieron que nos queríamos mucho, enseguida se pusieron de nuestra parte. ¡Hasta nos regalaron la casa de Alella!

Se me acumulan las preguntas mientras me lo cuenta. Es decir que ¿la casa en la que vivíamos era de los abuelos? ¿Cuándo empezó papá a escribir obras de teatro? ¿Ahora gana más dinero? Pero todos esos interrogantes se quedan arrinconados porque otro se abre paso a codazos y se me planta en la boca antes de que pueda valorar el efecto:

—¿Os queríais mucho papá y tú?

La entonación de la pregunta deja clarísima mi estupefacción. Mamá, que está aparcando, se para en seco y me mira.

—¿Te parece que ahora no nos queremos?

Con la inocencia de mis nueve o diez años, respondo:

—Sí, claro..., pero como has dicho «nos queríamos mucho»...

Mamá se echa a reír, pero mientras saca la llave del contacto se frota el ojo derecho y estoy casi segura de que se ha limpiado una lágrima.

Y así, de golpe y sopetón, entendí que, si quería cambiar mi vida radicalmente, si quería abrir puertas y ventanas y terminar con la claustrofobia sentimental a la que me había sometido yo solita todos los años que viví con Tomàs, tal vez debía hacer caso a Judit. Para darle al menos una oportunidad a esta idea, que en principio solo me parecía esperpéntica —tres hermanos adultos y una tía desconocida viviendo en el mismo sitio—, una mañana fui a ver a mi hermana a su casa.

Quizá tenía que haberme alarmado al ver el desorden del piso, las persianas bajadas, el olor a cerrado. Lo pasé por alto, pero, en cambio, me fijé en el mal aspecto que tenía Judit y lo lentamente que se movía, como si no pesara lo suficiente para vencer a la gravedad.

Cuando empecé a hablar de Margot me di cuenta de que Judit no reaccionaba. La mirada ausente y la actitud desganada —como si no me oyera— me preocuparon muchísimo en ese momento.

Le hablé con amabilidad y, al ver que seguía sin hacerme caso, la increpé y le advertí que no iba a consentir que arriesgara la salud. Sin cambiar de expresión, reconoció que comía poco y dormía mal y solo cuando, venciendo el temor de parecer antinatural, me senté a su lado y la abracé, empezó a llorar.

Agarrotada por el impacto que todavía me producía esta proximidad desconocida, oí lo que tenía que decir y llegué a una conclusión que me aturdió sobremanera. No era la melancolía propia del duelo lo que la sumía en ese estado, tal como me imaginaba, sino una profunda crisis personal que amenazaba con destruir su estabilidad psicológica, o eso me pareció.

Judit —esa Judit alta y delgada, que se parecía a mamá, guapísima, actriz famosa y carne de *photocall*— estaba convencida de que vivía una vida que no le correspondía. «Soy una impostora», repetía una y otra vez. Se menospreciaba exageradamente, decía que en su vida no había nada bueno ni real. Me propuse cortar esa espiral destructiva:

—Pero ¿qué dices, mujer? Eres actriz, una buena actriz y ¡muy conocida...!

—No es lo mismo ser conocida que ser buena. Soy una actriz mediocre, incluso mala, diría.

—¿Ah, sí? Entonces ¿por qué has tenido trabajo hasta ahora? Aunque no hayas hecho papeles de protagonista, no has parado, ¿no?

—Solo me llegan trabajos esporádicos. Es desesperante que pasen las semanas y no me llame nadie. Todo el mundo cree que trabajo mucho porque me ven en los estrenos y salgo en las revistas, pero, en realidad, cada vez que termino un trabajo me muero de miedo pensando en si me saldrá otro. Porque sé que no soy buena. Lo sé.

Tanta mortificación me partía el alma.

—¿Ah, no? Entonces ¿por qué te llaman? Al final siempre te llaman...

—Porque soy joven y guapa, y porque me apellido Sureda.

La sombra lóbrega de papá, viscosa como la piel de las serpientes. Noté que rebrotaba dentro de mí una rabia antigua que creía tener bajo control. La prepotencia de mi padre, el desinterés, la nula voluntad de animarnos, y lo que es más, el deseo innegable de hacernos sentir insignificantes a su lado. Todo lo que me había expulsado de Alella, me había arrojado en brazos de Tomàs y me había alejado de mis hermanos tomaba ahora cuerpo y vida, como un monstruo terrorífico que atemorizaba a Judit y la hundía en un mar de inseguridad.

Parecía que Ignasi y yo, con el tiempo y con un carácter más fuerte, habíamos salido a flote, pero Judit —según acababa de descubrir— se había convertido en una adulta inestable y claramente infeliz.

Busqué desesperadamente una forma de animarla, aunque esta clase de habilidades nunca ha sido mi fuerte. ¿Cómo se las arreglaba Tomàs para rescatarme cada vez que me hundía en el pozo? Cuando publicaba una novela y mi padre no se dignaba leerla ni asistir siquiera a la presentación. Cuando hacía el esfuerzo de ir a comer a Alella y constataba que en realidad le molestaba. Cuando me acordaba de mi madre y me rebelaba contra su muerte injusta y me daban náuseas de pensar una cosa que consideraba horrible: ojalá se hubiera muerto papá en vez de ella.

El recuerdo de Tomàs me iluminó.

—Al menos tienes a alguien contigo. Tienes a Sergi.

Judit ni siquiera levantó la mirada. Siguió con la cabeza gacha, mirándose las manos, que reposaban en el regazo. Cogí un marco que estaba encima de la mesita auxiliar.

—¡Menuda pareja! ¿Por qué no os casáis de una vez? ¿No estabais a punto de fijar la fecha?

Estaba tirando piedras contra mi propio tejado. Si Judit se casaba yo me quedaría en Alella con Ignasi y tía Margot, y el panorama sería todavía más desolador. Se me ocurrió que tal vez Sergi no quisiera casarse y que este fuera el verdadero motivo de la depresión de mi hermana. Pero me equivoqué. Finalmente, Judit me miró con esa carita afligida que me encogía el corazón y dijo:

—Me parece que no lo quiero.

Procuré que no me cambiara la expresión y ella siguió hablando:

—Es guapo, tiene mucho talento, es simpático. Tiene mucho éxito, no le faltan trabajo ni popularidad. Pero creo que en realidad no estoy enamorada, creo que lo que me gusta no es él, sino la imagen que proyectamos los dos juntos.

—A mí me parece que hacéis muy buena pareja. Pero si no lo tienes claro...

—No lo quiero. No sé si sé lo que es querer.

La atraje para abrazarla, más que nada para no tener que sostenerle la mirada, en realidad. Dios mío, ¿qué habíamos hecho entre todos con esta niña?

Se soltó suavemente del abrazo:

—Tengo un sueño que se me repite a menudo, ¿sabes? Sueño que Sergi y yo vamos a ver un piso para comprarlo e irnos a vivir. Vamos los dos vestidos de colores claros y me doy cuenta de que estamos muy guapos, como si estuviéramos haciendo un anuncio, pero es la vida real. Encontramos un sobreático espectacular en la parte alta de Barcelona. Se domina toda la ciudad desde el balcón, el cielo está cubierto de nubes rojas y al fondo se divisa una franja de mar. Es un piso muy alto. Abajo, en la calle, la gente y los árboles parecen de juguete. Estamos en una habitación muy grande y luminosa. El suelo es de parqué, de una madera rojiza que brilla cuando le da el sol. Sergi y yo estamos eufóricos porque nos gusta mucho a los dos y parece fácil imaginarse una vida cómoda y feliz en ese piso. Me sonrío de una manera que deja bien a las claras que dispone de dinero para comprarlo. Entonces me da un beso y me dice que ha ido al notario por la mañana y que el piso ya es nuestro. La vida es maravillosa.

Hizo una pausa dramática. Yo la seguía con interés. En realidad, creo que nunca le había prestado tanta atención.

—Sigue. ¿Qué pasa después?

—Pues que cuando salimos al rellano con el hombre de la inmobiliaria detrás, Sergi pregunta: «Y ¿el ascensor?». Yo también miro a todas partes e insisto: «¿Dónde está el ascensor?». Y el hombre, que está detrás de nosotros,

dice: «No hay ascensor». Nos damos media vuelta, Sergi me mira con los ojos fuera de las órbitas y yo protesto: «Pero ¡son diecisiete pisos!».

Se tapa la cara con las manos. La observo sin saber qué decir.

—Y no sé si ahora podré echarme atrás.

—No lo dudes. Lo único que tienes que hacer es explicárselo bien y ya está. ¡Ni siquiera habéis puesto la fecha de la boda! Y aunque la tuvierais ya, por favor, Judit...

—Laura.

—¿Qué?

—Estoy embarazada.

—Y qué.

Reconozco que tuve que hacer un pequeño esfuerzo para controlar mi expresión. Un poco nada más. Y fue porque la revelación me sorprendió, no porque pensara ni un momento que esa circunstancia cambiaba algo.

—Y ¿qué más da, Judit? No te cases si no quieres, no es necesario. Eso está claro, ¿verdad?

Judit hacía movimientos afirmativos con la cabeza y se secaba las lágrimas. Entonces me avergoncé al darme cuenta de que estaba tan concentrada en apoyarla en su decisión de separarse que no había reaccionado en absoluto al anuncio del embarazo. La cogí por los hombros y le pedí que me mirara a los ojos:

—Judit, presta atención: ¿quieres tener ese hijo?

Otra vez dijo que sí con un movimiento de cabeza.

—Pero estaré una larga temporada sin trabajar, y no tengo nada ahorrado.

Este era el motivo de fondo que la había impulsado a decir que quería irse a vivir con Ignasi. Y de pronto, sin pensarlo, la abracé, la felicité y le dije: «Tranquila, todo saldrá bien, iremos a vivir a Alella y te cuidaré».

Por primera vez me pareció que Judit volvía a conectarse del todo con la realidad. Volvió a enjugarse las lágrimas, pero ahora había energía en sus movimientos.

—¿En serio?

Y así fue. Ya no podía dar marcha atrás.

Al día siguiente la llamé y le recordé que era libre, que podía tomar la

decisión que mejor le pareciera, que Ignasi y yo la ayudaríamos y que todo saldría bien. El discurso me salió espontáneamente, con sinceridad, y me pareció que me lo agradecía. Esa misma tarde empecé a elegir los muebles y enseres que me llevaría a Alella. Puse en venta todo lo que no iba a necesitar. Llamé a una empresa de mudanzas. Ya no era una vieja zurciendo la red, ahora era más bien una niña que jugaba con bloques de madera, que sonreía cada vez que colocaba uno encima de otro y veía que la construcción, de momento, se sostenía.

Me encontraba bien, creo que podría decirse que estaba de buen humor por primera vez desde hacía varias semanas. Pero recibí dos llamadas.

La primera, de mi editora; en primer lugar, un carro de palabras amables («Buenos días, querida, ¿qué tal estás? ¿Te vas reponiendo?»), después, preguntas insidiosas («¿Estás escribiendo? ¿Tienes en cuenta los plazos de entrega? ¿Cuánto crees que te falta?») y, para rematar, un aviso: «Laura, lo retrasamos todo un mes por la muerte de tu padre, pero ya no podemos esperar más. Necesito el original para dentro de cuatro o cinco semanas como máximo, para mandarlo a corrección de estilo y que puedas tú ver las galeradas antes de final de mes».

No había escrito ni un renglón desde la muerte de mi padre, solamente algunas palabras sueltas en una libreta de vez en cuando, aunque todavía no sabía con qué intención; pero, de todas formas, no tenían nada que ver con la novela, que estaba a medias. Tenía que decírselo en algún momento.

Levantó el tono de voz para soltar tres o cuatro palabrotas y a continuación lo endulzó para decirme que no me preocupara, que me comprendía, que perder marido y padre de golpe —fue lo que dijo, «de golpe», como si hubieran muerto los dos en un accidente de tráfico— era un disgusto tremendo. Cuanto más hablaba, peor me ponía yo, así que tomé la determinación de colgar.

—De acuerdo, pero dime... ¿Cuándo estará lista la novela?

Tardé unos segundos en contestar, aunque tenía clara la decisión:

—Nunca. No la terminaré nunca. No quiero publicarla.

Y entonces sí que se asustó. Mis novelas, aunque nunca recibían el aplauso de la crítica ni despertaban el interés de mi padre, se vendían la mar

de bien.

—Lo lamento muchísimo, de verdad. Esto me incomoda terriblemente, pero, créeme: estoy pasando por unos momentos difíciles, de tránsito, y la persona que salga de aquí no se parecerá nada a la autora de *Un cielo sin nubes*. Escribiré, no te preocupes, pero tengo que empezar de nuevo, desde el principio.

—¿Tal vez algo sobre la doble pérdida de una mujer que...?

¡Cómo son los editores!

La segunda fue de Ignasi. Sabía, por Judit, que había decidido trasladarme a Alella. Me llamó para exponer claramente sus condiciones para aceptar ese plan «tan absurdo» de vivir todos juntos y acoger a tía Margot. Dijo que tomaba las riendas de la rehabilitación de la casa y de la venta, para asegurarse, dijo, de que el proceso no se eternizara. Por el tono de voz, se notaba claramente que consideraba que los meses que durara la situación serían un suplicio. Añadió que, como la idea de invitar a nuestra tía era mía, tendría que hacerme cargo yo y asumir las consecuencias que pudiera comportar esa «idea tan excéntrica». Nos esperaba esa misma noche, a Judit y a mí, para cenar en casa y «organizar la intendencia»: había que hablar de los gastos comunes, de la limpieza, de la compra, del jardín; había que subastar las cosas de valor que hubiera en la casa y deshacernos de todo lo demás; había mucho trabajo que hacer, cosas de las que hablar, y en el garaje solo cabían dos coches...

Lo corté procurando ser amable: de acuerdo, de acuerdo, nos vemos esta noche y lo hablamos todo. Colgué y me invadió un gran desánimo. Era muy complicado que todo saliera bien.

Nuestros padres llegan a casa poco antes de comer. Vienen de la clínica con la niña pequeña. Ignasi y yo salimos a recibirlos al jardín. Veo venir a mamá con un envoltorio en el que está la recién nacida; anda despacio.

Se sienta y separa un poco la ropa para que veamos a la niña. Nos acercamos llenos de curiosidad y con temor.

—Se llama Judit —dice mamá.

Papá sale de casa con una cámara y dice que va a grabarnos para tener un recuerdo de este día. Mamá, sentada todavía, nos coloca uno a cada lado. Papá nos mira por el visor y dice:

—A ver, ¿estáis preparados? Ahora sonreíd como si os hiciera mucha ilusión tener una hermanita. Miráis a la niña y después, a mí.

Y sigue dándonos órdenes como si estuviera filmando una película. Repite constantemente «como si...». Cree que estamos interpretando una escena de ficción.

Cenamos en la mesa del jardín. Podíamos haberlo hecho en la galería, pero, con el compromiso tácito de que todo fuera lo más agradable posible, nos pusimos de acuerdo en que valía la pena cenar abajo, en la mesa de hierro forjado que había comprado mamá poco antes de morir. Había seis sillas a juego con la mesa, pero las habíamos retirado al sótano porque eran muy incómodas. Ahora nos sentábamos en unas de aluminio y plástico rígido mucho más confortables y ligeras, aunque la imagen estética del conjunto perdía bastante. Mamá se desmayaría si lo viera.

Hicimos ensalada de tomate y cebolla, pan tostado y tortillas francesas. Una cena sencilla pero apetecible en una noche cálida como aquella. Un vino rosado y fresquito la redondeó.

Ignasi expuso sus propósitos con respecto a la casa. Se había informado y ya tenía planes concretos. Era necesario actualizar la instalación eléctrica para adaptarla a la normativa vigente y poder contratar más potencia. Iba a ser una casa para seis personas, no para una sola, como hasta entonces, con las necesidades correspondientes en lo tocante a electrodomésticos. También había que cambiar la vieja cañería de plomo, evidentemente. Era imprescindible poner una caldera moderna para la red de radiadores. Había que reformar los cuartos de baño completamente. Otra parte importante de la reforma eran los suelos de la casa (cambiar o restaurar la cerámica hidráulica). Probablemente fuera necesario cambiar todo el tejado y podrían aprovechar para colocar un aislante térmico, y así el nuevo propietario no se arruinaría con el gasto de calefacción.

En este momento Judit lo interrumpió:

—Y ¿no podríamos poner placas solares en el tejado?

Ignasi le sostuvo la mirada unos segundos. Respiró con cierta fuerza.

—Sí, claro, podríamos mirarlo.

Después siguió como si hubiera espantado una mosca.

—Ya falta muy poco para el final. Hay que localizar las fisuras de los tabiques interiores y subsanarlas antes de pintar toda la casa. En las paredes exteriores también hay grietas que pueden provocar humedades graves. Debemos impedir que la hiedra y demás plantas arraiguen y hagan algún estropicio. Y también revisar las vigas; es probable que alguna tenga carcinoma... Podemos conservar las puertas, son buenas, pero hay que barnizarlas o lacarlas. Nos queda la cocina, que ya sabéis cómo está. Cambiaremos todos los muebles y compraremos electrodomésticos. ¡Papá seguía fregando los cacharros a mano!

—No creo que los fregara él —puntualizó Judit con buen criterio.

—Cierto —confirmé—, acumulaba platos y vasos en el fregadero y, cuando venía aquella chica de cuyo nombre no me acuerdo, la que substituyó a Rosalía, los fregaba.

Ignasi soportaba nuestras interrupciones con cara de mártir.

—Y hay que retocar la piscina, está agrietada por varias partes, y ponerle unos focos para que se ilumine de noche. Estos detallitos deslumbran a los compradores. Y tenemos que ponernos en contacto con un jardinero que arregle las plantas y lo deje todo presentable. A lo mejor se puede abrir un camino de grava para ir de la casa al garaje.

—¡Madre mía! Pero eso es mucho dinero. ¿Quién lo va a pagar?

Ignasi dejó que nos explayáramos un poco y después, en tono de experto hombre de negocios —no lo era, ni mucho menos, pero hay que reconocer que sabía más de números que nosotras dos—, dijo:

—Estoy negociando un crédito, que liquidaremos tan pronto como vendamos la casa. Así se hacen las cosas.

Ese tonito fanfarrón... Y entonces le oí decir:

—Ah, y otra cosa: hay que deshacerse de la biblioteca.

Acusé el golpe en medio del pecho, como si me hubiera pegado un

puñetazo en el esternón.

—Pero ¿qué demonios dices?

Judit reaccionó, por una vez, y se puso de mi parte. Ignasi nos cortó con ese tono condescendiente que me hacía hervir la sangre cuando nos peleábamos de pequeños:

—¡Basta, echad el freno! Si alguien quiere quedarse con los libros, que haga una selección, no tengo nada que objetar. Pero nadie comprará una casa con esa cantidad de libros dentro. ¿Cuántos habrá? ¿Tres mil?

—O más... De acuerdo, hay que sacarlos de aquí antes de venderla, pero lo haremos con sensatez, los revisaremos todos y decidiremos qué hacer con ellos.

Era mi propuesta, y en el mismo momento de hacerla me di cuenta de que me estaba metiendo en la boca del lobo.

—De acuerdo. Me quedaré con los que me interesen y los demás los donaré a la biblioteca municipal, si os parece bien.

Con la segunda botella de vino —un Merlot joven— brindamos por papá, por mamá, por Emi y por Tomàs, por todos los que nos habían dejado solos aquí, enfrentándonos a la aventura surrealista que sería vivir juntos otra vez. Entonces se oyó un crujido en lo alto, sobre nosotros. Levantamos la cabeza. Las ramas del nogal, que se extendían a esa hora de la noche como alas oscuras, nos tapaban un gran trozo de cielo.

Mirando hacia arriba Ignasi rezongó:

—Ya os he dicho que el nogal está enfermo. Cualquier día de estos se partirá una rama y nos abrirá la cabeza. Lo añadiré a la lista de actuaciones: hay que talarlo y punto.

—¡Qué drástico! ¿No? Sería mejor mirar primero si tiene remedio...

—Eso cuesta pasta y el jardinero me dijo que no valía la pena... La enfermedad está muy avanzada.

—Lo consultaremos antes de todos modos, ¿no, Ignasi?

—Ya lo he consultado, insisto. El consejo es talarlo y, si no lo hacemos, lo más probable es que contagie a los demás árboles. Está plagado de insectos minúsculos. Fijaos en la mesa...

El mantel blanco se había llenado de puntitos negros que corrían de un

lado a otro. Probablemente Ignasi tuviera razón. Pero, de todos modos, me dolía en el alma pensar en el hueco que dejaría en el jardín el nogal centenario. Y también me inquietaba que nuestra vida en común empezara con una discusión, y que después hubiera otras y que al final todo fuera un desastre de tamaño colosal. Mi hermano estaba acostumbrado a tomar decisiones sin consultar. Así lo hacía en su casa —hasta que Emi se hartó— y seguramente también en el trabajo.

—Mamá amaba al nogal...

Judit estaba quitando puntitos negros de uno en uno, cogiéndolos entre el dedo corazón y el pulgar y tirándolos al suelo.

—No empecemos con esa cantinela, ¿vale? Si nos enredamos con sentimentalismos no podremos reformar bien la casa, y menos aún venderla. Porque estamos de acuerdo en que hay que venderla, ¿no?

Ignasi y su sentido práctico. Judit y su sentimentalismo. Intervine:

—A ver... Si hay que arrancar el nogal para proteger el jardín, se arranca, no hay más que decir.

Miré la mesa con cierta prevención y me dio un escalofrío; me froté los brazos como si hubiera bajado la temperatura.

—¡Qué bichos tan asquerosos!

Ignasi se levantó de repente y, con la mirada baja, farfulló:

—En esta casa no nos gustan nada los insectos...

La frase estalló en medio de la noche y, por extraño que parezca, la recibimos con grandes carcajadas, a las que él, desconcertado al principio, se sumó después.

Un nogal enfermo. Los insectos. Una casa que hay que rehabilitar. Planes de futuro.

Capítulo 9

Me instalé en Alella a mediados de agosto. Sabía que Ignasi llevaría allí a sus hijos la segunda quincena y quería convivir con ellos esos días con la esperanza de que, en verano y de vacaciones, todo fuera más fácil. Judit llegó unos días después, parecía más vulnerable con su barriguita incipiente, que le sobresalía del escuálido cuerpo. No nombraba para nada a Sergi, el padre de la criatura, y yo sostenía una lucha interna porque no sabía si debía meter baza. La antigua Laura prefería no entrometerse, pero la nueva me incitaba constantemente a ejercer de hermana mayor. Decidí esperar, de momento.

Las dos primeras semanas estuvieron bastante bien. El Maresme es un paraíso en verano. Los días son largos, los atardeceres luminosos y las noches frescas. La algarabía de mis sobrinos —los gritos en la piscina que me despertaban, las carcajadas ruidosas que me interrumpían la lectura, el rastro de su despreocupación en forma de platos y vasos sucios desperdigados por toda la casa— me pareció, en principio, una bendición.

Marcel, el chico, tenía catorce años. Alto y nervudo, había heredado los ojos risueños de su padre y la elegancia natural de su madre. Pasaba poco tiempo en casa. Casi todos los días lo veía en el desayuno. Aparecía en la galería medio dormido, con los auriculares puestos, y, qué detalle, nunca se le olvidaba darme un beso de buenos días. Ese pequeño acto —el breve contacto con la piel templada o con el pelo húmedo de la ducha— me hacía sonreír espontáneamente, pero después ya no cruzábamos palabra. No habría

sabido de qué hablar con él. Nunca lo veía estudiando ni leyendo, solo le oía dar grandes voces cuando se pasaba horas tirando el balón a la canasta que había al lado del garaje.

Su hermana menor, Clàudia, iba a cumplir trece años y todavía tenía el cuerpo y la cara de niña pequeña. A pesar de todo, en el fondo de su mirada esquiva no encontraba rastro de la supuesta inocencia. Su actitud arisca tampoco tenía nada pueril, más bien parecía anunciar los rayos y truenos de una adolescencia próxima y difícil. Los primeros días de convivencia, tan bochornosos, no conseguí sacarle ni una sonrisa, por no hablar de algún detalle de afecto. Mis intentos de acercamiento —los buenos días que nunca recibían respuesta y se quedaban flotando por encima de la mesa puesta, la solícita invitación a llevarla a la playa en coche, alguna caricia fugaz cuando pasaba a mi lado— fueron estériles. Me inquietaba el contraste entre el físico tan infantil y la actitud amarga que parecía esconder un pozo de frustración.

Tía Margot, que recibió nuestra invitación con un entusiasmo moderado, pero que respondió sin vacilar ni un segundo, anunció que llegaría a primeros de septiembre.

Sí, se quedaría a vivir en Alella (y no preguntó cómo, hasta cuándo ni por qué). No lo aceptó con resignación, tampoco con agradecimiento. En todo caso se diría que le daba completamente igual. Como si los últimos años de vida que le quedaban fueran de propina, un trámite que había que cumplir. No parecía que lo considerara una oportunidad de rehacer —de construir— una relación familiar inexistente. Quizá predominaran los motivos prácticos: había empezado a deteriorarse físicamente, se notaba a simple a vista, y le convenía que alguien se hiciera cargo de ella. Creo que se tenía por una mujer amortizada que solo esperaba el final con paciencia. Y, total, si iba a pasar la mayor parte del tiempo sola, mejor aceptar esta alternativa inesperada y ciertamente arriesgada que quedarse en Montpellier, atendida por una cuidadora (una perspectiva terriblemente aburrida, en comparación). Y, si no salía bien, lo mismo daba, porque serían cuatro días. Me tranquilizaba que ella tampoco tuviera grandes expectativas; mejor así, sí.

Llegaría el día 1 y alguien tenía que ir a recogerla a la estación; venía en tren porque aborrecía los aviones; convenía llevar un coche que tuviera un

maletero grande, porque traía bastante equipaje.

—Y ¡encima con exigencias! —se quejó Ignasi, reticente a mi propuesta de acogida desde el primer día.

Judit se ofreció a acompañarme, un detalle que le agradecí, aunque, sinceramente, me pareció ridículo, porque, debido a su estado físico, no estaba en condiciones de poder ayudar a cargar las maletas de Margot. Se le habían complicado un poco los primeros meses de embarazo, tenía vómitos por la mañana y náuseas todo el tiempo. La cara, extremadamente pálida, que al principio solo acentuaba su belleza etérea, empezaba a adquirir tintes netamente enfermizos.

Le recomendé que se quedara en casa, y entonces aproveché para preguntarle si había hablado con Sergi. Me dijo que no con un movimiento de cabeza, que tenía apoyada hacia atrás en el sofá, y me pareció que le faltaban fuerzas para darme una respuesta más elaborada. Pero, de repente, sin levantar la cabeza y con los ojos cerrados, dijo:

—Hablaré con él cuando esté segura de que puedo soportar una conversación de esa clase sin vomitarle encima.

Y me pareció que tenía toda la razón del mundo.

Al final fue mi pobre cuñada, Emi, la que me acompañó a la estación. En el trayecto tuvimos tiempo de hablar de nuestras respectivas impresiones sobre la aventura que mis hermanos y yo íbamos a emprender. Según ella, aunque pareciera que Ignasi no estaba muy dispuesto a colaborar, en realidad era consciente de que el plan le salvaba la vida.

—Como bien sabes, tu hermano es incapaz de hacerse cargo de los niños en condiciones —decía ella, hundida en el asiento, a mi lado.

Lo dijo con naturalidad, mientras bajaba la ventanilla. Pero, a pesar del tono pacífico e incluso ligero, era imposible pasar por alto la carga de profundidad que llevaban sus palabras. Me dio la sensación de que buscaba aire fresco para suavizar la acritud de la acusación que acababa de formular y procuré hablar yo también en un tono pacífico y ligero:

—Mujer, a lo mejor exageras un poco. Es cierto que te has hecho cargo tú de los niños mucho más que él, pero no será para tanto...

—Para tanto y para más, sí.

Me interrumpió con una sequedad impropia de ella. Cambié la marcha y la miré un instante. Me sostuvo la mirada y después inició una retahíla de reproches y agravios que no tenía fin. Mi hermano se había desentendido de su paternidad desde el momento en que se confirmó el primer embarazo. Emi había ido sola a las visitas ginecológicas, había sufrido los vómitos matinales sin su apoyo y no había encontrado a quién recurrir cuando se llevó el susto de las pérdidas el tercer mes. Tampoco en la última fase del embarazo pudo contar con él, y mucho menos en el parto.

Yo la escuchaba en silencio, con las dos manos en el volante, agarrándolo con una fuerza innecesaria. Nos acercábamos ya a la estación, pero el soliloquio parecía no tener fin. Con la intención de zanjar el rosario de acusaciones, me atreví a preguntar:

—Pero seguro que estaba contigo el día en que nació Marcel, ¿no?

Entonces se le puso la voz más aguda y estridente.

—Pues no, no estaba conmigo. Pero, claro, tú no te acuerdas porque tampoco estabas. Viniste a verlo tres días después, con un ramo de flores, como si no hubiera pasado nada.

—¿Qué...? ¿Qué tenía que pasar?

Mis manos eran ya zarpas que se clavaban en el cuero del volante.

—Dos días antes del parto, estaba sola en casa y empecé a sangrar. Lo llamé, pero esa noche tenía un estreno y no cogió el teléfono. ¡Ostras, Laura, solo me faltaban dos semanas para salir de cuentas! Él sabía que podía ponerme de parto en cualquier momento, pero no lo cogió... Llamé al ginecólogo y me dijo que podía ser placenta previa, que fuera al hospital, que me harían la cesárea. Me llevó mi madre. Conducía ella, como tú ahora, y yo iba en este mismo asiento desangrándome. ¡O me lo parecía! Notaba las compresas completamente empapadas... No decía nada para no asustarla, pero estaba segura de que no llegaría viva al hospital. Solo pensaba en el niño. No quería que llegara al mundo en un coche, en medio de un charco de sangre.

Aparqué y, sin querer, miré hacia los pies de Emi, que estaba sentada a mi lado. Casi vi el charco de sangre y al recién nacido enredado en el cordón umbilical. La miré, le cogí la mano y me pareció percibir un gesto de

rechazo, pequeño pero evidente. Me hice la sueca y dejé la mano allí, reposada sobre la suya, como si aprisionara suavemente a un animalito que quiere huir. La solté para sacar la llave del contacto.

—Todavía falta un cuarto de hora —le dije, invitándola a seguir con el relato—, tranquila.

Y siguió, ya lo creo. Y descubrí que mi hermano había ido al hospital al día siguiente por la mañana, cuando los médicos ya habían salvado la vida a Emi y al recién nacido. Y que, desde entonces, se limitó a ser padre como una cosa anecdótica que no le alteró la vida para nada; ni siquiera participaba en las decisiones.

—Considera que los niños son cosa mía, y la casa también.

Emi iba a abrir la portezuela del coche —«¡Espera!»—, y se quedó a medio camino.

—Dime.

—Si con Marcel las cosas fueron así..., ¿por qué decidiste tener otro hijo?

Emi respondió como si hiciera años que esperaba la ocasión de decir lo siguiente:

—Porque enseguida me di cuenta de que la maternidad era lo único a lo que podía agarrarme para no ser completamente desgraciada.

Se apeó del coche y yo también, pero muy despacio, a cámara lenta. Me pesaban las piernas y los brazos, aunque el cerebro me funcionaba a toda velocidad, los pensamientos se atropellaban y se desbordaban. «¡Qué estupidez creer que la propia felicidad depende de otra persona, aunque sea de tus hijos! —e, inmediatamente—: ¡Quién fue a hablar! La que confió todo su ser al amor de un hombre —y enseguida—: ¿Dónde narices estaba yo cuando mi hermano se comportaba tan miserablemente con sus hijos? —y la respuesta inmediata—: Solo estaba pendiente de Tomàs y de nuestro amor perfecto, que dejó de serlo de repente.»

Cuando tía Margot se apeó del tren, con ayuda de un joven, y miró a todas partes buscándonos, me di cuenta de que tanto Emi como yo teníamos cara de perro y, con la intención de corregir una escena que me había imaginado muy diferente, levanté el brazo para llamarle la atención mientras gritaba: «¡Aquí, tía Margot! ¡Estamos aquí!». Emi, atónita, e incluso un poco

avergonzada, diría, observaba mi sobreactuación, pero preferí pasarlo por alto y eché a correr por el andén. Unos metros antes de llegar donde me esperaban tía Margot y el joven, tropecé y me caí al suelo. Mientras mi tía gritaba y el joven me ayudaba a levantarme, yo sonreía: me había torcido el tobillo y me dolía, pero las imágenes del parto y la sangre en el coche desaparecieron.

El joven amable tuvo que cargar con las cuatro maletas de tía Margot hasta el maletero del coche. Emi tuvo que conducir hasta Alella, porque a mí se me había hinchado el tobillo, que parecía una pata de elefante. Y yo tuve que soportar la cháchara de tía Margot, con todos sus *oh-là-làs* y *mon dieus*, mientras me preguntaba, horrorizada, si no habría cometido el peor error de mi vida invitándola a venir.

También necesitamos que nos enseñen a ser familia. Recuerdos que duelen más que un esguince de tobillo.

Capítulo 10

Ignasi y yo estamos cenando solos en el comedor de casa. Mamá ha ido arriba con Judit a leerle el cuento de la noche. Papá ha dicho que cenaría un bocadillo en la biblioteca... Por lo visto está a punto de terminar una obra que espera en ascuas un director de Girona muy famoso. No puede perder un minuto, dice, pero se ha pasado la tarde en el Ateneo porque presentaba un libro de un amigo suyo.

Comemos sopa de fideos e Ignasi la sorbe de la cuchara haciendo un ruido asqueroso que me da arcadas. Se lo advierto: «¡Ignasiiii!». Sorbe. Le echo una mirada fulminante. Sorbe con más fuerza. Respiro hondo y, cuando levanta la cuchara y se la lleva a la boca, le meto un codazo y los fideos van a parar a su cara. Le brillan los ojos y, por un instante, creo que va a echarse a reír. Pero de pronto le cambia la expresión, se pone verde, se enfurece. Deja la cuchara en el plato con furia y, como todavía hay líquido, salpica todo el mantel. Mamá se va a llevar un disgusto y me enfado de antemano pensando que, como en tantas ocasiones, me echará la culpa a mí «porque soy la mayor».

En ese preciso momento se oyen voces en el piso de arriba. Son voces airadas, papá y mamá están discutiendo. Ignasi y yo, que estábamos a punto de ir a acusarnos mutuamente, nos quedamos inmóviles, patitiesos; si fuéramos perros levantaríamos las orejas.

Se oyen más gritos, pero no se entiende lo que dicen. Solamente

palpamos la hostilidad. Ignasi, que se había levantado de la mesa y había dado dos pasos hacia la escalera, vuelve atrás, asustado. Retrocede sigilosamente y se sienta en su sitio. Me da tanta pena que lo abrazaría, pero acabamos de pelearnos y me abstengo.

Cuando terminó el verano y empezó el curso escolar, se ordenó la vida doméstica. Marcel y Clàudia volvieron al instituto y pasaban una semana con su madre y una con nosotros. Ignasi iba a su propio ritmo. Se levantaba tarde, se tomaba un desayuno-comida de pie, en la cocina, y se iba a Barcelona. Trabajaba mucho y hasta tarde. Nunca cenaba en casa, ni siquiera cuando estaban sus hijos. Judit lo hacía exactamente al revés: como se le habían pasado las náuseas matutinas, aceptó un papelito en una serie de televisión que la obligaba a levantarse de madrugada para ir al rodaje, y se iba a dormir en cuanto oscurecía.

En resumen: sin haberlo pedido ni habérmelo propuesto, me convertí en algo así como la gobernanta. Me pasaba el día en casa, eso es cierto, y mis hermanos, con la alegría que les caracterizaba, dieron por supuesto que me encargaría de la intendencia. Es decir: que la nevera estuviera siempre llena, que la chica de la limpieza cumpliera y cobrara, que supervisara el trabajo de los obreros que pronto empezarán las obras de rehabilitación y, por último —pero no menos cargante—, estar pendiente de las necesidades de tía Margot que, como pude comprobar enseguida, eran numerosas y variadas.

Asumí que me sería imposible esquivar algunas de estas responsabilidades, porque, como trabajaba en casa —en realidad no trabajaba, solo tomaba algunas notas al final de la jornada—, no quedaba otro remedio. Pero había otras tareas que era necesario distribuir y, tal como me temía, Ignasi no parecía nada dispuesto a colaborar.

—Yo pondré más dinero porque somos tres.

—¡Hombre, muchas gracias! ¡Qué detalle!

—Entonces ¿qué quieres, a ver?

—No es cuestión de dinero. Ya contaba con que nos repartiríamos los gastos. Se trata de pensar en la compra y hacerla, de estar pendiente de lo que

falta, de organizar comidas y cenas para tus hijos. ¿Quién se va a encargar de todo eso?

La conversación podía ponerse amarga, así que tía Margot, que estaba sentada en el sofá hojeando una revista, decidió intervenir:

—Me da igual quién haga la compra, *je m'en fous...* Pero, sea quien sea, que no se olvide de mis kiwis, por favor. Si no como un kiwi en ayunas soy mujer muerta.

A pesar de la hostilidad del minuto anterior, mi hermano y yo intercambiamos una mirada de complicidad. Entendí el mensaje claramente: «No caerá esa breva».

Margot, que los primeros días parecía una pobre viejecita sin voz ni capacidad de decisión, empezaba a mostrar un carácter quisquilloso y gruñón que no facilitaba nada la paz familiar. La única que velaba por la concordia era Judit, que propuso una solución: solo hace falta encontrar un momento para planificar la compra juntos, después la hacemos por internet y nos la traen a casa. La negociación fue ardua: Ignasi solo quería caprichos poco saludables y caros, Judit necesitaba una dieta sana y tía Margot insistió en sus kiwis. La convivencia exhibía su cara más fea sin el menor pudor. Poco después, Ignasi se compró una nevera para uso exclusivo de sus hijos y de él. Ahora bien, cuando llegó a casa la nueva nevera, tuvimos que plantearnos dónde colocarla, porque él no lo había pensado. Al final la encajamos como pudimos en la despensa, entre el cubo estratégicamente situado para el agua de la gotera y las escaleras que guardaban los obreros. A partir de entonces las discusiones estaban a la orden del día. La incomodidad de las obras de la reforma, el horario de las comidas, el desorden, la obsesión por el orden, el frío, el calor, las corrientes de aire. Un abanico inacabable.

Para aislarme de todo el asunto, decidí afrontar la tarea —ingente y urgente— de desmantelar la biblioteca. La biblioteca de papá era la habitación prohibida y, por lo tanto, la más codiciada de mi infancia y adolescencia. Era un sitio misterioso, respetado y temido. La cueva del ogro, algo así como un agujero mágico que se apoderaba de papá hasta hacerlo desaparecer de nuestra vida.

Son las vacaciones de Navidad. Mamá nos ha pedido ayuda a Ignasi y a mí para bajar del desván las cajas de lazos y guirnaldas, bolas de cristal, velas, figuras del belén, ángeles de porcelana... Vamos detrás de ella sin poder contener la emoción, sonreímos como bobos y, como estamos tan emocionados, aunque nos ha ordenado que hablemos bajito, al final armamos mucho jaleo. Nos regaña y nos pide silencio —papá está trabajando—, pero se le escapa la risa al vernos tan contentos.

Hacemos el primer viaje cargados con las cajas de cartón. Ella lleva dos, una encima de otra, porque, aunque son enormes, no pesan nada, todo lo que hay dentro es muy ligero: lazos brillantes de colores vivos, cintas con el borde dorado, tiras de flecos plateados para adornar el árbol... Yo llevo una de color rojo que tiene escrita una palabra en letras muy grandes en rotulador negro, que dicen: BELÉN. Bajo la escalera despacio imaginándome lo que hay dentro: las figuras, las montañas de corcho, el río de color azul turquesa y el puente, los árboles diminutos —un ciprés, un naranjo, un par de olivos—, el pozo, los patos y las gallinas. Ignasi va detrás de mí y lleva una caja llena de bolas para el árbol. Son de todos los colores y de todos los tamaños. Cada año compramos cuatro o cinco nuevas. La más bonita de todas la elegí yo el año anterior, un día que fuimos a la feria de Santa Llúcia con mamá: es de cristal transparente, con una pluma blanca dentro. Ignasi es un tapón, así que la caja casi no le deja ver, además, no se puede apartar el flequillo porque tiene las manos ocupadas, así que, en el momento en que pasamos por delante de la puerta de la biblioteca, tropieza y se cae. La caja se abre y las bolas salen rodando, algunas se rompen. Horrorizada, miro a mi hermano y veo mi bola de la pluma intacta todavía. Voy corriendo a buscarla mientras mamá se agacha y empieza a recoger el desastre. En ese momento se abre de golpe la puerta de la biblioteca. Aparece papá en el umbral y, al dar un paso adelante, pisa una bolita dorada. Se oye el chasquido.

—De verdad, Helena —dice en un tono muy grave—, es que parece que lo hagas adrede para no dejarme trabajar. ¿Cómo voy a concentrarme, con tanto jaleo?

Mamá levanta la cabeza y le sostiene la mirada con una expresión que me

asusta un poco:

—Son los adornos de Navidad —dice—, solo faltan tres días.

—Lo sé muy bien. —El tono de papá es tan amargo que me echaría a llorar—. Ojalá hubiera pasado ya.

Ignasi y yo abrimos los ojos de par en par. ¡No hay nadie a quien no le guste la Navidad! Pero resulta que sí: a nuestro padre.

Mamá abre la boca y en ese instante me doy cuenta de que esperaba que reaccionara de una forma determinada (recoger las bolas rotas y desaparecer en silencio), pero su actitud inesperada (va a decir algo, lo que sea) me gusta y me inquieta al mismo tiempo.

Y mamá responde:

—¡Cómo se puede ser tan memo...! —No dice «Cómo se puede ser tan malo, tan insensible, tan perverso, tan egoísta...», no. Dice «Cómo se puede ser tan memo». El desprecio es evidente, hasta yo lo veo. Papá se encoge un poco y cierra la puerta.

Aquel mes de octubre los días fueron claros y las temperaturas suaves. Al principio perdí mucho tiempo en la biblioteca. El mero hecho de poder estar allí me emocionaba y me paralizaba al mismo tiempo. Me quedaba mucho rato de pie, en las ventanas. El jardín había perdido todo rastro de humanidad desde que faltaba mi madre. Ahora no era más que un revoltijo de verdes, un batiburrillo de hierbajos, y la hojarasca amenazaba con invadirlo todo. Todavía quedaban los rosales, que trepaban por la pared casi hasta llegar a la galería, y los árboles imponentes, como el nogal y el abeto azul, que sobresalían en medio del caos. Si miraba al fondo del jardín veía de reojo la zona que mamá llamaba «de pícnic». Consistía simplemente en una gran mesa de madera con un banco a cada lado, todo ello estratégicamente situado a la sombra de la parra, que se agarraba a una pérgola de hierro forjado. Ahora la mesa estaba llena de polvo y de hojas y, por mucho que me esforzara, no encontraba el recuerdo de un día alegre en ese sitio que, precisamente, debía de estar planeado para ser un rincón de escenas felices.

Me quedaba allí quieta, paralizada por la tristeza. Era una melancolía

extraña: no era del todo nostalgia de los buenos tiempos de la primera infancia; estaban tan lejos que empezaban a diluirse, sino un pesar dolorido por todo lo que nos había faltado, por la muerte prematura de mamá, por los tres niños desamparados que crecieron sin ella.

En algún momento me distraía un ruido y de repente me fijaba en las ventanas de la biblioteca, altas y partidas con listones de madera. Por ellas entraba la luz oblicua que me despejaba la tristeza y me daba ganas de cantar.

La librería que había encargado mi padre a un famoso carpintero de Mataró cuando nosotros éramos críos ocupaba tres paredes de la habitación. En la cuarta se abrían las dos grandes puertas vidrieras desde las que últimamente contemplaba la desolación del jardín. Cerca de ellas había un sillón tapizado con una tela de cuadros escoceses, una mesita baja y dos lámparas de pie. Era un rincón de lectura. También pasé muchos ratos sentada en uno de los sillones, alargando el café con leche que dejaba en la mesita de vez en cuando.

Paseaba la mirada por la librería admirando los reflejos brillantes de la madera de cerezo, el diseño de la escalera corrediza, que por arriba se sujetaba en las baldas y por debajo tenía ruedecitas. La parte que más me gustaba era el trocito de librería que quedaba por encima de la puerta, entre el dintel y el techo. Había algunos marcos con fotografías apoyados contra el lomo de los libros. Las imágenes eran de papá con personalidades del mundo del teatro o de la cultura en general.

Ahora bien, en la mesa que presidía la habitación había una fotografía enorme de toda la familia. Mamá parecía una niña, sonreía sentada en una silla de hierro, de las del jardín, con Judit en el regazo y el brazo derecho sobre los hombros de Ignasi, que era un mocoso rubio y gordezuelo. Yo estaba a su izquierda, apoyando un codo en la mesa, sonriendo, con los ojos entrecerrados porque el sol me deslumbraba; mi madre me cogía una mano. Y detrás, de pie, papá. Llevaba un jersey de algodón de color beis y barba de tres días; se le veían los ojos muy claros. Con la mano derecha agarraba a mamá por la nuca, una actitud que resultaba un poco dominante y afectuosa al mismo tiempo.

En un rincón de la estancia se encontraba el secreter en el que trabajaba

papá, tal como lo había dejado el día en que murió: unos cuantos papeles desordenados, las gafas, una pluma estilográfica. Las cosas que sobreviven a las personas y alargan simbólicamente una vida que ya ha terminado.

Sentada en el sillón, paseaba la mirada por la librería intentando calcular cuántos libros albergaba. Al final tuve que coger lápiz y papel. Unos treinta libros por balda. Ocho baldas por piso. Seis pisos. Mil cuatrocientos cuarenta libros. Por tres cuerpos de librería: más de cuatro mil libros.

Decidí trabajar ordenadamente, a pesar de las ganas que tenía de empezar a revolverlo todo sacando libros al azar, solo por el placer de descubrir los tesoros escondidos que había en ese mar de páginas impresas. Supuse que estarían colocados por orden alfabético, así que deduje que la primera letra del abecedario estaría en el primer cuerpo de la librería, entrando a mano izquierda. Me subí a la escalera hasta la primera balda de arriba del todo. Saqué los dos primeros libros, que eran dos obras de teatro: *El zoo de cristal* y *La casa de Bernarda Alba*. Tenesse Williams y García Lorca. Ni rastro de la «A» en ninguna parte. Los dejé donde estaban y bajé para examinar la primera balda del primer piso. A lo mejor el abecedario empezaba allí. El primer título que encontré fue *La città e la casa*, de Natalia Ginzburg. Tampoco empezaba aquí. Busqué los libros correspondientes a la A en el otro extremo de la librería. No, tampoco.

Me senté en el sillón hundida en el desánimo y el desconcierto: ¿era posible que mi padre no hubiera ordenado los libros? ¿Que los hubiera guardado sin ningún criterio, uno al lado de otro, tal como llegaban a sus manos?

Y así decidí empezar por cualquier balda. De momento, tenía intención de clasificarlos en dos grandes grupos: los que probablemente se quedarían en la familia —la mayoría para mí, pocos para alguno de mis hermanos y sobrinos— y los que habría que dar. En el primero estarían los que tuvieran algún valor por su antigüedad o por la encuadernación, los firmados por el autor y dedicados a mi padre y los que tuvieran un valor sentimental, por ejemplo, las diversas ediciones de su propia obra.

El destino del segundo grupo era incierto todavía. Tenía que ir a la biblioteca de Alella y preguntar si aceptarían una donación. Quizá, si eran

muchos libros y en la biblioteca hubiera espacio para todos, podría plantearse la idea de un Fondo Sebastià Sureda. Me gustaba la idea y Judit estaba de acuerdo.

Armada de trapo y plumero, empecé a quitar el polvo a los libros, que iba repartiendo en dos montones encima de la mesa de madera. Era difícil elegir, y muy doloroso. Sinceramente, me habría quedado con todos.

La primera mañana separé para nosotros una edición encuadernada en piel de *El rojo y el negro*, en papel de biblia, con una cinta de color morado para marcar la página; un ejemplar de *Una vella i coneguda olor*, de Josep Maria Benet i Jornet, dedicada «A mi viejo amigo y compañero Sebastià Sureda, con todo mi afecto» y *Los hermanos Karamazov*, que todavía no había leído y me reservé para mí.

En el montón para dar había obras de dramaturgos alemanes, novelas españolas del tardofranquismo, poemarios de clásicos latinos y la colección completa de novela negra «La cua de palla». Mientras los ordenaba, me acordé de que mis padres la habían leído entera un verano. Se pasaban los títulos el uno al otro y después los comentaban, todavía con los libros amarillos en la mano. Hammet, Patricia Highsmith, Simenon, Raymond Chandler. Fui a buscar un par de cajas y empecé a meterlos; era como si estuviera guardando los pocos recuerdos felices que tenía: mis padres compartiendo el placer de la lectura, conversando, bromeando sobre quién era el autor del crimen. En cuanto terminé de meterlos en las cajas, con la frialdad de un asesino cerré la primera, cerré la segunda y las sellé con cinta adhesiva. Con un rotulador grueso escribí por fuera «La cua de palla-1» y «La cua de palla-2» respectivamente. Hecho. Por la tarde tuve que oír la letanía de quejas de tía Margot, porque su habitación, en el piso de arriba, le parecía muy fría y se despertaba continuamente porque las cañerías, que pasaban muy cerca, hacían unos ruidos terroríficos, «como si unos monstruos pequeños y peludos estuvieran jugando a pillar», e imitaba el ruido. «Nos lo imaginamos, Margot», decía Judit. Pero ella insistía: «Y, de vez en cuando, un monstruo atrapa a otro y se lo come». Y entonces emitía un sonido gutural, casi un eructo, que nos habría hecho reír si no hubiera sido porque se nos habían acabado las ganas.

Se nos habían acabado las ganas de reírnos porque Judit seguía con los mareos por la tarde y siempre estaba cansada. Tuvo que dejar la serie —la liquidaron con una pulmonía mal curada, inspirada en su aspecto poco saludable—. Tampoco nos animaba nada que cuando venían Marcel y Clàudia a pasar la semana con nosotros, su padre se desentendiera de todo. Ignasi no alteraba en absoluto su ritmo de vida, confiando en que nosotras les prepararíamos la cena. De lo que sí se preocupaba era de echar un vistazo a su nevera, a ver si faltaba algo de lo que había comprado él. De vez en cuando me llamaba mi cuñada para preguntarme «qué tal van las cosas». Eso quería decir que si los niños estaban bien, que si su padre los cuidaba y que si Clàudia seguía triste. Y sí, lo estaba. Era una niña triste, con una mirada gélida que me desconcertaba, arisca, terriblemente introvertida. Su presencia me alteraba más que las quejas de Margot o la cara de perro de Judit. Y lo que más me alteraba, por encima de todo lo demás, era la actitud irresponsable y egoísta de Ignasi. Pero ¿qué podía hacer? ¿Empezar a ejercer de hermana mayor a esas alturas?

Al día siguiente me preparé un café muy cargado y volví a encerrarme en la biblioteca, que era el momento anhelado de paz. Las puertas vidrieras, las vistas del jardín y el silencio polvoriento de los libros. No quería nada más.

Al final de la primera semana encontré un ejemplar de *El último encuentro*, de Sándor Márai. Una novela preciosa. Yo tenía un ejemplar, así que la separé con intención de ofrecérsela a Judit, que tal vez no la hubiera leído. En la primera página, donde suelen ponerse las dedicatorias, había un párrafo escrito con la letra puntiaguda de mi padre. Pensé que sería un fragmento de la novela. Decía: «Puedes creerme si te digo que en los últimos cuarenta y un años he buscado y examinado cada posibilidad que pudiera explicar ese paso incomprensible. Ninguna de mis hipótesis me ha dado la respuesta. Solamente la verdad puede darme la respuesta».[3]

Había subrayado con un lápiz grueso «paso incomprensible» e «hipótesis».

Me acerqué a la ventana con el libro en la mano. Hacía un día tirando a feo y el jardín, bajo las nubes, parecía más triste y abandonado que nunca. Vi unas hierbas altísimas que fanfarroneaban al lado de los rosales e invadían su

espacio como si quisieran humillarlos.

Recordaba vagamente el argumento de *El último encuentro*, dos amigos que habían querido a la misma mujer se reencontraban después de muchos años de distanciamiento. Cogí el libro y me lo llevé a la habitación para releerlo esa misma noche. De pronto, la biblioteca se me antojaba una habitación llena de enigmas y yo era una exploradora intrépida que se disponía a descubrirlos.

*Solamente la verdad puede dar la respuesta. Interrogantes y pasado.
Mensajes ocultos en los libros.*

Capítulo 11

El mar está gris y el aire es húmedo. Acabo de cumplir diez años y llevo pantalones cortos y una cazadora de color de rosa que me gusta mucho, aunque no abriga nada. Tengo la piel de gallina. Estoy jugando con mi hermano. A ver quién hace más flanes. Veo de reojo que el viento le mueve el flequillo rubio y que se lo aparta de un soplado, porque tiene las manos llenas de arena. Se esfuerza en apretarla mucho dentro del cubo para que, al ponerlo boca abajo, el flan quede recto y entero. Le veo las manos, pequeñas y gordezuelas, y la mueca que pone para empujar con más fuerza.

Papá está sentado en las rocas, unos metros más atrás, leyendo. Lleva una gorra de color beis y fuma. Me gustaría decirle que ya he hecho siete flanes y que estoy a punto de ganar a Ignasi, pero me da miedo que se enfade si lo molesto con esta tontería. Cuando papá lee, hay que guardar silencio. Es lo que siempre nos dice mamá.

Mamá se ha ido a casa con mi hermana pequeña. Dice que hace un aire muy fresco para Judit y que no quiere que se constipe. Cuando he visto que la envolvía en una toalla y la cogía en brazos, me ha parecido que sí, que el aire era de tormenta, y me ha entrado un escalofrío.

Ahora Ignasi se enfada porque ve que le he ganado, se pone a saltar encima de mis flanes y los aplasta. Empiezo a chillar, papá se pone de pie y nos riñe a los dos. Papá nunca levanta la voz, pero basta con una mirada suya para echarnos a temblar.

Todos los recuerdos de infancia terminan de una forma parecida: las peleas con Ignasi, la reprobación de papá, mamá que desaparece. Es un día desapacible.

Releí la obra de Márai con placer y con mucha atención. Lo estudié como si fuera un jeroglífico, intentando adivinar por qué había subrayado mi padre aquella frase: «He buscado y examinado cada posibilidad que pudiera explicar ese paso incomprensible».

En *El último encuentro* se encontraban muchas clases superpuestas de emoción. Se encontraba amistad y deslealtad, nostalgia y pasión. Y, como todas las buenas novelas, suscitaba más preguntas que respuestas daba.

Leer a Sándor Márai me generó la inquietud que provocan todos los grandes autores a los escritores de novelas adocenadas. Por una parte, la constatación de la propia falta de talento y, por otra, la lectura misma, que actúa como la espuela que clava el jinete al caballo para que corra más. Una mezcla extraña de frustración y ambición, de derrota y esperanza. Aquel día releí las notas que había escrito en el cuaderno sin valorarlas, con cierto distanciamiento, como si no fueran mías.

Al día siguiente volví a la biblioteca más temprano que nunca, después de superar los obstáculos habituales (quejas matutinas de tía Margot, preguntas de los obreros que reparaban la piscina, náuseas de Judit y una llamada de Emi para pedirme que estuviera pendiente de si Marcel estudiaba, porque la semana siguiente tenía un examen de historia en el que se jugaba el trimestre).

Me quedé un rato contemplando el estante que había empezado a revisar el día anterior. A continuación del vacío que había dejado *El último encuentro* estaba *Madame Bovary* en castellano. Era una edición de 1970, con el lomo de piel y una ilustración dorada en la cubierta. Lo hojeé buscando alguna pista para seguir con el juego de enigmas, pero solo encontré una nota del editor: «Texto seguido de la acusación, defensa y juicio del proceso incoado contra el autor». Lo aparté para quedármelo.

Los demás títulos de la balda eran: *El despertar*, de Kate Chopin; *La*

insoportable levedad del ser, de Milan Kundera; *Effie Briest*, de Theodor Fontane; *La mandrágora*, de Maquiavelo; *Un hombre y dos mujeres*, de Doris Lessing, y *La Regenta*, de Clarín. El único que no conocía era *Effie Briest*. Tampoco había leído la comedia de Maquiavelo, pero había oído hablar de ella a mi padre. Los cogí y les quité el polvo de uno en uno, y después los dejé encima de la mesa.

Y entonces, ante la serie de títulos, empecé a atar cabos. *Madame Bovary*, *La Regenta*, *El despertar*. Tres mujeres adúlteras. *Un hombre y dos mujeres* era un título bastante explícito y evocaba al argumento, y también el de la novela de Kundera, aunque fuera a grandes rasgos. Solo tuve que buscar información sobre *Effie Briest* —una novela inspirada en un caso real de adulterio que terminó en un duelo mortal— para descubrir que la palabra clave que unía a esos libros en un mismo estante era «adulterio».

Me puse muy contenta por haber descubierto el enigma de la biblioteca, un orden que no tenía nada que ver con el nombre de los autores, ni con la época, ni con la nacionalidad. Me habría puesto a bailar de alegría. La verdad es que creo que incluso di un par de vueltas abrazada a *Madame Bovary*.

Se me hacía la boca agua solo de pensar en que tendría que descubrir la idea que se escondía detrás de cada balda. Jugaría con mi padre más que nunca en la vida, pensé con un matiz de amargura.

Los libros del estante del adulterio los puse en el montón de los que me iba a quedar. Serían la prueba del descubrimiento. Cada vez que dejaba uno en el montón, se levantaba una nubecilla de polvo y las minúsculas partículas blancas flotaban en el rayo de luz que entraba, oblicuo, por la ventana, hasta tocar la mesa.

Ahora que ya había descubierto el intríngulis de los libros, recuperé la idea original de ir vaciando la biblioteca ordenadamente, empezando por la balda de arriba del todo, a la derecha, en la que había encontrado *El zoo de cristal* y *La casa de Bernarda Alba*. Dos obras que había visto, la primera en el cine y la segunda en el teatro. ¿Cuál era la palabra clave? ¿Familia? O ¿tal vez *madre*? Los siguientes títulos me confirmaron que la opción buena era la segunda: *El club de la buena estrella*, *Todo un carácter*, *La madre*, *Medea*.

Los abría cada vez que cogía uno y en todos había, en la página en

blanco, el nombre «Sureda» en letra de papá, con una S que se alargaba como una serpiente, y la fecha. Por ejemplo, en *Medea*, la fecha era el 4 de junio de 1981, y debajo decía: «No hay mayor dolor que el amor». La frase estaba escrita en tinta verde y subrayada dos veces.

Un tanto emocionada, abrí un documento en el portátil para dejar constancia de los descubrimientos que iba haciendo en ese viaje por la biblioteca. Primero escribía el tema que me parecía que agrupaba los libros en una balda —el adulterio, la madre— y la lista de títulos. Debajo reproducía las frases destacadas en la primera página. A veces también añadía la dedicatoria del autor del libro o del amigo que se lo había regalado. El documento, al que bauticé con el nombre de «Biblioteca», iba aumentando. Después volvía a mi cuaderno y escribía a mano unas líneas con las impresiones del día. En realidad, no eran más que pensamientos aislados, frases desordenadas que tal vez carecían de sentido. Pero me gustaba haber vuelto a la rutina de escribir un poco cada día.

Unas semanas antes estaba hecha trizas. Parecía que me hubiera despertado de un sueño largo y me hubiera dado cuenta de que era una mujer sola, sin pareja, sin familia, sin vocación. Ahora, con las notas breves y desordenadas, había recuperado un pedacito de mí. Hacía muchos años que escribir me resultaba tan natural e imprescindible como pensar, como vivir. Las historias que me nacían de dentro era lo único que florecía en mi paisaje deshabitado. Escribía para reencontrar el mundo fabuloso de los cuentos infantiles, tal vez para refugiarme como lo hacía de pequeña y creía que mi madre no se había muerto, que el agujijón clavado solo la había dormido y se despertaría otra vez cualquier día.

Fue entonces cuando tía Margot empezó a cocinar. De repente, la casa se llenó de olores afrancesados: *soupe à l'oignon*, *soufflé au fromage*, *bouillabaise*... Un poco antes de las comidas, los olores eran un auténtico reclamo y la cocina nos atraía a todos los que estábamos en casa. Pensé que, si ella se había puesto a cocinar y yo volvía a escribir, aunque solo fuera un poco, debía de significar que estábamos recuperando la normalidad.

En la balda siguiente encontré libros sobre casas. El primero era *La città e la casa*, de Natalia Ginzburg, con una dedicatoria sencilla: «Recuerda

siempre que te quiero», firmado por Helena, con fecha 23 de abril de 1986. En la primera página, con letra de papá, la siguiente frase: «Aunque las casas se vendan o se dejen a otras personas, siempre las llevamos dentro».

Tal vez por eso mis hermanos y yo habíamos vuelto finalmente a Alella. La casa en la que habíamos vivido los días más felices, los momentos más dramáticos y los años de abandono se nos había quedado dentro, clavada en la garganta, sin poder subir ni bajar.

Casa de muñecas, de Ibsen. *La casa a la orilla del mar*, de Zweig. *The Living Room*, de Graham Greene. *Al faro*, de Virginia Woolf. En esta novela, papá había dejado un marcador de página y, al abrir el libro por ese punto, encontré subrayado un párrafo largo:

No había nadie en la casa; la casa estaba abandonada. Abandonada como una concha en una duna, llenándose de granos secos de sal, ahora que no había vida en ella. Parecía que se hubiera aposentado la larga noche; parecía que hubieran triunfado los aires a fuerza de mordisquear, las corrientes húmedas a fuerza de hurgar. La olla se había oxidado y el felpudo estaba podrido. Habían entrado sapos cautelosamente. El pañuelo se agitaba en vano de un lado a otro. Un cardo asomaba entre las baldosas de la despensa. Unas golondrinas anidaban en el salón; había paja por el suelo; el revoque se caía a paletadas; la pintura de las vigas había desaparecido; las ratas se llevaban trocitos de cosas para roerlos detrás del revestimiento de las paredes. De las crisálidas salían mariposas ortigueras que consumían su corta vida tamborileando en las ventanas. Entre las dalias nacían solas algunas amapolas; la larga hierba del césped ondeaba al aire; unas alcachofas gigantes se alzaban entre las rosas; un clavel de pétalos rizados florecía entre las coles; y el suave roce de un hierbajo en la ventana se había convertido, en las noches de invierno, en un martilleo de gruesos árboles y exuberantes zarzas que, en verano, vestían de verde la estancia entera.

Leí las palabras de Virginia Woolf como si pasara los dedos por las teclas de un piano, sin tocarlas apenas. Y la melodía que salía, discretísima, me empujaba hacia el balcón. Me quedé allí, detrás de los cristales, mirando el jardín, el césped parecía un mar de hierba, entre las rosas..., un clavel..., zarzas llenas de pinchos. Era como si Virginia Woolf lo hubiera escrito pensando en la decadencia de nuestra casa. ¿El subrayado de mi padre era un *mea culpa*?

Interrumpí el trabajo de la biblioteca y salí de allí como alma que lleva el diablo, para cambiar de aires. Fui a ver a los obreros que trabajaban en el jardín; se alegraron de verme y de que estuviera dispuesta a atenderlos; me

pusieron al día del estado de las reformas, de los problemas que habían surgido y de los que habían resuelto. «Les va a quedar una casa fantástica», me decían, como si fuéramos a quedarnos a vivir. No, la idea era venderla, pero ahora, después del fragmento de Virginia Woolf, tenía una necesidad imperiosa de verla rehabilitada, espléndida, como era antaño, muy lejos de la casa abandonada que describe en la novela, que me había calado hasta el tuétano y me deprimía.

Esa semana, los albañiles terminaron de cambiar las cañerías antiguas por una instalación nuevita. Una mañana cualquiera, mientras Judit, Ignasi y yo desayunábamos en la cocina, apareció tía Margot con cara de sueño, disfrazada con algo que parecía un quimono con estampado de flores de color de rosa.

—*Bon jour, mes petits lapins...*

—¿Ahora somos conejitos?

Mi hermano, que por una vez se había levantado temprano, no estaba de humor.

—Es cariñoso, hombre..., pero, oye, no te vayas... que tengo que decir una cosa muy importante.

Ignasi se paró en la puerta y Judit y yo levantamos la cabeza y aguzamos el oído.

—¿Qué pasa, Margot?

—Pues que no he pegado ojo en toda la noche. *Mon Dieu, c'est horrible!*

—¿Por el ruido de las cañerías? Pero ¡si precisamente me acaban de decir que ya las han cambiado todas!

Margot movía las manos como una azafata de vuelo acelerada, con grandes aspavientos.

—*Voilà! En plein dans le mille!*

Silencio y miradas interrogantes.

—¿Qué quiere decir eso?

Margot, meneando las pulseras que tintineaban como locas:

—¡Has dado en el clavo!

Más silencio. Más miradas de desconcierto.

—No te entiendo. Si han cambiado las cañerías significa que ya no hacen

ruido y...

—¡Alto! A eso me refiero exactamente. He ahí el problema. ¡Ya me había acostumbrado al ruido! Ahora hay un silencio mortal. *Mortel!* Me paso la noche esperando a que las cañerías empiecen a roncar. Y así no hay quien duerma. *C'est terrible.* ¡Tenéis que hacer algo!

Ignasi, con la cazadora puesta, desde la puerta de la cocina:

—¿Qué propones? ¿Que les digamos que las arranquen y que vuelvan a poner las viejas que roncaban? ¡Anda ya! ¡Me voy!

Judit, que estaba comiendo una tostada, y yo, que estaba sentada a su lado, esperamos un par de segundos. Entonces tía Margot soltó su famoso *Oh-là-là!*, pero más escandalosamente que nunca, y nosotras nos echamos a reír a mandíbula batiente. Margot nos miró sin comprender y a continuación se sumó a nosotras con un carcajeo alegre y vistoso. Luego, cortó la risa en seco, se puso rígida y dijo: «De todas maneras, no sé cómo me las arreglaré para dormir», y salió de la cocina con mucha dignidad.

Los libros y las casas. Las palabras que hemos leído y las casas que hemos habitado. La vida que se esconde entre las páginas y entre las paredes.

Capítulo 12

Está todo oscuro. Me despierto y veo que todavía es de noche. No sé por qué me he despertado. En la cama de al lado, Judit —que solo tiene cuatro años— duerme a pierna suelta. De pronto oigo ruido en el pasillo. Me levanto de la cama, aunque me da un poco de miedo, y me acerco a la puerta de la habitación, que está entreabierta y deja pasar una franja de luz estrechita.

Abro la puerta un poco más y asomo la cabeza. Entre el frío y el miedo, tiemblo y me agarro al pomo con fuerza. Oigo unos pasitos cortos que se acercan. Me escondo detrás y pego la oreja. Oigo una puerta que se abre y la voz ronca de papá:

—¡Vaya horas de volver!

Silencio.

—Un poco más y te pillan los niños cuando se levanten.

Aunque no lo veo, sé que se lo dice a mamá, no puede ser nadie más. Por otra parte, reconozco el tono, es el que usa para regañarla. Ella no dice nada, como casi siempre.

El día siguiente es domingo y mamá nos prepara chocolate para desayunar. No sé si la escena del pasillo la he soñado o era real. No digo nada. Falta menos de un mes para que muera mamá, pero en ese momento no lo sé y jamás se me ha ocurrido pensar que pueda morir.

Seguía con el asunto de la biblioteca de mi padre. Me pasaba muchas horas allí, con la única compañía esporádica y silenciosa de Pitarra, que entraba sigilosamente, me pasaba el lomo por las piernas y desaparecía. A veces me ayudaba mi sobrino. Le prometí que si se encargaba de poner los libros en las cajas le daría una propina. La verdad es que se lo dije a los dos, pero Clàudia se limitó a mirarme con displicencia, fría como una barra de hielo, y ni siquiera contestó.

Los sábados, cuando Marcel estaba en casa, nos encerrábamos en la biblioteca por la mañana, temprano. Poníamos música y así trabajábamos con más alegría. De vez en cuando le decía que viniera conmigo a lavarnos las manos. Es increíble la cantidad de polvo que acumulan los libros. En algunos momentos incluso nos daba tos al pasar el plumero de encima de algunos ejemplares.

—¡Mira, Laura! —(Me pregunté por qué mis sobrinos me llamaban por el nombre de pila, en vez de «tía», y si eso significaría algo y si me gustaría que me lo llamaran.) Marcel me enseñaba un libro que reconocí enseguida. Era una novela mía. La primera que publiqué, hacía ya quince años.

Se titulaba *De ahora en adelante*. Se la cogí de las manos y me puse a buscar la dedicatoria que sabía que había escrito: «A mi padre, con admiración». Y debajo, con mala letra, como escrito a toda prisa en el último momento: «Esperando tus comentarios con inquietud».

Marcel me miraba y, al ver que no reaccionaba, se acercó y me agarró suavemente por el codo. El contacto me obligó a levantar la vista y, cuando me encontré con sus ojos —no me había fijado nunca, pero descubrí que los tenía verdosos, como yo—, no pude contener el sollozo que me subía por la garganta y me eché a llorar. Él me agarró afectuosamente por los hombros:

—Eh, Laura, tranquila. Es normal que te emociones. Lamento habértelo enseñado así, sin avisar... La muerte del abuelo todavía está muy reciente.

Dije que no con un movimiento de cabeza y, entre lágrimas, sonreí espontáneamente ante tanta ingenuidad: creía que lloraba por la pérdida, que me conmovía el recuerdo que me traían el libro y la dedicatoria, que echaba de menos a mi padre.

—No, Marcel, no estoy emocionada. Lloro de rabia e impotencia.

El chico me miraba intrigado.

—Esta es la primera novela que me publicaron. Me la habían rechazado dos editoriales. ¡Estaba tan orgullosa!

Me senté y dejé el libro en la mesa. Después doblé el tronco por la mitad y lo apoyé, resbalando por encima de la madera, hasta tocarla con la cara. Mi sobrino, asustado, me preguntó si me encontraba bien.

—Sí, estoy bien..., cansada.

¿Cómo podía explicarle que me vencía el peso de la aflicción, que necesitaba el contacto físico con la madera porque no había caricia que pudiera consolarme de tanta tristeza?

Me incorporé y le sonreí para que se tranquilizara.

—No es nada, Marcel...

—¿Puedo leer la dedicatoria?

La leyó en silencio y me miró:

—¿No le gustó la novela? —me preguntó con un hilo de voz.

—No la leyó, Marcel. No creo ni que llegara a hojearla siquiera.

El chico acarició la cubierta como si me estuviera consolando. Estaba tan abatido que intenté quitar hierro al asunto:

—Leía otro tipo de cosas.

Le cogí la novela de las manos y la puse en el montón de los desechables.

A partir de entonces, Marcel y yo empezamos a relacionarnos de otra manera. Nos habían acercado aquel momento de intimidad, mis lágrimas, la confesión del antiguo desengaño. Le había despertado cierto interés por mí, como si yo fuera un pozo de información (comparable, creo, al que me despertaba a mí tía Margot). Por mi parte, empecé a acercarme a él con un afecto directo y sincero que tal vez no tuviera nada que ver con que fuera el hijo de mi hermano.

De esta forma, las mañanas que pasábamos en la biblioteca se convirtieron en el momento oportuno para que el chico me hiciera preguntas. Le gustaba imaginarse a su padre de pequeño, saber cómo se relacionaba con sus hermanas y con sus padres. Y un día me dijo lo siguiente:

—¿Puedes contarme cómo murió vuestra madre?

Dijo «vuestra madre», no «mi abuela», y ese detalle nimio me dio un

pellizco en el corazón. Mi padre era «abuelo», pero mi madre no era «abuela», solo una figura borrosa, una mujer joven y bonita que había muerto en circunstancias trágicas, el rostro sonriente de las fotografías enmarcadas.

Aquella tarde de octubre me inundó la cabeza como una tromba de agua: los deberes, Judit jugando con los bloques de colores, los pelotazos de Ignasi contra la pared, la pelea, yo cayéndome de morros al suelo, la carrera escaleras abajo. El jardín. Mi madre en el suelo en una postura extraña, el vómito, el llanto de Judit. Ignasi pidiendo ayuda, los vecinos que entran espantados en casa y mi padre gritando: «¡Helena! ¡Helena!».

Marcel me escuchaba en silencio, serio, compungido. En un momento de silencio dijo, deprisa, como si no pudiera esperar ni un segundo: «Gracias».

Después le pedí que volviera a subirse a la escalera y siguió dándome libros llenos de polvo. Yo leía el título en voz alta: *Il Gattopardo*, *El mundo de ayer*, *El jardín de los cerezos*, *La montaña mágica*. El paso del tiempo.

Marcel me preguntaba si los había leído, de qué trataban, si le gustarían. Tanta comodidad, casi complicidad, me parecía imposible. Jamás había sentido algo así con mi hermano, su padre.

Hablamos del abuelo Sebastià, de su aislamiento progresivo a raíz de la muerte de mamá. Marcel entendió, creo que un poco escandalizado, la indiferencia que nos había dispensado siempre nuestro padre, el caso omiso que hacía del éxito de mis novelas, el desprecio por los progresos de Judit en el arte dramático, la forma en que se había quedado completamente al margen de la iniciativa de Ignasi cuando creó su productora de teatro.

Entretanto, las obras de reforma de la casa avanzaban a buen ritmo. Después de las cañerías cambiaron toda la instalación eléctrica y repararon las grietas de la piscina. La semana siguiente empezarían la restauración del tejado.

El estado de salud de mi hermana también mejoraba. Cuando se le pasaron del todo las náuseas y los vómitos empezó a comer bien, y además se libró del sueño exagerado que la había sumido en la inactividad los cuatro primeros meses de embarazo. Tía Margot la cuidaba y le daba consejos que no sé de dónde sacaba, habida cuenta de que ella no había estado nunca embarazada. Pero, fuera como fuese, la cuestión es que Judit le agradecía las

atenciones y Margot se sentía útil y estaba de mejor humor. Así pues, todos ganaban algo.

Una mañana mi hermano me dijo que teníamos que hablar. A pesar de que vivíamos en la misma casa, nos veíamos poco y pensé que querría hacer un repaso del estado de las obras y del presupuesto. Pero me equivocaba. Rasgó el sobre del azúcar con furia, revolvió el café con una energía innecesaria, le salían chispas por los ojos y me asaltó directamente con una recriminación:

—¿Qué narices haces, calentándole la cabeza a mi hijo con historias raras?

—¿Qué historias?

—Todo eso de hacerte la víctima..., que papá no te tenía en cuenta, que no leía tus novelas...

—Es la verdad.

—Y ¿qué? ¿Para qué quiere mi hijo saber esas cosas?

Me di cuenta de que repetía «mi hijo», en lugar de llamarlo por su nombre, para poner de relieve los derechos que supuestamente le otorgaba la paternidad.

Hice un esfuerzo por mantener la calma y un tono conciliador:

—Surgió en la conversación... No tenía previsto contarle esas cosas.

—Pues, para otra vez, te las guardas para ti. Y si quieres hablar de algo, cuéntale tu triste vida, pero de mí, ¡ni una palabra!

—Insisto: no dije nada que no fuera verdad. Papá no leía mis novelas, no veía la serie en la que trabajaba Judit, no tenía el menor interés en los espectáculos que producías tú.

Se puso pálido, y no sabría decir si la furia que se le escapaba por los ojos iba dirigida a mí o a nuestro padre.

—Y ¿qué? ¿No hemos salido adelante de todos modos?

—Sí, naturalmente, pero eso no lo disculpa.

—Pues, no sé, le parecía todo muy banal, muy comercial... Y, ya puestos, te diré que a lo mejor tenía razón... No es para tanto.

La semilla que había plantado Sebastià Sureda empezaba a dar sus frutos. La indignación me impedía hablar, pero por fin pude articular una frase:

—Pues para que lo sepas: hablar de todo eso con Marcel, compartir todas esas horas en la biblioteca, me ha permitido establecer por fin una relación.

—Te agradezco la intención —dijo Ignasi con contundencia—, pero no hace ninguna falta que intiméis. Sois tía y sobrino. Como Margot y yo. Y ya ves.

—Pues por eso, Ignasi, precisamente por eso...

Me pareció que si Ignasi no quería hablar de la frialdad con la que nos trataba papá era porque a él le había hecho mucho más daño que a mí. En ese momento solo pretendía tranquilizarlo:

—De acuerdo, Ignasi. No volveré a hablar de esas cosas con tu hijo. Te lo aseguro.

Solo tengo seis o siete años. Ignasi y yo estamos jugando al parchís en el suelo del comedor. Mamá no está en casa, nos ha dejado al cargo de la señora Nati, la vecina, que hace punto sentada en el sofá.

Ignasi va ganando la partida, pero de pronto tengo suerte y lo adelanto. Le como una ficha y, al contar veinte, le como otra, así cuento veinte más. Al final le gano, pero él, que no se lo esperaba, levanta el tablero en el aire y las fichas se esparcen por el suelo del comedor. Yo le digo a voces que seguro que alguna se perderá por su culpa, que no sabe perder y que no volveré a jugar con él nunca más. La señora Nati intenta tranquilizarnos, pero Ignasi está rabioso y me tira de la trenza hasta hacerla llegar al suelo. Chillo como una loca. La señora Nati también grita: «¡Suéltala! ¡Suéltala! ¡Que le haces daño!». Ignasi aúlla como un animal herido y sigue tirándome de la trenza con fuerza.

Y entonces llega mamá. Nos pilla en plena pelea y, sin levantar la voz, consigue que Ignasi me suelte y que yo deje de chillar. La vecina nos disculpa:

—Estaban jugando la mar de bien, tan tranquilos, y de repente... — murmura, mientras recoge la labor y la chaqueta y se va, compungida.

Mamá nos castiga sin tele y, después de cenar, tenemos que irnos directamente a dormir. Cuando ya estoy en la cama viene mamá a darme las

buenas noches, como siempre. Se sienta a mi lado —su peso en la cama, cerca de mis piernas— y, mientras me arropa, me dice, con voz suave, pero reprochadora:

—Laura, lo que ha pasado hoy no se puede repetir...

La interrumpo, estoy al borde de las lágrimas:

—Pero, mamá, ha sido Ignasi. Estábamos jugando bien y, al ver que perdía, ¡se ha puesto como una fiera!

Me aparta un mechón de la frente, es un gesto de cariño y como tal me lo tomo. Coge un poco de aire y, mientras lo suelta como si fuera un suspiro, dice:

—Ya sé que él no se ha portado bien, y no me gusta nada que te tire del pelo —sonríe con complicidad—, ¡duele mucho! Pero, Laura, tú eres la mayor. Eres la hermana mayor de Ignasi y no debes pelearte con él, sino hacerle entrar en razón y protegerlo de su propia furia. Sé que te pido mucho, pero tendrá que ser siempre así: eres la mayor.

*Proteger a mis hermanos menores. A lo mejor no es tarde todavía.
¡Protegerlo de su propia furia...!*

Capítulo 13

La promesa que le hice a mi hermano me quitó momentáneamente las ganas de seguir con la tarea de vaciar la biblioteca. Pasar tanto rato a solas con Marcel sin poder relacionarme con él libremente era un suplicio. Además, ahora que habíamos iniciado el camino de las confidencias, el chico parecía sediento y me hacía preguntas constantemente sobre nuestra infancia. «Hablemos del pasado», me decía. Era como si «El Pasado» fuera un lugar imaginario, un mundo irreal habitado por unos niños, una madre y un jardín. Viajar a este espacio de ficción y volver al presente real me dejaba exhausta.

Al final me vi obligada a inventarme una excusa para que me dejara en paz: «Oye, tu padre me va a matar si sigo robándote tiempo de estudio. Ahora que llega la época de exámenes, deja esto de la biblioteca de tu abuelo y concéntrate en tus obligaciones».

Se llevó una desilusión evidente y me dolió. Pero al día siguiente, cuando empecé a trabajar —cojo un libro, lo hojeo, a ver qué encuentro, lo pongo en el montón de los que queremos quedarnos o en el otro, salgo de la nube de polvo, lo vuelvo a coger, le paso el plumero—, encontré un ejemplar de los cuentos de Katherine Mansfield. Era un libro en castellano y se titulaba *Felicidad*. En la primera página, en tinta azul y una letra que no reconocí, decía: «¿Por qué se nos concede un cuerpo si tenemos que guardarlo en un estuche como si fuera un valioso Stradivarius?».

Debajo, una eme mayúscula y una fecha: 23 de noviembre de 1982.

Por la noche me llevé el libro a la habitación, como había hecho otras veces. Descubrir los enigmas que se ocultaban en la biblioteca se había convertido en un aliciente, quizá el único en aquellas semanas tan sosas.

Busqué el cuento que daba título al libro y empecé a leerlo. Conocí a la joven Berta Young, que experimenta un ataque de felicidad en el momento en que es consciente de sus privilegios. Le entran ganas de correr y bailar. Quiere saltar, reírse, demostrar con el cuerpo la euforia que la invade. Si lo hiciera, todo el mundo pensaría que se ha trastornado o que se ha emborrachado. Y entonces es cuando se pregunta: «¿Por qué se nos concede un cuerpo si tenemos que guardarlo en un estuche como si fuera un valioso Stradivarius?».

Me resultaba chocante que alguien hubiera hecho esta pregunta a mi padre. ¿A quién representaría esa eme? Repasé rápidamente los nombres que conocía del entorno de mi padre que empezaban por eme: una Mercè, una Mireia, dos Montses, una Mònica. Y Margot.

Me parecía que la dedicatoria tenía una connotación claramente sexual, así que descarté a su hermana y a una Montse, la mujer que le hacía de secretaria y de gestora y que —estaba segurísima— no era del tipo de mi padre. Era bajita, redonda, con el estómago más prominente que el pecho, anodina en el vestir, la eficiencia personificada. Sin ella, y esto es cierto, mi padre habría estado perdido, la necesitaba..., pero no como amante.

También me pareció que tenía que eliminar a Mònica, la agradable propietaria del restaurante predilecto de mi padre, La Bona Vida, escenario de las escasas celebraciones familiares. Era una mujer simpática y muy guapa, pero la borré de la lista porque estaba casada con uno de los mejores amigos de mi padre, Xesco, un colega de juventud al que, según decía, quería como a un hermano. Todavía jugaban juntos al tenis y mi padre siempre le pedía consejo cuando tenía que tomar una decisión importante. No. A pesar de la pintoresca moral de mi padre, no lo veía capaz de liarse con la mujer de su mejor amigo.

Luego estaba Mercè, una galerista amiga suya que solía acompañarlo cuando necesitaba una pareja presentable para asistir a un acontecimiento social. Era una mujer fría, de facciones nórdicas, elegante sin duda..., pero

nunca me pareció que hubiera ninguna complicidad entre ellos. Daba por sentado que podían ser compañeros ocasionales de cama, pero no creía que hubiera entre ellos una intimidad verdadera.

También estaba Mireia, una actriz que se había estrenado muy jovencita en el mundo del teatro interpretando un papel principal en una obra de mi padre. La verdad es que él la tenía en gran consideración y no perdía ocasión de elogiarla en público. Y ella, claro está, lo adoraba. Sí, podía ser... Aunque la diferencia de edad era enorme.

Y, por último, Montse, la de Port de la Selva, mi opción preferida. Era una amiga de juventud que se había ido a vivir al Empordà y a la que íbamos a ver de vez en cuando. Una mujer divertida, moderna, que siempre nos había tratado con mucho afecto. Papá hablaba de ella con simpatía, pero de ahí a imaginarme que fueran amantes... El recuento de las hipotéticas amantes de mi padre me dio sueño.

Al día siguiente, aunque estábamos a finales de octubre, hacía un tiempo espléndido. Después de comer, y como el sol todavía calentaba, me senté en el jardín con el libro de Mansfield. Me acomodé en una hamaca con cierta desconfianza —eran tan viejas que no me habría extrañado que se rompieran en cualquier momento— y busqué en el índice el cuento *Felicidad*.

A pesar de sus treinta años, Berta Young tenía momentos como este, en los que habría deseado correr en lugar de caminar; resbalar por el suelo reluciente de su casa, marcando pasos de baile; hacer rodar un aro; lanzar algo al aire para volver a cogerlo, o quedarse quieta y reírse... simplemente por nada.[4]

De pronto, noté que la luz mermaba y, al levantar la vista, vi una nube pequeña y gordinflona que acababa de ponerse delante del sol. Me entró un escalofrío. A lo mejor estaba poco abrigada. Dejé el libro en el regazo, como cuando se te quita el hambre y dejas el tenedor en el plato. Quizá fuera mejor que entrara en casa. Pero en ese mismo momento la nube se apartó amablemente y el sol volvió a calentarme las piernas.

¿Qué puede hacer alguien si, a pesar de tener treinta años, al volver la esquina de su calle le domina inesperadamente una sensación de felicidad..., de felicidad plena..., como si de repente se hubiese tragado un pedazo brillante de sol crepuscular y este pedacito le abrasara el pecho, lanzando una

lluvia de chispas por todo su cuerpo?[5]

El sol del crepúsculo vertía una luz de oro viejo sobre el Maresme y, por un instante, tuve la misma sensación de felicidad inexplicable que Berta Young. Me di cuenta de que hacía mucho tiempo que no sentía nada parecido, por supuesto desde el lejano domingo en que Tomàs me dijo que se había enamorado de otra mujer, por supuesto. Solo hacía unos meses, pero a mí me parecía toda una vida.

Volvió a esconderse el sol, pero ahora la nube era grande y más oscura. Me levanté de la hamaca y, resignada, entré en casa.

Judit y yo estamos tomando el sol tumbadas en la hierba, al lado de la piscina. Es el primer verano sin mamá. Lo pienso cuando noto en la columna la hierba mullida, tan alta que parece un colchón. Nadie ha cuidado el jardín ni la piscina, el agua está verdosa y no apetece bañarse. Judit tiene calor y quiere meterse en el agua a toda costa. No sé cómo imponerme y al final opto por distraerla. Me acuerdo de un juego al que jugaba con mamá y le propongo que miremos las nubes, a ver qué figuras descubrimos. Mi hermana me mira con los ojos como platos y veo que una cortina de tristeza le empaña las pupilas. Se ha acordado de que jugaba a eso con mamá, a buscar formas de objetos o animales en las nubes.

Estamos encima de una toalla muy grande, de color azul marino, cabemos las dos de sobra porque todavía somos pequeñas. Vistas desde el aire, seríamos dos cuerpecitos flotando en el mar. Le enseño una nube pequeña y redonda y le digo que parece una pelota. Dice que sí con un movimiento de cabeza, sin entusiasmo. Hace un tiempo vuelve a chuparse el dedo.

Busco una forma que le pueda gustar y no encuentro ninguna. Estoy a punto de dejarlo, desesperada, pero de pronto ella se saca el dedo de la boca y chilla:

—¡Un elefante! ¡He visto un elefante!

Le pregunto que dónde. Ella vuelve a meterse el dedo en la boca.

—¿Dónde lo ves, Judit? No lo encuentro...

Y entonces se echa a llorar. Gime, todavía con el pulgar en la boca, parece una recién nacida, aunque ya casi tiene seis años. Me pone nerviosa que lloriquee y no le hago caso, a ver si se calla. Pero sigue llorando y, entrecortadamente, se lamenta: «¡Mamá siempre veía las formas que decía yo!». Tendría que abrazarla y consolarla, pero la rabia y la pena me nublan la vista y lo único que puedo hacer es quedarme quieta, con la mirada fija en un cielo lleno de nubes y el cuerpo tenso, para no echarme a llorar yo también.

Era evidente que mi hermano no quería hurgar en el pasado ni oír hablar de papá para nada, así que decidí contar el hallazgo de la eme mayúscula a Judit y a Margot. Era muy probable que ninguna de las dos pudiera ayudarme a deducir de quién era esa inicial: la una porque, a pesar de haber vivido lo mismo que yo, tenía todavía menos conocimiento, debido a la edad, de lo que sucedía en casa; y la otra, porque había vivido lejos de todos los últimos cuarenta años.

Estábamos las tres sentadas en la galería, hacia el final de la tarde. La taza de porcelana de Judit humeaba y olía tanto a hierbas que resultaba un poco cargante, así que me separé un palmo para poder abrir tranquilamente una botella de vino. Sabía que a Margot le gustaría que le ofreciera un chardonnay (*oh-là-là!*).

Le conté lo que estaba haciendo en la biblioteca, el criterio peculiar de mi padre para ordenar los libros y, al final, fui a parar a la cuestión de los ejemplares marcados con alguna referencia personal. Nada más decirlo, mi tía soltó una risita huraña:

—*Oh, mon dieu de la France!* ¡No quiero ni imaginarme lo que habrás llegado a encontrar!

La miré y me pareció que se arrepentía de lo que acababa de decir.

—Oye, y ¿tú qué sabes? Quiero decir, si hacía tantos años que no teníais relación, ¿qué puedes saber de mi padre?

Margot me miró con una condescendencia infinita en los ojos pequeñitos, que se le escondían entre innumerables pliegues y arrugas.

—¡Ay, hija, *quel peu tu connais...* de todo el asunto! No me relacionaba

con Sebastià, pero con Helena sí. Nunca dejé de hablar con vuestra madre... mientras estuvo viva.

Y entonces me acordé de una fiesta de cumpleaños, cuando era pequeña. Mi madre hacía fotos: «Cuando revele el carrete le mandaré unas copias a tía Margot». Y le pregunté: «¿Quién es tía Margot?», y ella me contestó: «La hermana de papá, una señora francesa muy simpática que vendrá a vernos algún día».

—Nunca viniste a vernos —se me escapó, sin darme cuenta de que lo había dicho en voz alta.

—¿Qué dices, Laura?

—Nada. Es que mi madre me dijo que algún día vendrías a vernos, pero nunca viniste.

Margot suspiró. Tenía los ojos empañados.

—Lo estábamos intentando. Helena quería que viniera y me reconciliara con Sebastià. Lo estábamos preparando, pero entonces se murió.

—Pero no viniste al entierro, ¿verdad? —pregunta Judit, leyéndome el pensamiento.

—No, no vine porque me enteré semanas después. A vuestro padre no le pareció necesario avisarme. *J'étais en colère!* No podía perdonárselo... Así que la reconciliación ya no era posible. *Les choses de la vie...*

Judit no estaba dispuesta a pasar por alto el comentario de Margot. Eso de: «¡No quiero ni imaginarme lo que habrás llegado a encontrar!».

—¿Crees que esa eme puede ser la inicial del nombre de una amante de mi padre? —le preguntó, con una actitud casi infantil.

La pregunta quedó flotando en medio del silencio. Tía Margot movió la cabeza y se encogió de hombros sin decir nada.

—No nos precipitemos —dije—. Seguiré revolviendo libros y os informaré de todo lo que encuentre.

Les pareció bien. Mientras Judit sorbía la infusión, Margot escurrió las últimas gotas de su copa. Oscurecía ya y me levanté para empezar a recoger y entrar en casa. Y en ese preciso momento, cuando ya estaba en la puerta, con la botella de vino en una mano y la copa en la otra, oí decir a Margot, con su voz un poco rota y un poco nasal:

—Y ¿no hay libros de tu madre en la biblioteca? Quiero decir, ¿los guardaba en otra parte?

Una buena pregunta. O tal vez fuera una insinuación. En realidad, era muy posible que el ejemplar de los cuentos de Katherine Mansfield no fuera de papá, en cuyo caso, la dedicatoria, la pregunta invitación sobre disfrutar del cuerpo en lugar de conservarlo como un violín en su estuche, tal vez fuera dirigida a ella.

De todos modos, el misterio seguía intacto: ¿a quién correspondía la eme? Por primera vez desde el día en que llegó, me alegré de haber decidido invitar a tía Margot a vivir con nosotros.

El pasado es un mundo imaginario, visto desde aquí. Y también es un lugar lleno de misterios.

Capítulo 14

Durante el mes de noviembre las obras avanzaron a buen ritmo y, cuando llegó el frío, la casa estaba patas arriba. Los obreros habían arreglado las grietas de la piscina, vacía y destripada ahora, pero todavía estaban instalando la depuradora de agua y los focos. De todos modos, el mayor follón era el de la reforma completa del cuarto de baño de la planta baja, que nos obligaba a todos a utilizar el del piso de arriba. Lo que teníamos ya en funcionamiento era la caldera nueva, que muy pronto nos permitiría disfrutar de una red de radiadores. El comedor no podíamos ni pisarlo: una empresa estaba aplicando un tratamiento a las vigas de madera para acabar con la carcoma antes de restaurarlas y barnizarlas y, entretanto, también estaban lacando las puertas y cambiando los pomos. Parecía que toda la casa estuviera desmontada y lo único que deseábamos era que el desbarajuste terminara cuanto antes.

Tía Margot se quejaba de que hacía frío en toda la casa y constantemente repetía que, según tenía entendido, una mujer se había muerto por culpa de una corriente de aire. Ignasi hacía grandes esfuerzos por no mandarla a hacer puñetas y paseaba por las habitaciones refunfuñando por el más que probable incremento del coste previsto de las obras. En cambio, a Judit se le ocurrían ideas sin cuento para añadir a la lista de las necesidades. Había descubierto que las baldosas hidráulicas del suelo de la galería se podían restaurar si encargábamos las piezas que faltaban o que estaban agrietadas a una fábrica que le habían recomendado. Ignasi consideró que esta «ocurrencia»

desequilibraba mucho el presupuesto y se negó en redondo.

Y, para colmo, Clàudia, la adolescente retraída y antipática, pilló un día a su padre —un sábado por la mañana, temprano— saliendo de la habitación con una muchachita y armó un escándalo que despertó a toda la familia. Su madre, como era de esperar, también quiso echar leña al fuego y se presentó en casa para recriminar a mi hermano su comportamiento inmaduro.

Estuvimos tres semanas con este desbarajuste y de pronto me di cuenta de que solo faltaban unos días para Navidad. Eso decía el calendario, pero el tradicional espíritu navideño no había llegado: aquello era una casa de locos: unos discutían a voz en grito, otros se quejaban de todo, había corrientes de aire para dar y tomar y la barahúnda general llegaba hasta el último rincón.

Mi sobrino me encontró en la cocina, agarrada a una taza de café con leche como a un clavo ardiendo, al borde de las lágrimas. Y en medio del caos, del mundo doméstico que se hundía y me arrastraba consigo, sucedió una cosa tan sencilla como extraordinaria.

Con una delicadeza impropia de un adolescente, Marcel me abrazó con timidez: «Tranquila, las obras terminarán enseguida y todo volverá a su sitio; cuando la casa esté acogedora se calmarán los ánimos», y le dije en voz baja: «No te preocupes, no es nada». Nos quedamos unos segundos en silencio, de pie en medio de la cocina, y él, abrazándome por los hombros.

Se oían los martillazos y las maldiciones de Ignasi y de pronto tía Margot apareció con algo parecido a un camisón imposible, con los senos casi al aire, unos senos como berenjenas maduras; alguien se peleaba por entrar en el cuarto de baño de arriba y empecé a ser feliz.

Tengo doce años, es verano. El último verano. Estoy en Inglaterra haciendo un curso de inglés con Ignasi y cien niños y niñas más de toda Europa. Papá no paró hasta que consiguió inscribirnos. Yo no quería, pero mamá me convenció con una argucia: el pueblo en el que estamos se llama Penzance, se encuentra en la costa de Cornualles, el paisaje de los libros de Enid Blyton. Mi madre sabe muy bien cuál es mi punto débil y lo explotó recordándome cuánto me emocionaron algunos episodios en los que las chicas que estudian

en el internado de *Torres de Malory* se escapan para ir a bañarse al mar de la costa sur de Inglaterra. Con esta estratagema, mi madre logra que por fin me vaya contenta, pero, cuando llegamos allí, descubro que me da igual estar en Cornualles que en cualquier otra parte, porque echo de menos mi casa, muchísimo. Sin embargo, Ignasi, que no dejó de protestar hasta el último momento, se ha adaptado enseguida y ya es el líder de la pandilla de los niños.

Todas las noches me escondo en la cama de la habitación que comparto con otras cinco niñas, me tapo hasta la cabeza con la sábana y, con una linterna, ilumino el libro de *Torres de Malory*, como hacía en casa. Pero enseguida se me pone una nube delante de las letras y al final lloro.

Revisé el libro de Katherine Mansfield para ver si se me había pasado por alto algún detalle que revelara si el libro era de papá o de mamá, para intentar averiguar a cuál de los dos iba dirigida la dedicatoria firmada por M. Nada. Pero cuando seguí vaciando la biblioteca encontré un ejemplar de la novela de Carmen Laforet, y en la primera página, bien visible, mamá había escrito, con su letra redonda tan característica: «Helena Faura» y debajo: «17 de abril de 1970» (el día de su cumpleaños. Cumplía veintinueve), y también decía: «Regalo de Sebastià». Mamá no guardaba sus libros en otra parte, estaban en la biblioteca. *Felicidad* podía ser suyo o de papá, y eme podía ser Mireia o Montse, pero también Miquel, Màrius, Marc...

Hojeé el libro sin prestar mucha atención y, casi sin darme cuenta, volví a leer todo el cuento hasta el final: «Y el peral alto y esbelto, cargado de flores, permanecía inmóvil como la llama de una vela que alargándose estuviese casi a punto de tocar el ribete plateado de la luna». Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás para absorber bien las palabras. Entonces se abrió la puerta de la biblioteca. Podríamos decir que mi hermana me pilló con la *Felicidad* en las manos.

Enseguida me di cuenta de que estaba desbordada. Desde que había empezado el segundo trimestre del embarazo y se encontraba bien, había recuperado la belleza que, sin ojeras ni bolsas debajo de los ojos y con mejor

color en las mejillas, había, en todo caso, aumentado. Pero, en ese momento, parada en el umbral de la puerta, no había placidez en su expresión, respiraba agitadamente y estaba a punto de romper a llorar.

—¡Judit! ¿Qué te pasa?

Empezó a hablar casi entre lágrimas, mientras la llevaba a sentarse al sillón de al lado del balcón. Las palabras le salían atropelladamente, pero, a medida que transcurrían los segundos, fue calmándose y pude entender —al menos— el sujeto causante del disgusto. Repetía el nombre de esa persona: Sergi esto, Sergi lo otro.

—A ver, ¿qué pasa con Sergi?

—¡Que me acaba de amenazar!

Sollozaba entrecortadamente y volvía a calmarse, como una niña pequeña. Lo que en cualquier otra persona adulta habría resultado irritante, en ella solo despertaba el deseo de protegerla. Su vulnerabilidad era atractiva y comprendí hasta qué punto la belleza de una persona puede condicionar su relación con el mundo.

La verdad es que el verbo «amenazar» me encendió todas las alertas.

—¿Cómo? ¿Qué te ha dicho?

Judit, con los párpados hinchados y el gesto pueril:

—Parece que alguien me ha visto con la barriga y le ha dicho que estoy embarazada y él...

Se me subió la sangre a la cabeza y reconozco que levanté el tono:

—¿Qué? Pero ¿qué dices? O sea que... ¿Me estás diciendo que Sergi no sabía que estabas embarazada? ¿Que no le habías dicho nada?

Negó con movimientos de cabeza y cara de contener las lágrimas.

—¡Madre mía, Judit, madre mía!

Sin poder evitarlo, me senté en el brazo del sillón y le puse la mano en el hombro. Se dejó consolar con gran facilidad y pensé que era como si hubiera nacido para recibir consuelo y mimos. También fue inevitable que me acordara de mi madre, que siempre estaba abrazándola, dándole besos y haciéndole caricias. Su niña pequeña. ¿Qué diría si la viera ahora, a punto de ser madre y haciendo pucheros?

—Me pareció que no hacía falta —dijo—, al fin y al cabo no habíamos

hablado de tener hijos. Y yo no quiero estar con él. Me pareció que era mejor que no lo supiera, que todo sería más fácil... Y ahora dice que quiere ejercer de padre del niño.

—¡Es que lo es! ¡Es el padre del niño!

—Sí, ya, técnicamente sí.

—¿Técnicamente?

—Bueno, da igual. El caso es que yo no quería que formara parte de mi vida y ahora se presenta de repente con intención de quedarse.

La convencí de que podía limitar muy bien el grado de participación de Sergi en su vida. Él tenía derecho a ejercer de padre del niño y el niño tenía derecho a tener padre.

Al final fuimos a merendar a la cocina —la embarazada tenía mucha hambre— y se nos sumó tía Margot. Le pasó la mano por la barriga afectuosamente. *Oh-là-là, que c'est jolie ce ventre!*

—Estaba diciéndole a Judit que este niño tiene derecho a tener a su padre cerca mientras esté creciendo...

Margot —con la frente más arrugada que nunca y un cigarrillo en la mano — me miró unos segundos en silencio.

—Sí, claro, yo también tenía derecho y... ¿sabes lo que quiero decir? Él mismo, mi propio padre, ¡decidió arrebatármelo!

La miramos las dos con interés.

—¿Cuántos años tenías? —pregunté, casi sin atreverme.

—Ocho. No recuerdo prácticamente nada..., un bigote rubio y una voz un poco ronca.

Se volvió hacia Judit y cambió el tono radicalmente:

—Conque, mira lo que te digo, *ma petite*, haz lo que quieras, lo que más te convenga. Pero, sinceramente, a mí no me molestaría nada que viniera por aquí ese pedazo de hombre, ¡es muy guapo!

Nos echamos a reír con pocas ganas y, sin decir nada, recogimos las tazas de las infusiones y las sustituimos por copas de vino. Margot y Judit se quedaron en silencio, mirándome hacer los preparativos. Después fui a buscar una botella de merlot rosado que esperaba su turno en la nevera. Judit retiró su copa con un gesto de resignación, pero Margot aceptó la suya de buen

grado. No tardé nada en soltar:

—Entonces ¿no recuerdas nada de tu padre?

Margot se echó hacia atrás y se apoyó en el respaldo sin soltar la copa. Los ojos, muy vivos, a pesar de los pliegues que los rodeaban, se le oscurecieron.

—De él no recuerdo casi nada. De su muerte recuerdo el silencio.

La observé mientras hablaba. De pronto la vi envejecida. Sin el maquillaje vulgar, el peinado estafalario ni las blusas excesivas, era una anciana frágil y enternecedora. Los labios, que por una vez no llevaban carmín, se abrían y se cerraban lentamente, y yo no podía parar de imaginarme algún diente bailando en la boca. Detrás de ella, y dentro, estaba la mujer extremada y atractiva que había visto en fotografías que llegaban de Francia, y también se escondía la niña pequeña que había perdido a su padre.

—Cuando mi padre murió, hacía poco, muy poco, un par de semanas quizá, que una amiga mía había perdido a su madre... Había estado enferma mucho tiempo. Me acordaba perfectamente de cómo la habían tratado las otras niñas del colegio, las maestras, las monjas y los vecinos del barrio. Se deshacían en mimos con ella, le hacían preguntas y la consolaban. Pobrecita esto, pobrecita lo otro y, sobre todo, elogiaban a su difunta madre. Qué buena madre era, qué guapa, qué voz tan dulce tenía y cuánto la echaban de menos. Sin embargo, cuando murió mi padre, solo hubo silencio. Nadie hablaba de él ni pronunciaba su nombre. Los adultos no decían nada más que un seco «lo siento», cuando se cruzaban con mi madre por la calle. A mí, en el colegio, no me dijeron casi nada... Pensé que la muerte de mi padre tenía *quelque chose...*, algo feo...

La voz de tía Margot me entraba hasta el fondo y rompía una cáscara que ni siquiera sabía que existía, pero que, evidentemente, me había protegido de esa clase de dolor hasta ese momento: la compasión por aquellos niños —mi tía y mi padre— y el remordimiento por no haber pensado nunca en ello.

—Y ¿en tu casa? —pregunté con un hilo de voz.

—En casa *tout le monde était silencieux...* Yo iba a menudo a casa de mi amiga. Veía fotos de la madre desaparecida por todas partes. Oía decir a sus abuelos: «A tu madre le gustaban mucho las rosas, Anna, ¿te acuerdas?», o

«Cada día que pasa te pareces más a tu madre, Anna»... Nosotros, Sebastià y yo, éramos pequeños e hicimos lo que veíamos hacer a madre. Como ella no hablaba de padre, pues nosotros tampoco. Y, con los meses y los años, nos adaptamos a esa realidad. No era que padre se hubiera muerto, era que nosotros no teníamos padre.

Judit la escuchaba con las manos en la barriga, las movía de arriba abajo como si acariciara al hijo al que todavía no conocía, intentando protegerlo desesperadamente, me pareció, de todo lo que pudiera sucederle.

—Pero ¿tú sabías que se había suicidado? —preguntó de pronto mi hermana, como si se despertara de un estado de estupor.

—Sí, pero, sinceramente, no recuerdo cómo llegué a saberlo. En algún momento de la adolescencia intuí que ese era el motivo del silencio... *Je suppose...!* Una muerte vergonzante. Y entonces se lo dije a mi hermano y él me contó lo de la delación y el remordimiento. Y me tragué toda la información sin asimilarla. La verdad es que a esas alturas ya me daban igual el cómo y el porqué. Había asumido que no tenía padre y esa historia me resultaba lejana, como si fuera una noticia del periódico, casi como una leyenda...

—Y ¿luego...?

—Luego Sebastià se decidió a escribir *El hueco de la escalera*. Le obsesionaba la idea de hacerse un hueco entre los dramaturgos y poder dejarlo todo para dedicarse al teatro. La obra se estrenó y tuvo un éxito impresionante. Imagínate que yo, cuando lo supe, no me asusté ni le pedí que no lo hiciera. Me parecía bien, lógico incluso, que esa historia se convirtiera en una obra de teatro, en pura ficción. ¡Me alegré de que consiguiera por fin el reconocimiento por el que tanto se había esforzado!

—¿Os llevabais bien en aquel momento?

—¡Ya lo creo! Hacía un par de años que había muerto madre y vosotros erais mi única familia. Fui al estreno y al día siguiente celebramos el triunfo aquí mismo, en Alella, con unos cuantos amigos.

Empezó a temblarle la voz un poco más. Se abanicó con la servilleta y Judit me leyó el pensamiento cuando dijo:

—Tía, si quieres dejamos la conversación para otro momento...

Pero Margot se repuso y movió la mano como si espantara su propia inquietud.

—¡No, mujer, qué va! Ahora que hemos empezado, prefiero terminar.

—De acuerdo. Y, entonces ¿qué pasó?

—Pues que le hicieron una entrevista, ¡a toda plana! Y, hacia el final, el periodista le preguntó si la historia de *El hueco de la escalera* estaba inspirada en un hecho real —cogió aire y soltó con furia—: Y él, sin tener en cuenta nada ni a nadie, dijo que sí, que sí, que era la historia de su padre. Que Isidre Ramell, el protagonista de *El hueco de la escalera*, era en realidad Josep Sureda, su padre. Y yo, que no tenía padre, que había asumido que nunca lo había tenido, de pronto lo tenía. Todo el país se enteró de que tenía padre y que era un hombre miserable, un miedoso... *Quel salop!* Recuerdo que estaba sola en casa, leyendo la entrevista, y cuando llegué al fragmento en el que mi hermano contaba que él estaba jugando en el portal de casa cuando padre se tiró por el hueco de la escalera, fue como si oyera el estrépito del cuerpo al caer a tierra justo a mi lado. *Mon Dieu!*

Judit y yo no dijimos nada. No había nada que decir.

—Y el resto de la historia ya lo conocéis. Me enfadé mucho. Le dije que no tenía derecho a hacerme eso, que no había tenido en cuenta mis sentimientos, que ni siquiera lo había consultado conmigo. Él reaccionó como un artista cuando atacan su libertad creativa y me mandó a freír espárragos. Y después me fui a Francia a empezar una nueva vida.

En ese momento oímos un ruido insistente en el pasillo.

—¡Marcel! ¡No botes la pelota dentro de casa!

Lo dije levantando la voz y hasta yo me di cuenta de que sonaba como una madre.

Judit me miró con una sonrisa burlona, y Marcel, que ya estaba en el umbral de la puerta, también.

El doble silencio después de un suicidio. Criarse sin padre. La libertad del creador sin tener en cuenta los daños colaterales. Las heridas.

Capítulo 15

Se acercaba la Navidad y lo había dejado caer unas cuantas veces en la mesa, para ver si encontrábamos la forma de adornar un poco la desangelada casa o pensábamos en un menú de fiesta que nos gustara a todos. La mayoría de las veces todo el mundo seguía comiendo como quien oye llover. Me di por vencida: mis sueños de familia feliz de película americana eran poco realistas y pretender forzar la situación habría sido lamentable.

El 24 por la tarde Emi vino a buscar a los niños, porque se iban a cenar a casa de sus abuelos. Ignasi avisó que no vendría a cenar —y eso podía considerarse un detalle— porque iría de fiesta con la compañía después de la función. Judit había tenido una conversación desagradable con el padre de su hijo, la había visto hablando por teléfono con cara de perro y, cuando colgó, cogió un yogur y unas galletas y me dio las buenas noches al pasar por mi lado.

Tía Margot hizo dos tortillas de queso. Unté unas rebanadas de pan con tomate y abrí una botella de vino. Nos sentamos a la mesa de la cocina y la casa parecía más silenciosa y triste que nunca. Solo se oía el tintineo de los cubiertos y, de vez en cuando, el aullido alargado del viento, que golpeaba el postigo de una ventana. «Hay corriente de aire —dijo Margot por enésima vez—, verás como al final me constipo.»

Ni se esforzó en darme conversación. Por primera vez en mucho tiempo me metí en la cama pensando en qué estaría haciendo Tomàs, con quién

celebraría la Navidad, si todavía tendría pareja. Ni yo misma entendía por qué tenía una sensación de vacío; en realidad no solía celebrar las noches navideñas en familia y... lo que no se tiene no se echa de menos. Solo en el fondo de la memoria guardaba un par de escenas que, a fuerza de revivirlas, se habían acartonado hasta reducirse a un cuadro de pastorcillos de Belén.

La mesa bien puesta. Papá abriendo una botella de cava. El turrón, los barquillos de canela, el mazapán. Ignasi haciendo el payaso, Judit dando golpecitos en la trona con las manos. Mamá sonríe como si no estuviera en la escena con nosotros y la mirara desde fuera, desde otro momento. Las velas, los lazos y el papel de celofán, el árbol de Navidad con sus lucecitas detrás de nosotros.

Ya no sabía si era un recuerdo veraz. Todas las Navidades que llegaron después de la muerte de mamá se habían depositado encima de ese recuerdo como capas de ropa opaca.

Me metí en la cama con la nuca rígida, sabía que no iba a dormir bien y presentía que al día siguiente tendría un dolor de cabeza de los que no te dejan abrir los ojos del todo.

El día de Navidad amaneció frío y despejado, como tiene que ser. Bajé a tomar café —la casa dormía un sueño más profundo que el mío— y me encerré en la biblioteca.

Convenientemente abrigada —la habitación estaba helada todavía—, elegí una balda y empezó el juego. Tenía que adivinar la idea, el concepto que se ocultaba detrás de esa selección, el motivo por el que mi padre había decidido poner juntos aquellos libros precisamente, y no otros. El primer título era *Anna Karenina*, el segundo *Werther*, el tercero, uno que no conocía de nada, pero que me dio la clave de la balda: *Los amantes suicidas de Sonezaki*. Ilustres suicidas literarios.

Ahora que ya sabía la costumbre de mi padre, miré la primera página de los libros para ver qué frase le había impactado más. En la novela de Tolstói decía: «Así es como la gente pierde la razón —repitió—. Así es como se descerraja un tiro... para no avergonzarse...».[6] La leí dos veces. E

inevitablemente me acordé de mi abuelo, el padre de Sebastià y Margot, el suicida que había cargado con todo el peso del olvido y, después, con un rescate poco compasivo. Siempre había creído que ese suicidio había sido por arrepentimiento, pero ahora, Tolstói decía que también podía ser por vergüenza. O tal vez el arrepentimiento y la vergüenza vayan siempre de la mano...

La frase de *Las desventuras del joven Werther* era la siguiente: «Y por eso me parece tan extraño decir que el hombre que se quita la vida es un cobarde, como inapropiado llamar cobarde a quien muere de una fatídica calentura».[7]

Era probable que mi padre intentara argumentar una defensa para poder respetar —quién sabe si también querer— al padre que se había tirado por el hueco de la escalera dejando viuda y dos hijos pequeños.

Naturalmente, en esa misma balda estaba también *Romeo y Julieta*. Lo abrí con respeto, porque sabía que era la obra más preciada de mi padre, y me acuerdo de que recitaba fragmentos de memoria. Pero la frase que había escrito no hablaba de suicidio, sino de amor. Y no la había escrito él, sino mi madre, con su letra inconfundible: «¿Me amas? Sé que dirás que sí y te creeré...». Debajo, la firma de mamá, yo la conocía bien, con el garabato que dibujaba una espiral por encima de las letras, pero en vez de poner «Helena» había puesto «Julieta».

Dejé el libro al lado de *Werther* y de *Anna Karenina* y puse el resto en el montón para dar.

Se abrió la puerta bruscamente y se me escapó un chillido.

—¡Me has asustado!

Marcel con su sonrisa:

—¡Feliz Navidad, Laura!

De repente irrumpió un rayo de sol y fue como si hubieran descorrido las cortinas. Una claridad súbita invadió la biblioteca, que hasta el momento solo contaba con la luz gris de la mañana de invierno.

Me dijo que me estaban esperando para comer y me di cuenta de que eran casi las dos de la tarde. Lo seguí por la escalera con un dolor de cabeza que me martilleaba las sienes.

Vi el comedor de rojo con la escalera de los pintores abierta de patas en medio de un espacio lleno de muebles cubiertos con sábanas. Emi y Clàudia estaban en la cocina cortando con tijeras unos pollos asados y colocando patatas doradas en una fuente, mientras Judit y tía Margot ponían la mesa. Alguien me preguntó qué vino podíamos abrir. Cuando ya estaba todo listo, llegó Ignasi:

—Estaba todo cerrado... pero en la gasolinera he encontrado un par de tabletas de turrón de Jijona.

Salí de la cocina entre protestas —todos tenían hambre— y volví con una vela blanca y gruesa que teníamos guardada por si se fundían los plomos. La coloqué en el centro de la mesa y la encendí.

—Ahora sí: ya podemos empezar.

Es verano y hace mucho calor. Todavía soy pequeña —¿seis años? ¿Siete?—, porque me obligan a dormir la siesta. Ha venido mamá a despertarnos y cuando me toca el pelo —«¡Laura! ¡Estás empapada!»— se asusta:

—¿Tienes mucho calor, querida mía?

No me llamaba «mi niña», ni «bonita», ni «tesoro»..., como las otras madres. Me llamaba «querida».

Ignasi resopla en la cama de al lado:

—¡Qué calor tengo!

—Claro, tienes toda la espalda empapada... Mira, se te pega la camiseta.

De pronto, se pone de pie y, con una sonrisa luminosa, dice:

—¡Vamos! ¡Arriba! ¡Nos vamos a la playa! Qué bien nos va a sentar un bañito ahora, ¿eh?

Mi hermano y yo batimos palmas y nos ponemos a saltar encima de la cama de pura alegría. Enseguida bajamos los tres, con el bañador puesto y la toalla en la bolsa. Mamá, que lleva una especie de túnica blanca y parece salida de una tragedia griega, levanta la voz y grita: «¡Sebastià!». Papá se asoma desde arriba por la barandilla de la escalera. «¡Anda, ven con nosotros! —dice mamá en un tono infantil y seductor—. Ven, que hace una tarde espléndida y se estará muy bien en la playa...» Me entra una inquietud

incómoda porque intuyo la respuesta de papá. Me aflige que sea tan indiferente, me avergüenza un poco la tierna solicitud de mamá.

—Tengo trabajo, Helena, ya lo sabes. Estoy a punto de publicar. No puedo perder toda la tarde...

Ignasi se impacienta y tira a mamá de la túnica. «Vengaaa, vamos...» Ella le aparta el flequillo de los ojos y sonrío distraídamente. Después cambia el rictus, levanta la cabeza y, todavía en un tono de voz tranquilo, dice:

—De acuerdo, Sebastià, no te preocupes. Tú trabaja. Aunque quería daros una buena noticia y me parecía un buen momento para hacerlo...

—¿Qué noticia? —pregunta papá con un interés moderado, inclinado sobre la barandilla.

Mamá se pone las dos manos en la barriga y dice:

—Estoy embarazada.

Lo dice sin alterar el tono de voz, sin alegría. Esboza una sonrisa, pero parece triste. Le cojo la mano y entonces, sí, sonrío de verdad.

—¿Voy a tener un hermano? —pregunta Ignasi.

—Un hermano o una hermana —puntualiza mamá.

Instintivamente, Ignasi se acerca a mamá y se abraza a su muslo, como si empezara a defender su propiedad del futuro ladronzuelo. Mamá abre los brazos y nos envuelve a los dos, uno a cada lado, en un abrazo triple (hay sitio para todos). Oímos decir a papá, desde arriba:

—Después lo celebramos, Helena.

En el coche, mientras bajamos por la carretera de Alella viendo el mar al fondo, Ignasi rompe el silencio:

—Mamá, me parece que papá no se ha alegrado mucho, a lo mejor no quiere que tengamos otro niño.

Mamá no responde. Solo le veo la nuca, pero sé que su silencio se debe a una sola cosa. Me enfado tanto con mi hermano que le clavo las uñas en el muslo y él grita.

Padres e hijos. Penumbra. Un aliento que te sopla en la nuca. Mirar atrás o no. Un pasado que desconozco, pero que, en cierto modo, me pertenece.

Capítulo 16

Un domingo de enero de cielo limpio y temperatura gélida volví a la biblioteca para seguir vaciando baldas. La tarea, que me había imaginado pesada, me parecía ahora lúdica y emocionalmente intensa. Empecé un estante en el que, en primer lugar, había un libro de versos de Ferrater, uno de los poetas predilectos de mi padre. Al lado, Cesare Pavese y Sylvia Plath. «Hemos llegado a la poesía», pensé. Pero no, porque a continuación había tres novelas: *La señora Dalloway*, *La impaciencia del corazón* y *El viejo y el mar*.

Mientras hojeaba a Pavese —*Vendrá la muerte y tendrá tus ojos*— me di cuenta de que esta era la balda de los autores suicidas. Unos días antes, los suicidas eran personajes de ficción —Anna Karenina, Werther, Romeo y Julieta—, ahora eran los suicidios reales, los de autores. Ferrater, Pavese, Plath, Woolf, Zweig, Hemingway.

Volví a coger el libro de poesía de Ferrater sin saber que me impulsaba la intuición. Encontré la siguiente dedicatoria: «Per molts anys, Helena, / noia gola-llarga, / tu que rius enlaire / i sempre et decantes»,^[8] y, debajo de los versos, un sencillo y rotundo «t'estimo sempre», y debajo la dichosa eme mayúscula que me robaba el sueño. ¿Quién quería a mi madre «para siempre»? Podía ser una amistad, pero ese «t'estimo sempre» parecía indicar otra cosa y, vista en perspectiva, la frase de Katherine Mansfield me parecía una prueba irrefutable: «¿Por qué se nos concede un cuerpo si tenemos que

guardarlo en un estuche como si fuera un valioso Stradivarius?». Eso no era una pregunta propia de un amigo, sino una interpelación propia de un amante.

Sinceramente, era una posibilidad que no se me había ocurrido. Hasta el momento, siempre había creído que la infidelidad era cosa de mi padre (o de los hombres en general, a juzgar por lo que veía alrededor, como mi hermano o mi marido).

Pero tal vez mi madre también hubiera tenido un amante, y lo cierto es que esta posibilidad, a fuerza de pensar en ella, me parecía estupenda. En mi recuerdo, mi madre era una mujer maravillosa, creativa, sensible y divertida que murió demasiado joven y —creía yo— sin que nadie la hubiera querido como se merecía. Y, si no era así, tanto mejor. De todos modos, me moría de curiosidad por saber quién era esa eme.

En una de mis noches de insomnio lo vi claro: si quería saberlo, solo tenía un hilo del que tirar. Tía Margot era la única persona que sabía secretos de la vida de mis padres. Se lo planteé sin circunloquios y, a primera hora de la mañana, mientras ella mojaba una tostada con mantequilla en su *café au lait*, empecé a hablar del poemario de Ferrater y de la enigmática dedicatoria.

Me escuchó sin interrumpir el desayuno. La recuerdo con una bata con volantes y transparencias por todas partes, los ojos con restos de maquillaje del día anterior, los pellejos del cuello subiendo y bajando y los rizos blancos recogidos de cualquier manera en un moño en la nuca. Yo le hacía preguntas, soltaba suposiciones, y ella masticaba y se limpiaba las migas de la barbilla con la servilleta.

¿Quién puede ser? ¿Crees que mi madre pudo haber tenido un amante? En tal caso, ¿cómo es que no tomó la precaución de esconder la prueba del delito y dejó el libro en la biblioteca de mi padre? ¿Te parece que él lo sabría?

Margot daba un sorbo y tragaba, se limpiaba y volvía a mojar la tostada en la taza, mientras yo me desesperaba: «No sé qué hacer para averiguarlo, será imposible investigar, sin más datos que una eme mayúscula, es muy decepcionante no saber a quién corresponde esa inicial y qué historia se oculta detrás de esas dedicatorias, hace muchos días que le doy vueltas y muchas noches que no duermo...», y, por fin, cuando terminó la tostada y el

café con leche, se limpió por última vez, dobló la servilleta y, sin inmutarse, dijo:

—Pues solo tenías que habérmelo preguntado, *ma petite Laure*.

Di un grito —«¿¡Cómo!?»—, y ella, del susto, dio un pequeño respingo en la silla, como un recién nacido cuando se asusta por un estrépito. A continuación, esbozó una gran sonrisa y repitió, en un tono pacienzudo que me exasperó:

—Que solo tenías que preguntármelo, Laura... Ya te dije que, aunque me distancié de tu padre, seguí manteniendo siempre una relación cordial con Helena. Nos escribíamos y nos llamábamos a menudo.

Yo no tenía ganas de más cuentos, lo único que quería era darle unas sacudidas para que hablara, pero, cuando la agarré por los brazos, abrió los ojos de par en par y me di cuenta de que estaba atemorizando a una ancianita. Me detuve, bajé la voz y le pregunté:

—¿Qué quieres decir, Margot? ¿Qué sabes de esa inicial?

Mi tía suspiró profundamente —no me pareció que hubiera nada teatral en el gesto— y empezó a hablar.

Y así, en pijama, con el sabor del café en la boca, me enteré de que mi madre, harta de la frialdad con que mi padre empezó a tratarla pocos años después de casarse, y tal vez harta también de sus flirteos con actrices y de sus noches fuera de casa, de sus silencios abstraídos, de su falta de interés por la vida familiar y la ausencia de ternura para con sus hijos, decidió ensanchar sus horizontes, hasta el momento circunscritos a los niños, la casa y el jardín. Empezó a frecuentar un club social que había en el pueblo, en el que se organizaban actividades culturales, conferencias, recitales de poesía y cosas así, y allí conoció a una persona con la que simpatizó enseguida. Una persona que le prestaba atención, con la que compartía intereses, que la trataba con afecto y...

—... y cuyo nombre empezaba por eme...

Me podía la impaciencia, quería llegar al final. Pero tía Margot no tenía la menor intención de dejarse presionar y seguía el hilo de la historia sin precipitarse.

—Creo que Helena necesitaba una amistad así. Necesitaba a alguien que

la apoyara. Tu padre la trataba como un simple complemento necesario para la vida del gran creador que creía ser. Bueno, y tal vez lo fuera, claro. No lo niego..., pero también era un egoísta.

—¿Se hicieron amantes? —La ansiedad me ponía impertinente.

—Puede... Tampoco me lo contaba todo, no creas...

—Y ¿mi padre llegó a enterarse?

—Sí. A pesar de que vivía aislado en su mundo y en su biblioteca, al final se dio cuenta. Fue un golpe duro para él, por lo visto, muy difícil de encajar. Pero eso fue en los últimos meses de vida de tu madre... No sé cómo habría terminado todo. Es como si ella hubiera presentido que se acercaba su final y de pronto hubiera decidido ir por todas.

Judit entró en la cocina con el sueño pegado a las pestañas. Se nos acercó para darnos un breve beso a cada una en la mejilla. Era una costumbre que había adquirido últimamente. Hasta ese momento, las muestras de afecto entre los hermanos no abundaban. Pero no quería distraerme con eso:

—Judit, siéntate a desayunar, anda, que lo que me está contando tía Margot te interesa...

Con una mirada, Margot me reprochó la impaciencia y, mientras Judit exprimía unas naranjas, empezó a hablar de las obras de la casa y de las famosas corrientes de aire que iban a acabar con ella. Yo estaba que me subía por las paredes. Por fin Judit se sentó a la mesa.

—Entonces ¿de qué estabais hablando?

—He encontrado otro libro dedicado a mamá por la famosa eme. Y, cuando se lo he contado a Margot, ¡resulta que sabe quién es!

Casi se atraganta.

—¡No me digas! ¿Quién es, tía?

Margot habló con prudencia:

—A ver..., yo solo he dicho que en sus últimos meses de vida había una persona muy cerca de ella y...

—Y ¿cuyo nombre empezaba por eme?

No eran ni las ocho de la mañana. El sol entraba oblicuo por la ventana de la cocina y nuestras voces resonaban en el silencio de la casa dormida. Insistí:

—¿Empezaba por eme?

Tía Margot dijo que sí con un movimiento de cabeza y Judit y yo nos inclinamos hacia delante instintivamente. Dibujábamos un interrogante con el cuerpo.

—Se llamaba Mariola.

Tía Margot hizo una mueca que no supe interpretar, a medias entre la sonrisa y el llanto, como si nos pidiera disculpas y nos acabara de hacer un regalo al mismo tiempo.

Un obrero llamó educadamente a la puerta.

—¿Puedo entrar a coger la escalera?

Una persona es los libros que ha leído. Los libros hablan. Quién lo regala. Quién lo recibe. La dedicatoria escrita. Las frases subrayadas.

Los libros —las cosas— sobreviven a las personas. Qué absurdo.

Capítulo 17

Al día siguiente de la revelación de Margot, Judit vino a buscarme a la biblioteca. La vi entrar con el balanceo propio de las embarazadas y me levanté del sillón para cederle el sitio. Se sentó con un resoplido y yo apuntalé el culo en el brazo del asiento. Conociéndola, esperaba desconcierto y lágrimas y quería estar cerca de ella para pasarle el brazo por los hombros, si hacía falta. Pero inesperadamente fue ella la que me cogió el brazo para ponerme la mano en la barriga. «¡Rápido, rápido!», dijo cuchicheando, como si no quisiera interrumpir con la voz el milagro que quería enseñarme. Posé la mano con delicadeza, como si la barriga fuera una pompa de jabón que pudiera estallar en cualquier momento, y entonces noté que el niño se movía. Acerqué la otra mano y me quedé inmóvil, en silencio, con los ojos cerrados.

Mamá está sentada en la mecedora del salón, detrás de los cristales. Yo estoy sentada en el suelo, al lado de sus piernas, con un cuento desplegable que es un pequeño escenario de teatro. Noto su mano en mi cabeza. No me acaricia el pelo, simplemente tiene la mano ahí puesta, y es el peso más dulce del mundo.

Y de pronto la noto detrás de mí, alborotada: «Laura, ponme la mano en la barriga, ¡verás cómo se mueve la nena!». Doy media vuelta y, arrodillada, pongo la mano donde me dice ella y noto un latido, un hipo minúsculo, y

después otro. «¿Lo notas?», me pregunta emocionada, y yo le digo que sí con movimientos de cabeza y me creo la persona más importante del mundo porque nadie más comparte con mi madre ese momento que a ella le parece tan importante. Y entonces, para redondearlo del todo, me coge la barbilla para que la mire y, con una sonrisa cómplice, dice: «Nos gusta que sea una niña, ¿eh?».

Mi madre y yo somos un equipo, estamos de acuerdo, vamos a medias. Y «la nena», aunque a lo mejor en algún momento me hubiera parecido que podría ser un estorbo, nos une más todavía.

—¿Crees que será niña?

Formulo la pregunta todavía con las dos manos encima de la barriga de mi hermana pequeña. Se encoge de hombros y sonrío, y se le pone cara de madre, a pesar del punto infantil que siempre han conservado sus facciones. Proyecta la mirada más allá de los cristales, hacia una tarde de cielo azul. Después vuelve la cara y plantea la pregunta en voz baja, como si la dejara caer:

—Y ¿qué te parece lo de mamá?

La miro sin decir nada y me encojo de hombros, como ella hace un momento. Me acuerdo de mi tía, de su expresión de vieja chiflada y de la naturalidad con la que dijo el nombre de Mariola. Me acordé de cuando le pregunté si eran amantes, y ella me dijo que tal vez.

—Me gusta pensar que, al final de su vida, mamá tuvo a alguien al lado que la valoraba. Si es así, me da igual que fuera un hombre o una mujer, o si eran amantes o solo amigas.

Judit se puso de pie y dio unos pasos para acercarse al balcón. Después volvió atrás y se sentó de nuevo con la misma parsimonia:

—Es decir que... ¿mamá era lesbiana?

Otro encogimiento de hombros. Esta vez significaba «no sé», pero también «me da igual».

—Pero ¡Laura! —Mi hermana abría los ojos como platos—. ¿No reaccionas? ¡No es un detalle sin importancia! ¿Te das cuenta de lo que

decimos? ¡Mamá era lesbiana y no teníamos la menor idea! ¡Nuestra madre! ¿Qué clase de familia es esta? Parece una familia de culebrón. Y ¿ahora descubriremos que uno de nosotros no es hijo de papá? O... un momento, ¡a lo mejor tenemos un hermano al que no conocemos!

No le convenía nada alborotarse tanto, así que me propuse calmarla como fuera.

—Calla, calla, Judit... Pero ¿qué dices, mujer? Siéntate, haz el favor, y bebe un poco de agua.

No había forma de pararla.

—Eso, siéntate y descansa, y finjamos que todo es de lo más normal. ¿Que mamá engañaba a papá? Y ¿qué? ¿Que su amante era una mujer? Y ¿qué? ¿Que nosotras vivíamos en la inopia? Y...

La corté.

—Tranquila. Ya sabíamos que el matrimonio de nuestros padres no era una maravilla, ¿verdad? Siempre habíamos creído que la infidelidad era cosa de papá, y probablemente lo fuera... Pero resulta que mamá, cuando se hartó, casi seguro que se enamoró de otra persona. ¿Qué esperabas, que nos lo contara? Yo tenía once o doce años... Ignasi, ocho. Y tú tenías..., ¡por el amor de Dios! ¿Te lo imaginas? «Hijos míos, mamá tiene que contaros una cosa: me he enamorado de una mujer estupenda que se llama Mariola...»

Lo dije de un tirón, casi sin respirar y sin atender a la reacción de Judit. Por eso su carcajada me pilló desprevenida y tardé unos segundos en mirarla y secundarla.

Estuvimos un buen rato hablando del tema. Fuera, el cielo se puso de color naranja, después rosa y al final, morado. La oscuridad caía como un velo, como si el día se replegara poco a poco para quedarse enrollado en el suelo, preparado para desplegar al día siguiente. Hablamos de mamá y de su amiga desconocida, de la que solo sabíamos el nombre. Hablamos del niño que presentíamos —estaba a medio hacer, flotando en el líquido amniótico— y cuyo nombre, en cambio, no sabíamos todavía. La conversación ensartaba pasos entre una generación y otra. Eslabones de una cadena, peldaños de una escalera, perlas de un collar.

Seguí vaciando la biblioteca de mis padres y, ahora que había descubierto

el orden interno, se me ocurrió empezar a anotar en una libreta los temas que, según mis deducciones, gobernaban cada balda: familia, casa, hermanos, infidelidad, suicidio. Era como dibujar un mapa del tesoro.

Encontré una balda de libros escritos en forma de diario personal: *El cuaderno prohibido*, de Alba de Céspedes; *El cuaderno gris*, de Josep Pla, y *El cuaderno dorado*, de Doris Lessing y —vuelco de corazón— el *Diario de Anna Frank*. Lo abrí sabiendo lo que me encontraría: «Laura, este libro te dará a conocer el miedo y la maldad y cómo afrontarlos». Podría haber repetido la frase de memoria. Me lo había regalado mi padre cuando cumplí quince años.

Lo había leído con reverencia y recordaba vivamente la sensación de ahogo que me había producido, como si fuera yo la que estaba encerrada en aquel desván. Muchos años después, cuando fui con Tomàs a ver el museo de Anna Frank de Ámsterdam, me eché a llorar de improviso al ver su mirada inocente ampliada en una fotografía enorme, en la entrada.

Mi padre tenía razón. El libro me había resultado espeluznante y me había fortalecido. ¡Cuántas veces, en mi adolescencia triste y solitaria, me había rescatado de la melancolía el recuerdo de Anna Frank! Si esa niña había conseguido sobreponerse, yo también podía, aunque mamá se hubiera muerto y, a pesar de mis pueriles esperanzas, no hubiera vuelto a despertar nunca más.

Cogí *El diario de Anna Frank* y salí zumbando de la biblioteca. Abrí la puerta de la cocina, Margot estaba revolviendo el té con la cucharilla distraídamente: «¿Has visto a Clàudia?». Mi sobrina tampoco estaba en su habitación y por fin la encontré en el jardín, tumbada en una hamaca cuan larga y delgada era, como una lagartija al sol.

Me inquietaba el simple hecho de acercarme. Desde el día en que nos instalamos todos en Alella, la actitud de Clàudia no había cambiado ni un ápice. No discutía con nadie, pero tampoco participaba en los momentos de distensión que, poco a poco, se habían ido dando. Paseaba su mutismo y su mirada turbia por la casa con los auriculares, que la aislaban del mundo, y la actitud desganada tan propia de su incipiente adolescencia. Reconozco que muy a menudo me entraban ganas de abofetearla.

Superé estos sentimientos negativos a medida que me acercaba a la hamaca. Como ella llevaba los auriculares puestos y tenía los ojos cerrados, pude acercarme sin que se diera cuenta y, cuando tuve cerca sus zapatillas deportivas, la llamé primero, para no asustarla. ¡Clàudia, Clàudia! ¿A qué volumen estaría escuchando la música, que no me oía? Movía el pie derecho rítmicamente y, como no tenía alternativa, se lo paré con la mano para llamarle la atención. Me esperaba una reacción airada, pero la lagartija solo se sobresaltó un poquito, un movimiento imperceptible de los hombros, y después simplemente me miró y, retirándose un poco el auricular derecho, me preguntó qué quería.

Apoyé el culo en la hamaca y ella no se movió ni un centímetro para apartar las piernas y hacerme sitio. Y así, en esa postura física tan incómoda, que encajaba perfectamente con la incomodidad emocional, estiré el brazo y le puse el libro en el estómago. «Me lo regaló mi padre cuando cumplí quince años y se me ha ocurrido que podía gustarte.»

Lo cogió y lo miró con escepticismo, una ceja enarcada y los labios apretados. «*El diario de Anna Frank*», murmuró.

—¿Te suena? ¿Sabes quién era Anna Frank?

La mirada turbia se aclaró un poco.

—Se la cargaron los nazis, ¿no?

—Sí. Murió en un campo de concentración. Pero antes vivió mucho tiempo escondida en un desván. Lo cuenta todo en el libro.

Inclinó un poco la cabeza para protegerse del sol. Estaba convencida de que me despacharía con un «No, gracias», pero dio la vuelta al libro y leyó la contraportada. Se tomó todo el tiempo del mundo y a mí se me clavaba el borde de la hamaca en la nalga, pero lo aguanté sin moverme.

—De acuerdo —dijo por fin.

Me sacaba de quicio esa actitud indómita, esa avaricia en las palabras. Pero, como me pareció un milagro que aceptara el libro, no me atreví a preguntarle nada más y me limité a repetir: «De acuerdo».

Volví a casa y, me puse a observarla desde detrás de los cristales. Se había puesto unas gafas de sol y había empezado a leer el libro. De pronto vi que movía el brazo derecho por encima de la cara para espantar a un insecto.

Este gesto —natural y anodino para la mayoría de los mortales— siempre me aceleraba el corazón y, durante unos segundos, volvía a ver el cuerpo desmadejado de mi madre en la hierba.

Clàudia había movido la mano casi sin darse cuenta, con un balanceo suave, y seguía concentrada en la lectura.

Por la tarde le conté a Ignasi el asunto de Anna Frank. Me escuchó con interés y sorpresa. Me pareció que le complacía, aunque, obviamente, no dijo ni esta boca es mía.

Este hilo que nos cose, elástico, invisible. Resistente.

Capítulo 18

—¿Mariola? Solo conozco a una: Mariola Ros.

Había ido a ver a Mònica, la dueña de uno de los restaurantes más populares de la comarca, buena amiga de la familia. Unas semanas antes formaba parte de la lista de sospechosas de la letra eme. Ahora confiaba en que me ayudara.

Mònica lo sabía todo y conocía a todo el mundo. Me recibió con mucho aspaviento y a los dos minutos estábamos sentadas en la terraza con una copa de vino cada una. Enfrente de nosotras se extendían los viñedos, con el mar al fondo. El sol calentaba bastante para ser principios de primavera y se estaba muy bien allí. Elogié una vez más el nombre del restaurante:

—La Bona Vida, ¿eh, Mònica?

Se rio. Tenía un carácter envidiable. Siempre estaba de buen humor, siempre dispuesta a aceptar las dádivas que pudiera depararle el día. Y aquel momento, a fe mía que el vino al aire libre era un regalo.

—¿Quién es Mariola Ros?

—¡Seguro que has oído hablar de ella, mujer! Es una científica muy famosa. Investigaba todo lo relacionado con las células madre... Cuando se jubiló, el periódico le hizo una entrevista y todo.

No presté mucha atención a las explicaciones, solo me fijé en que se había referido a ella en presente.

—Entonces ¿está viva?

—¡Ya lo creo! Vivita y coleando. Está estupendamente, no se le nota nada la edad que tiene.

Me despedí de Mònica con un abrazo y, mientras iba hacia el coche, llamé a Judit para decirle que Mariola Ros estaba viva y que tenía su dirección. Quedamos en ir a verla al día siguiente.

En el viaje de vuelta a casa puse música para ver si se me calmaba el acelerón del corazón. Los pensamientos me daban vueltas y revueltas en la cabeza, como el paso de la Font de Cera por el que circulaba. Había vivido treinta años sin saber nada ni querer saberlo, treinta años mirando adelante con orejeras, primero ocupada en convertirme en adulta sin ayuda, después, deslumbrada por un enamoramiento impetuoso y probablemente inmaduro. La abeja que había matado a mi madre había envenenado también a aquella Laura inocente y confiada. Y ahora, con el sol refulgente del ocaso, que me obligaba a entrecerrar los ojos, notaba cómo crecía dentro de mí el zumbido de la memoria.

Acabo de meterme en la cama. He terminado los deberes después de cenar y ahora me refugio en un libro de cuentos de cuando era pequeña. Me lo trajeron los Reyes hace tres o cuatro años y lo tenía abandonado en la repisa que hay cerca de mi cama. Tiene todos los cuentos tradicionales y unos dibujos maravillosos. Me refugio en él para ver si consigo que las princesas y las hadas o los pájaros del bosque me agarren de la mano y me lleven muy lejos, a un lugar en el que no note esta tristeza que no me deja respirar bien. Hace pocos días que mamá se ha ido y todavía lloro a veces durante el día, pero el peor momento es cuando tengo que irme a la cama.

Leo *La bella durmiente del bosque* una y otra vez. El nacimiento de la princesa, la maldición del hada mala, el pinchazo, la niña que cae en un sueño profundo. Y luego, cuando llega el príncipe, la besa, se despierta y todo es alegría.

Noto calor en las mejillas y me incorporo, me quedo sentada en la cama para respirar mejor. La opresión del pecho es más intensa ahora. Mamá no se va a despertar porque el príncipe, papá, no va a darle un beso. Papá nunca la

besaba.

El buscador me confirmó que Mariola Ros tenía setenta y seis años. Todavía debía de estar muy bien, porque, por lo que me había dicho Mònica, vivía sola en una casita de una planta baja con jardín en el centro del pueblo.

Mientras yo llamaba al timbre con la mano derecha, Judit, que estaba a mi lado, me agarró la izquierda. La puerta se abrió enseguida y estoy segura de que a mi hermana le impactó lo que vimos tanto como a mí.

Pantalones vaqueros, piernas largas y delgadas, zapatos deportivos de colores vivos. Sudadera roja. Pelo gris, casi blanco, corto y alegremente despeinado. Ojos azulísimos imponiendo vigor en medio de un mar de arrugas. Una sonrisa confiada y un cigarrillo en la mano.

—Adelante, pasad... Mònica me anunció vuestra visita. Os esperaba. La verdad es que os esperaba desde hace mucho.

Había preparado té con leche y galletas de mantequilla. Nos sentamos en una salita minúscula que daba a un patio repleto de macetas con flores. Miré a esa mujer, cuyo estilo en el vestir, además de la agilidad de movimiento, una voz joven y una risa espontánea negaban la edad que tenía. Solo las manos, un mapa de manchas y venas gruesas, denunciaban sus setenta y seis años, los que tenía, aunque estuvieran escondidos.

No pude evitar pensar en mi madre. Los primeros años después de su fallecimiento, sobre todo cuando se acercaba su cumpleaños, calculaba: «Ahora tendría cuarenta y cinco, ahora cincuenta, ahora cincuenta y tres...», pero había dejado de hacerlo. Había dejado de imaginarme el aspecto que tendría, cómo habría envejecido. Mi madre siempre tendría cuarenta y tres años. Como la rosa que me regaló aquel día y que aprisioné, fosilizada, entre las hojas de *Las mil y una noches*.

Pero Mariola activó algún mecanismo y se me ocurrían mil preguntas y lamentaciones: nunca podría saber si habría sido una anciana de aspecto juvenil como Mariola ni qué clase de abuela habría sido para Marcel, Clàudia y el niño que esperaba Judit. Tampoco sabré jamás si nos habríamos llevado bien siempre ella y yo. A lo mejor se habría enfadado conmigo durante la

adolescencia. ¿Le habría gustado mi relación con Tomàs? ¿Me habría reprochado que, por huir de mi padre, me hubiera alejado también de mis hermanos menores?

Mientras me distraía con el chorro de preguntas, Judit, para gran sorpresa mía, empezó a hablar con Mariola, que le respondía a todo con mucha naturalidad y sin prisa, desgranando las frases lentamente y utilizando un vocabulario preciso e incluso un poco literario a veces.

A grandes rasgos, la historia coincidía con la que nos había avanzado Margot. Al principio de la década de los ochenta, mamá —que solo trabajaba a media jornada dando clases de inglés en una academia— consideró que Judit ya no la necesitaba tanto y que no hacía falta que volviera a casa inmediatamente después de las clases. Empezó a frecuentar El Vinyet, una entidad, bastante conocida en la comarca, que organizaba actividades cívicas y culturales. Mariola era la presidenta en aquellos momentos y enseguida congeniaron. (Primer microsilenicio incómodo. ¿Cómo había que interpretar el verbo *congeniar*?) Coincidieron en varias charlas de literatura, catas de vino y cursos diversos. Intercambiaban libros y a menudo quedaban para comentarlos mientras tomaban té. Cada vez intimaban más. (Segundo microsilenicio incómodo: ¡qué palabra, *intimar*...!) Mamá empezó a confiar a Mariola las decepciones de una vida que consideraba echada a perder. (Tercer microsilenicio incómodo con levantamiento de cejas por parte de Judit.) Mariola, que estaba atenta, se dio cuenta de que acababa de pisar en falso:

—¡No, Judit! ¡No me malinterpretes! Helena era una madre responsable y feliz, nada la llenaba tanto como ocuparse de vosotros. Pero tus hermanos crecían y tú ya no la necesitabas tanto. La enseñanza también le procuraba satisfacción, pero... había un vacío, no sé cómo decirlo...

Me apresuré a ayudarla:

—Sin tapujos, Mariola. Su matrimonio no funcionaba, eso era exactamente lo que no le permitía ser feliz. ¿Me equivoco?

—Tienes razón. Se habían distanciado. Vuestro padre era un intelectual volcado en un trabajo creativo que lo alejaba de la vida familiar y de la relación de pareja. Helena había sido comprensiva muchos años, pero al final...

—Se cansó.

Judit lo dijo a medio camino entre la pregunta y la afirmación.

—Exacto —confirmó Mariola con un pequeño suspiro.

Entre Mariola y Helena se consolidó una amistad basada en intereses comunes. La literatura, el mundo del vino, el arte, la jardinería. Se divertían —«¡Cuánto nos reíamos!»— y se hacían confidencias. (Cuarto microsilenicio incómodo, y decidí que sería el último.)

—Oye, Mariola, puedes hablar con toda libertad. Judit y yo solo queremos conocer a nuestra madre, recuperar algo de lo que nos hemos perdido porque se fue mucho antes de tiempo. Y con mayor motivo tratándose de saber que fue más feliz de lo que nos imaginábamos.

Entonces, Mariola se puso de pie y empezó a deambular por la salita, todavía inundada de sol. Y nos dijo que se había enamorado locamente de nuestra madre. Que hasta ese momento solo había querido a una persona, una compañera de carrera que la había tratado muy mal. Ser lesbiana en aquellos tiempos, la década de los sesenta, no era nada fácil, de modo que, después de aquel primer fracaso, decidió renunciar al amor y refugiarse en el frío acogedor de los laboratorios. Con el tiempo llegó a entender que, aunque la investigación científica le proporcionaba grandes satisfacciones profesionales, echaba de menos relacionarse, implicarse en la sociedad, cultivarse. Y por eso fundó El Vinyet, con la bibliotecaria y un poeta de la localidad. Se detuvo en el centro de la habitación y nos miró, primero a una, después a la otra:

—Cuando conocí a Helena, fue como si un vendaval me abriera de golpe todas las ventanas del alma.

Mariola hablaba con la serenidad y la franqueza que debe de dar la edad. Y así reconoció, sin turbarse, que se había enamorado con más fuerza de nuestra madre que nuestra madre de ella. «Al final me quería mucho —dijo—, pero porque yo la iba empujando suavemente y con firmeza, hasta que ya no podía hacer nada.» (Aquí podría haberse dado el quinto microsilenicio incómodo, pero habíamos establecido ya un grado de confianza tal que la incomodidad había desaparecido.)

Mariola consideraba que, con toda probabilidad, a mamá le gustaban más

los hombres que las mujeres. «Pero el hombre al que quería no supo hacerla feliz y yo aparecí en su vida en el momento oportuno. Ella se dejaba querer.»

Todo se aceleró cuando fueron juntas unos días a Florencia, en un viaje organizado por El Vinyet. Iba un grupo numeroso de la comarca para conocer el arte del Renacimiento, que les había explicado en un curso de cuatro sesiones una catedrática de historia del arte jubilada.

—¡Florencia...! A Stendhal le produjo mareo y desfallecimiento contemplar tanta belleza, y a tu madre la ayudó a descubrir la ternura. Creo que allí se enamoró un poco de mí, por fin.

Mariola sonreía ligeramente sonrojada, con un brillo travieso en los ojos:

—Hicimos planes para volver solas a ver todos los pueblecitos de la Toscana..., pero no pudo ser.

En ese preciso momento, mientras la sonrisa de Mariola se desvanecía, mi hermana preguntó:

—Y ¿nuestro padre llegó a saberlo?

Mariola se sentó y, por primera vez, noté el peso de la edad en sus movimientos lentos. La mirada se le nubló y se le echaron veinte años encima.

—Chicas, estoy un poco cansada. ¡Soy una vieja caduca! ¿Qué os parece si reanudamos la conversación en otro momento?

Asomarse a la verdad. Vértigo. Libertad.

Capítulo 19

Clàudia vino a verme a la biblioteca, yo ya casi había terminado de vaciarla. Primero la oí trotar por el pasillo y después la vi parada en el umbral de la puerta con las mejillas sonrojadas:

—Laura.

Me di cuenta de que le había oído la voz muy pocas veces, y ninguna para pronunciar mi nombre, pero fingí que la situación no tenía nada de extraordinario.

—¡Ah, hola, Clàudia! Adelante, pasa, ¿qué ocurre?

No me moví de entre los montones de libros, con el plumero en una mano y una edición encuadernada en piel de *Las uvas de la ira* en la otra. Se acercó sigilosamente, como un gato, hasta llegar justo enfrente de mí. Entonces estiró el brazo y vi que llevaba en la mano *El diario de Anna Frank*.

—Toma —dijo secamente, sin sonreír—. Ya lo he leído.

Habían pasado tres semanas desde el día en que se lo había recomendado cuando tomaba el sol tumbada en la hamaca. Se me había olvidado y estaba segura de que a ella también. Ahora, sabiendo que lo había leído, casi no podía disimular la emoción.

—¿Te ha gustado?

Hizo una mueca que quería ser una sonrisa socarrona:

—Pues no, claro. Gustar, gustan las *sit-com*. Esto más bien enfurece. —Hizo una pausa—. Enfurece mucho.

—Sí, ¿verdad? No se puede una creer que haya sucedido todo eso y que esta niña lo escriba tan bien... Lo cierto es que Anna...

Me interrumpió sin miramiento:

—¿Tienes otro?

Eché un vistazo alrededor. Había libros por todas partes, pero me quedé completamente en blanco. Repasé mentalmente los que me habían impactado más cuando tenía su edad.

—Dame un poco de tiempo para pensarlo y te elijo uno, ¿de acuerdo?

—Sí.

Su laconismo me ponía frenética, pero no empañó la alegría. Era el primer contacto personal que tenía con esa potrilla salvaje. Sabía que todavía no era el momento de tender la mano y acariciarle las crines, pero el deshielo había empezado.

Clàudia dio media vuelta y se fue, y yo me quedé allí un rato quieta, repasando títulos, revolviendo libros. Hasta que, como el canto repetitivo de la abubilla que oigo todas las mañanas desde la cama, me acordé de una frase: «El amor me da asco». Y otra vez. «El amor me da asco.» Mi sobrina no podría soltar una novela que empezara con estas palabras.

Me puse a buscar *Aloma* y fui corriendo a dársela.

Oigo entrar en casa a mamá.

—¡Ya estoy aquí! ¡Hola! ¡Ya he llegado!

Antes de poder levantarme del sofá, oigo correr a Ignasi, que baja del piso de arriba, y los aspavientos de mamá cuando lo ve. Yo también voy corriendo a abrazarla y ella, después de hacernos unas caricias, nos aparta suavemente:

—Y ¿Judit?

En ese momento aparece Rosalía con Judit en brazos. La niña estira los brazos nada más ver a mamá desde lejos y chilla de felicidad cuando esta la abraza.

—¿Qué tal, Rosalía? ¿Se han portado bien?

La mujer le dice que todo ha ido como la seda y se despide porque sabe que Ignasi y yo estamos impacientes por ver los regalos que ha traído mamá

de Florencia. Queremos arrastrarla al salón, pero nos pide paciencia.

—Y ¿papá? ¿No está en casa?

Ignasi y yo nos miramos y nos encogemos de hombros al mismo tiempo. No lo sabemos. Papá pasa tantas horas encerrado en la biblioteca que nunca sabemos si está en casa o no. Mamá lo llama levantando la voz un poco:

—¡Sebastià! ¡Sebastià! ¿Estás en casa?

Aparece entonces al principio de la escalera y lo vemos bajando los peldaños lentamente, sin sonreír. Esa parsimonia me pone tan mala que tengo que clavarme las uñas en el muslo para no ponerme a gritar. Y ¿por qué no dice nada? ¿Por qué no sonríe? ¿Es que no se alegra de que haya vuelto mamá?

Por fin llega abajo y mamá se le acerca para darle un beso en la mejilla. Él ni se inmuta. No dice una palabra. Viene detrás de nosotros cuando nos vamos al salón y se queda en silencio mientras abrimos los regalos. Un Pinocho —mamá nos dice que se dice *Pinocchio*— de madera para Judit; una camiseta para Ignasi y una pulsera para mí. Y, para todos, una caja de galletas de almendra. Entonces se vuelve y da una botella de vino a papá: el vino de la Toscana es buenísimo.

Papá le da las gracias secamente y dice que vuelve arriba, a trabajar. Veo que mamá lo sigue con la mirada y se queda preocupada. Paso la yema del dedo índice por las perlas de río de la pulsera que me he puesto en la muñeca. Me pregunto por qué papá siempre tiene que amargarnos la alegría. ¡Con lo felices que seríamos...!

La segunda vez que fuimos a casa de Mariola llovía a cántaros. El comedor, tan acogedor el primer día, parecía otro, más oscuro y triste. Mariola se puso a encender luces cuando entramos:

—Perdonad. Pensaréis que qué haría yo aquí a oscuras... Es que me gusta sentarme en este sitio, detrás de los cristales, a ver cómo llueve. ¡Casi me parecer ver cómo chupan mis plantas! ¿Os habéis fijado en el limonero? ¡Da gloria verlo!

El árbol estaba cuajado de limones grandes y redondos, de un amarillo

que, a pesar de la lluvia, brillaba. La primavera había llegado generosa en agua y la vegetación, como decía Mariola, lo agradecía.

Nos sentamos; nos quedamos un par de minutos oyendo el sonsonete de la lluvia en el exterior. Mariola se había sentado en el sofá y cruzó las piernas como los indios, con una flexibilidad impropia de una mujer de su edad. Sonrió burlonamente ante nuestra mirada incrédula:

—Hago dos o tres sesiones de yoga a la semana desde hace un montón de años...

Judit se pasó la mano por la barriga distraídamente.

—Nos quedamos en la escapada a Florencia —dijo.

La palabra «escapada» sonó un poco turbia y ella lo pescó al vuelo.

—Bueno, no se puede decir que huyéramos de nada. Era un viaje organizado por el centro, a la vista de todo el mundo. Fuimos unas veinte personas del pueblo. Vuestra madre estaba emocionada como una niña pequeña, desde luego, porque era la primera vez que se iba sola, desde que era madre de familia.

Recordé. Empezaron a presentarse los detalles y los ordené en voz alta:

—Nos quedamos con Rosalía... Tú no te acordarás, Judit. Mamá te trajo un Pinocho de madera, una marioneta.

—¡Eso es! —Mariola sonrió y se le encendieron los ojos azules—. Recuerdo dónde la compramos. Se pasaba el día buscando regalos para vosotros...

Llevaba unos pantalones deportivos y un jersey de rayas de colores vivos. Era fácil imaginársela de joven. Solo hacía falta cambiar el gris del pelo por el castaño y borrarle las arrugas.

—Hablamos del año...

—Finales del ochenta y uno.

—Mamá tenía cuarenta años.

—Y yo también.

Las veía. Jóvenes, risueñas, con la mirada ávida que se nos pone cuando paseamos por una ciudad desconocida. Yo proyectaba imágenes mentalmente a medida que Mariola hablaba en un tono ligero de voz, pero teñido de melancolía.

—El descubrimiento de Florencia es una experiencia realmente emocionante. Haceos cargo: yo me pasaba la vida encerrada en un laboratorio, manejando tubos de ensayo, y Helena hacía años que cambiaba pañales... Aquellos días en Florencia, tan intensos, fueron un regalo precioso. Estábamos eufóricas, ebrias de felicidad... Solo así pude reunir el valor necesario para acercarme a Helena de otra forma. De todos modos, no fue premeditado. Habíamos cenado en una *trattoria* sencilla y poco iluminada, habíamos comido bien y bebido mejor. Ella me contaba cosas de vuestro jardín y se le iluminaban los ojos cuando hablaba de los rosales y de los tulipanes, de las matas de menta, del limonero.

Cesó la lluvia. Las plantas del patio de Mariola todavía chorreaban. Desde la muerte de mamá, la lluvia me parecía una bendición que lo limpiaba todo y alejaba a las abejas.

—Volvimos al hotel andando a paso lento, para alargar el paseo. ¡Volvíamos a casa al día siguiente! En el hotel, esa espiral de emociones quedó atrapada en el pequeño espacio del ascensor... A veces sucede, ¿verdad? La proximidad física crea una intimidad que... Entonces Helena me abrazó. Fue un abrazo de agradecimiento y de pura alegría, y yo la besé sin pensarlo. Noté que se le estremecía todo el cuerpo, como una sacudida... Para mi sorpresa, después me miró... y temblaba...

No la habíamos interrumpido, solo cuando ella hizo una pausa, se movió Judit en el sillón para enjugarse disimuladamente una lágrima que le resbalaba por la comisura del ojo.

Yo también estaba emocionada, pero recordaba el regreso de mamá y la frialdad con la que la había recibido papá cuando volvió de Florencia. Me pregunté —por primera vez— si esa actitud suya se debía a algo más que su carácter hosco, al desinterés que siempre había manifestado por todos nosotros, al egoísmo, en definitiva, que siempre le había atribuido.

Iluminar zonas oscuras. Revisar el relato. Personas y personajes.

Capítulo 20

—Y ¿nuestro padre llegó a saberlo?

Mariola se levantó para ofrecernos agua, una infusión o algo de picar. Judit y yo no nos movimos, nos limitamos a decir que no con la cabeza. No, no queríamos nada. Únicamente deseábamos saber, seguir oyendo lo que tuviera que contarnos, conocer por fin los hechos, los últimos años de mamá, lo que sentía, la reacción de papá, la verdadera naturaleza de su relación.

Habíamos conseguido abrir la caja fuerte en la que se guardaban todos los secretos de una historia que también era la nuestra. Nos habíamos criado tan desatendidos, desprotegidos y faltos de afecto que ni se nos había ocurrido intentar reventarla. Por primera vez me planteé si, en algún momento al menos, mi padre se habría sentido tan desprotegido y falto de afecto como nosotros. No se trataba de justificar el incumplimiento de sus deberes paternos con la infidelidad de mamá. Nada más lejos de mi intención. Yo sabía —no hacía falta que me lo contara nadie porque lo había vivido— que el distanciamiento de nuestros padres venía de lejos, de mucho antes de la aparición estelar de Mariola. Es más, siempre había echado las culpas a mi padre en exclusiva, y no había sucedido nada que me hubiera hecho cambiar de opinión. A pesar de todo, necesitaba disponer de toda la información que pudiera, porque tal vez tendría que matizar esta idea. Por eso insistí:

—¿Mi padre llegó a saber lo que había sucedido en Florencia?

Mariola dio un sorbo a una infusión de hierbas, probablemente para

reponerse un poco y ganar unos segundos.

—Al volver de Florencia, Helena decidió que nuestro amor tenía que quedarse a la orilla del Arno, donde había nacido. Lo que había vivido debía ser un paréntesis en su vida de madre de familia... Me temo que no se lo puse fácil. ¡Me había enamorado hasta los huesos...! No estaba dispuesta a renunciar sin presentar batalla.

Judit se levantó para estirar un poco la espalda. Seguramente el bebé se movía sin parar y estaba incómoda. Se apoyó en la repisa de la chimenea y preguntó, con la curiosidad que le suscitaría el argumento de una buena película:

—Y ¿qué hiciste?

—La cubrí de regalos, de flores, de libros... Intenté convencerla. Yo sabía que ya no quería a Sebastià, que no dormían juntos. No compartían prácticamente nada, ni siquiera las cosas relacionadas con los hijos, con vosotros...

Fue como si recordara de repente que estaba hablando con las hijas de Helena.

Yo también me levanté, me puse de espaldas a las dos, cerca de la puerta cristalera, contemplando la lluvia. Las gotas repicaban, casi festivas, en las hojas de la kentia. De pronto, empezó a salir un reguerillo de agua oscura de cada maceta. Y entonces, casi sin querer, dije en voz muy baja:

—El Stradivarius máspreciado...

Mariola, que estaba un poco teniente, no se inmutó, pero Judit aguzó el oído:

—¿Qué dices? ¿Qué has dicho? ¿Has dicho... «el Stradivarius máspreciado»?

Ahora sí que nos prestó atención Mariola, abrió mucho los ojos y se sonrojó un poquito. La miré directamente a los ojos:

—Le regalaste un libro de relatos de Katherine Mansfield y, en la dedicatoria, le pusiste la frase que dice que por qué tenemos cuerpo si hay que guardarlo en un estuche como si fuera un Stradivarius en su estuche. ¿Verdad que sí?

La había pillado desprevenida y vi que se ponía colorada como una niña

pequeña.

—¿Lo habéis encontrado? ¿Habéis encontrado el libro?

—La verdad es que, de no haber sido por eso, a lo mejor nunca habríamos sabido de tu existencia...

Mariola se levantó con esa agilidad que tanto me sorprendía y salió de la estancia sin dar explicaciones. La oímos revolver en la cocina y volvió con una botella de cava y tres copas Pompadour. Cogí una y la miré a contraluz. Cerca del borde tenía una cenefa delicadísima de pámpanos y racimos de uvas. Debía de ser muy antigua.

—Era de mi abuela —me confirmó Mariola—. Acércala, que vamos a brindar.

Llenamos las copas —un dedito para Judit, que solo podía mojarse los labios— y Mariola nos invitó a levantarlas.

—¡Por Katherine Mansfield!

Di un buen trago y, mientras el cava me refrescaba la garganta, Mariola nos invitó amablemente a marchar, como la vez anterior, y a dejar el resto de la conversación para otro día.

Aquella tarde, en el camino de vuelta, comentamos que las conversaciones con Mariola ya habían ido bastante lejos y que teníamos que informar a Ignasi. Estábamos de acuerdo, y con toda certeza, en que nuestro hermano, que no era la persona más empática del planeta, habría sido un incordio para iniciar una relación tan delicada.

Y así, esa misma noche, todavía con el regusto áspero del cava en la boca, nos armamos de valor y le propusimos que se quedara a charlar un ratito después de cenar. Tía Margot, que no se encontraba muy bien —¡la dichosa corriente de aire!— se retiró a dormir temprano y mis sobrinos estaban en casa de Emi esa semana. Ignasi accedió después de protestar un poco y nos miraba de soslayo, con desconfianza. Seguramente creería que nos proponíamos embaucarlo con algo relacionado con la reforma de la casa. Nos habíamos pasado del presupuesto y ya nos había advertido un montón de veces de que no podíamos gastar ni un euro más. Las obras estaban casi al final y nos hacíamos a la idea de que dentro de un par de semanas quedaríamos libres de obreros, polvo y ruido.

—Y a continuación, los pintores... —nos advirtió para que no nos hiciéramos muchas ilusiones.

Estábamos sentados en la galería, abrigados pero dispuestos a disfrutar del aire nocturno, que ya anunciaba el buen tiempo. Judit nos recordó que al día siguiente tenía que ir al ginecólogo y que era muy probable que le dijeran el sexo del niño. «¿Qué os gustaría más?», nos preguntó, risueña, y ni mi hermano ni yo supimos qué responder. Optamos por el tópico, aunque cierto: «Nos da igual, lo importante es que todo salga bien». Ella estaba tan contenta que tenía la cabeza en las nubes.

Tras un breve silencio —Ignasi parecía taciturno, daba vueltas al vino en la copa con la mirada perdida— agarré el toro por los cuernos y dije:

—Ignasi, tenemos que contarte una cosa. Es sobre mamá.

Hizo un movimiento corto y sincopado, como un cachorro cuando le pisan el rabo. Me dio un poco de pena y tragué saliva. Veía a Judit de reojo, se tocaba la barriga tan tranquila, segura de que yo —como siempre— me haría cargo de todo.

Empecé contándole lo de la dedicatoria del libro y la misteriosa eme. Y la conversación con tía Margot y cómo habíamos localizado a Mariola.

Hasta aquí, parecía que Ignasi me escuchaba sin inmutarse. Estaba segura de que lo fingía. Lo veía más que nunca como el niño pequeño huérfano de madre que se obliga a ser fuerte, el hombrecito de la casa y todas aquellas tonterías que los adultos nos habían metido en la cabeza.

Judit aprovechó un silencio para hablar con gran entusiasmo del encuentro con Mariola:

—¡Si la vieras, Ignasi...! Es que parece imposible que tenga setenta y seis años, de verdad. Es una mujer moderna y divertida...

Y entonces, como quien no quiere la cosa, mi hermana soltó:

—Te preguntarás qué clase de relación tenían mamá y Mariola... —contuve la respiración—, y a lo mejor te sorprende saber que eran amantes.

Ignasi sopló hacia arriba como cuando era pequeño y se apartaba el flequillo rubio que le tapaba los ojos. Ahora era un flequillo ralo y tirando a gris. Después se rascó la espesa barba y la imagen de niño rubito que había conjurado un momento antes desapareció.

Habló con la cabeza gacha y la voz le salió más grave. Recuerdo que pensé que nunca le había oído esa voz que parecía salir de una gruta húmeda y llena de recovecos.

—Pues no, la verdad. No me sorprende.

Dos frases cortas. Un silencio larguísimo.

—¿No? —Judit no pudo disimular la sorpresa.

Yo estaba tan estupefacta como ella, pero sencillamente los miré pensando por enésima vez qué diría mamá si nos viera a los tres en ese momento.

Ignasi empezó a hablar, pero esta vez levantó la cabeza y la voz; vocalizaba como si estuviera declamando un texto en un escenario. Con una serenidad inaudita que le hacía parecer mayor nos contó que hacía unos años, una de las muchas veces que se había enzarzado en una discusión con papá, de esas que terminan como el rosario de la aurora, con gritos y portazos incluidos, papá le había dicho algo de la amistad de mamá con Mariola. Cuando dijo «amistad» Judit y yo nos miramos y él esbozó una sonrisita antes de seguir hablando.

—Sé que era una amistad íntima y reconozco que en aquel momento me sorprendió... —Hizo un silencio—. Papá lo insinuó... con mala leche... para hacerme daño.

—Pero ¿cuándo fue? ¿Qué te dijo? ¿Por qué no...?

El torrente de preguntas lo obligó a callar un momento. Nos miró y volvió a rascarse la barba, e inmediatamente hizo un gesto con las manos para pedirnos calma y paciencia. Lo dejamos seguir hablando.

—Hará unos cinco o seis años —intentó calcularlo, aunque dudaba—. Sí, más o menos, yo estaba preparando *Un camino sin fin*, ¿os acordáis?

Dije que sí con un movimiento de cabeza. La obra fue un éxito porque el reparto contaba con actores y actrices que se habían hecho muy populares en la última serie de la tele.

—Papá, como era de esperar, me reprochó que me dedicara a esta mierda de teatro comercial en lugar de recuperar textos de nivel..., como por ejemplo los suyos. Le dije que sus textos eran aburridos y estaban anticuados, cosa que en realidad no creía entonces ni he creído nunca. Yo también quería

hacerle daño, desde luego, devolverle un poco de su desprecio y su prepotencia... Y me parece que lo conseguí, porque se enfadó mucho, incluso diría que tuvo un auténtico ataque de cólera. Dijo que había tenido muy mala suerte porque ninguno de sus tres hijos se parecía a él, que no teníamos ambición intelectual y que los tres, igual que mamá, nos contentábamos con muy poco. Le pregunté qué quería decir con eso. Y entonces dijo: «Vais buscando la felicidad, igual que vuestra madre, y eso os distrae de lo realmente importante».

Me tuve que poner de pie y empezar a andar por la galería. «Lo realmente importante.» ¿Qué sabía el gran Sebastià Sureda de lo realmente importante? ¿Qué sabía del amor?

—Le pedí que por favor no mentara a mamá, que no hacía falta meterla en nuestras peleas, que ya le había amargado la vida lo suficiente. Y entonces fue cuando se encendió del todo, creí que se quedaba tieso, os lo juro, y empezó a decir que lo que pasaba era que la teníamos mitificada, que nosotros no lo sabíamos todo de mamá, que cualquier día nos lo soltaría. Lo desafié: «Si hay algo que tenga que saber, suéltalo de una vez», le dije.

—¡Madre mía! —Judit se ponía pálida por momentos.

—Y entonces me dijo: «La madre que recuerdas, la *mater amatisima* que os acompañaba a la cama y os contaba cuentos antes de dormir, resulta que, cuando salía de vuestras habitaciones después de besaros y mimaros, se largaba y pasaba la noche fuera de casa con una mujer que era su amante».

Judit y yo hablamos al mismo tiempo, preguntándole cómo se lo había tomado y por qué no nos lo había contado. Mi hermano agachó la cabeza y volvió a hablar con esa voz que parecía salir de un sitio desconocido.

—Me sorprendió, desde luego. Pero enseguida pensé que me gustaba la idea de que alguien la hubiera querido de verdad. No os lo conté porque me parecía que no era necesario... —cogió aire, se echó un poco hacia atrás y siguió hablando despacio—: Y, además, no quería contároslo por si os hería de alguna manera.

—¿Querías... protegernos?

—Quería proteger la idea que teníais de mamá. ¡Ya lo pasamos bastante mal de pequeños! El recuerdo de mamá es intocable. Nos aferrábamos los

tres a él y no valía la pena arriesgarlo.

—A nosotras también nos gusta que alguien la quisiera.

—Sí, claro, ya lo veo.

Dijo «sí, claro, ya lo veo» con una sonrisa casi paternal. Era mi hermano y al mismo tiempo no lo era. Era otro Ignasi, un hombre comprensivo que se había tragado al irresponsable y esquivo.

Alargamos la velada hasta las mil y una. Estuvimos horas recordando anécdotas de mamá, escenas familiares, fragmentos de recuerdos comunes. Nos habíamos quitado un gran peso de encima, parecía que nosotros, la conversación, la noche..., parecía que todo fuera más ligero. Después, en la cama, no podía dormir pensando que, si lo hubiéramos hecho mucho antes, el duelo habría podido ser diferente, menos destructivo. Quizá no habríamos llegado a ser adultos con un aguijón clavado en la parte más tierna de cada uno.

Lo realmente importante... La infelicidad de un hombre que despreciaba la búsqueda de la felicidad.

Capítulo 21

Pensar que podríamos haberlo hecho de otro modo me daba ganas de llorar y gritar. Imaginar simplemente que podíamos no haber quedado huérfanos siendo tan pequeños me despertaba una furia oscura que me habría proporcionado fuerza suficiente para destrozarse a alguien a puñetazos, tirar piedras a puñados o tumbar árboles a patadas.

Pero no había culpable al que agredir. Al final, la abeja asesina pagó con la vida la trágica y anodina secuencia de hechos: mamá levanta la mano en el aire y, sin querer, golpea a un insecto, que se defiende picando. Según he leído, las abejas mueren al instante porque, con el aguijón, clavan también en el cuerpo de la víctima parte de su tracto digestivo y de su musculatura.

Ni el llanto ni los gritos ni los golpes servirían de nada. Así pues, más valía no pensar más en ello.

Propusimos a Ignasi que nos acompañara a ver a Mariola en la tercera visita, pero no quiso: «No os lo toméis a mal, no tengo nada en contra de esa mujer, pero no siento curiosidad».

Nos recibió vestida con ropa deportiva de colores claros. Venía de clase de yoga. «Hago una práctica muy muy suave, porque, aunque la edad no se note mucho, la tengo, está ahí.» Nos sirvió té rojo con chocolate. «Echadle una pizquita de leche, que lo mejora.» El olor del té se mezclaba con el discreto perfume que exhalaban las rosas blancas que había en la mesa.

Empezamos nosotras contándole las revelaciones de Ignasi. Nos dejó

hablar con una sonrisa afable, asintiendo con la cabeza. Cuando terminamos el relato, ella lo continuó como si fuera la misma historia:

—La intención de Helena era que nuestra historia de amor se quedara en Florencia como un feliz hallazgo. No quería estropear la vida familiar que había construido con esfuerzo... sola... Es verdad que no la hacía feliz..., pero consideraba que daba sentido a toda su vida. De todas formas, al volver de Florencia se llevó un topetazo contra la realidad que la esperaba... y la determinación que había tomado se vino abajo. Vuestro padre estaba resentido porque ella se había ido. Supongo que sabía que Helena había encontrado nuevos alicientes...

Me emocioné y la interrumpí:

—¡Me acuerdo! Me acuerdo de cuando volvió. Nosotros la recibimos con mucha alegría porque la habíamos echado de menos y porque nos traía regalos. Judit, ¿no te acuerdas de la marioneta de Pinocho?

Judit dijo que no con un movimiento de cabeza. Pero Mariola confirmó mi recuerdo con una sonrisa.

—Papá tardó un rato en salir a recibirla..., ¡estuvo muy seco! No le hizo el menor caso.

—Exacto. Y por la noche tuvieron una gorda. Sebastià quería que dejara de ir a El Vinyet. Le prometió que haríais más cosas juntos, que dedicaría más tiempo a la familia. Pero ella sabía que no era verdad.

Judit estaba escandalizada.

—Espero que no cediera... ¿Siguió yendo al centro?

—Sí, y cada vez más a menudo. Nos apuntamos a un curso de fotografía y a otro de escritura. Ya no tenía tanta prisa por volver a casa cuando terminaba la clase. Yo insistía mucho, y creo que al final se enamoró un poco de mí.

Lo dijo con una sonrisa pequeña, como si le diera un poco de vergüenza. Me conmovió hasta el tuétano ver sonrojarse como una adolescente enamorada a una mujer tan mayor, con una vida tan larga y plena. Sentí la necesidad de frotarme un poco los brazos y aproveché para bajarme las mangas.

—Vuestro padre se enfurecía un poco más cada día. Supongo que sentía

impotencia al ver que ella se le escapaba de las manos. Hay que tener en cuenta que Helena había sido una mujer enamorada y dócil mucho tiempo, que se había dedicado a hacerle la vida más agradable para que él pudiera concentrarse en escribir... Él se había acomodado en esa situación sin dar nada a cambio..., pero estoy segura de que lo hacía sin mala fe. Creo que todavía la quería y que sufrió muchísimo.

Judit y yo la escuchábamos en silencio total, concentradas, expectantes. Después de tantos años estábamos desempañando los cristales de nuestras respectivas cápsulas para poder sobrevivir a dos abandonos consecutivos y superpuestos. Primero el de mamá, que se había ido prematuramente y por accidente, y después el de papá, un abandono a propósito y, por lo tanto, más doloroso. Era lo único que sabíamos. Solo conocíamos el dolor, pero ignorábamos todo lo demás. Y ahora, por fin, teníamos la posibilidad de saber.

—Unas semanas después, quizá un par de meses, una noche Helena llegó tarde a casa, creo que habíamos estado en la presentación de una novela. Sebastià, encerrado en su despacho, esperó a que os diera la cena y os llevara a la cama, y después fue a buscarla con palabras dulces, dulces pero heladas, intentando convencerla de que durmieran juntos, cosa que hacía mucho tiempo que no sucedía. Hacía al menos tres años que él se quedaba leyendo hasta la madrugada y pasaba la noche en el sofá cama de la biblioteca. Vuestra madre se negó.

Mariola hablaba despacio, eligiendo bien las palabras, pero con una gran libertad y sinceridad. Ya le habíamos demostrado que no necesitábamos paños calientes, pero ella seguía siendo delicada. Hacía pequeñas pausas y nos miraba a los ojos como pidiendo confirmación de que nos parecía bien que siguiera.

—Aquella noche, por lo que tengo entendido, se produjo un cataclismo. Vuestro padre parecía un hombre desesperado y finalmente preguntó a Helena si se había enamorado de otro. Ella prefirió decirle la verdad. Al oír mi nombre, Sebastià se hundió. Según me dijo Helena, cuando se repuso un poco, fue para lamentarse: «Contra un hombre sabría cómo luchar», dijo, por lo visto.

Pensé en ese hombre, mi padre, un inválido emocional. El trauma de aquel día, mientras jugaba en el portal de su casa, el golpetazo del cuerpo al caer por el hueco de la escalera, el ruido con el que debió de soñar el resto de su vida, y después, años más tarde, la fría venganza en forma de obra de teatro y la indiferencia por los sentimientos de su única hermana. Enamorarse de mamá debió de ser la única oportunidad que tuvo de aprender a querer. Pero al mismo tiempo llegaron el éxito, el reconocimiento, el prestigio, un lastre demasiado pesado para poder concentrarse en el terreno siempre resbaladizo del afecto. Pasó del déficit de afecto al exceso de respeto. Del abandono a la popularidad. No lo superó.

—Sé que Helena fue comprensiva y afectuosa, pero también implacable. Expuso su propósito, y no se trataba de una petición; era un plan: «Vamos a hacerlo de esta forma: seguiré al cargo de los niños, de la casa y del jardín como todos estos años. Pero cuando estén acostados, tú y yo seguiremos cada cual con su vida. Tanto si me quedo en casa como si me voy, haré lo que quiera».

Los últimos años de vida de mi madre, sobre los que había caído un velo que todo lo difuminaba, quedaban ahora al descubierto.

Judit y yo sostuvimos largas conversaciones aquellos días. A veces se sumaba tía Margot, que parecía complacida por los descubrimientos que habíamos hecho. Pasó unos días en cama y, a partir de entonces, su salud empeoró y perdió la energía y las ganas de protestar. Llegaron los pintores y pusieron la casa patas arriba otra vez. El olor a pintura se metía en la nariz y era una pesadez, pero las habitaciones, a medida que ellos iban pasando, adquirían un aspecto limpio y nuevo que daba gusto.

Ignasi contrató a un jardinero, que venía un par de horas al día y retiraba los escombros y la basura, eliminaba las malas hierbas y los rastrojos, tiraba las macetas rotas y traía otras nuevas.

Inevitablemente llegó el momento de hablar del nogal. El jardinero nos confirmó que estaba enfermo, tal como había dicho Ignasi. Judit volvió a protestar: «Mamá siempre decía que la sombra del nogal era la mejor de todo el jardín». Mientras lo decía, el jardinero la miraba con comprensión, pero hacía movimientos negativos con la cabeza. Era un hombre mayor, de piel

curtida y brazos fuertes. Siempre iba en manga corta, en invierno y en verano, y todo el pueblo lo conocía por el sobrenombre de el Cortarramas.

El Cortarramas tenía los ojos negros, pequeños y vivos, la voz ronca y una forma de hablar lenta y precisa. Decían que era un sabio, que antes de ser jardinero había sido profesor, pero nadie estaba seguro de si era verdad o no.

Yo pensaba en todas estas cosas mientras él negaba con movimientos de cabeza y me pareció que quería decirnos algo.

—¿Qué considera usted que hay que hacer con el nogal?

Se rascó la nuca al tiempo que sonreía.

—El nogal está enfermo y hay que talarlo porque cualquier día les puede caer una rama encima de la cabeza. Y ¡fíjese qué ramas tiene! Algunas son como mis brazos...

Le miré los bíceps y enseguida desvié la mirada, avergonzada.

—... de todos modos, eso de que da la mejor sombra del jardín... No estoy de acuerdo. La sombra de los nogales es mala desde siempre.

Judit se dispuso a llevarle la contraria, pero se lo impedí porque quería oír los argumentos del jardinero.

—¿Ah, sí? Y ¿por qué?

—Los nogales fabrican una sustancia, sobre todo las raíces, que perjudica el crecimiento de otras especies a su lado. Lo hacen para no tener competencia y poder chuparlo todo. ¿Lo ven?

Estábamos los tres cerca del árbol y comprobamos que alrededor del formidable tronco no crecían matas ni plantas de ninguna clase. El Cortarramas siguió con su explicación:

—Las plantas del alrededor se secan por mucho que se las riegue. Es un árbol egoísta que asfixia a las otras especies. Lo llaman alelopatía.

—Eso no significa que no dé buena sombra...

Judit intentando retrasar la decisión.

Al día siguiente talaron el nogal. Tía Margot y yo lo vimos desde la galería y, en cuanto el árbol cayó a tierra con un ruido contundente que nos sobresaltó, fuimos a contemplar el claro que quedaba en el jardín. Lo que antes tapaban las ramas poderosas era ahora un espacio abierto y libre en el que el sol proyectaba manchas amarillas y blancas.

—¿Sabes una cosa? —dijo mi tía con una sonrisa pícaro—. Me parece que salimos ganando. Creo que ahora el jardín resulta más grande. Y además no tendremos tanto bichejo por aquí. ¡Cuánto me alegro!

Entró en casa y me quedé un rato apoyada en la barandilla, pensando en las musarañas. Vi cómo retiraban el viejo tronco: rendido en tierra, perdía toda su presencia prepotente y abrumadora.

Contra un hombre sabría cómo luchar.

Vamos a hacerlo de esta forma.

La sombra dañina del nogal.

Capítulo 22

El aspecto de la casa mejoraba día a día. Ignasi ya hablaba de anunciarla en alguna página de esas en las que enseñan fotos muy favorecedoras. Inicialmente quería pedir un precio muy alto, dejar pasar un tiempo para que los pretendientes se enamoraran de ella y después empezar la negociación y rebajarlo un poco.

Yo también había avanzado en la biblioteca. Habían aparecido algunos libros más que, por un motivo u otro, iban a parar al montón de los que conservaríamos. Se trataba de libros con dedicatorias, páginas dobladas por las esquinas para señalar una frase subrayada, anotaciones al margen e incluso fotografías escondidas a modo de marcapáginas.

Sin ir más lejos, encontré otro ejemplar de *Romeo y Julieta* —el cuarto— que me estremeció de emoción. Estaba forrado con plástico transparente, con una nota manuscrita de mi padre sobrepuesta que decía: «*Romeo y Julieta*, adquirido el 23 de abril de 1989 en la librería de lance Southey & Barrett, en Bloomsbury Square. Ejemplar que perteneció a J. B. Priestley. Contiene anotaciones de su puño y letra».

Lo tenía en las manos y parecía que me quemaba. Mi padre era devoto de Priestley, su obra *El tiempo y los Conway* era una de sus preferidas. Me resultaba fácil imaginármelo hojeando las páginas con reverencia, aunque me desconcertó el detalle de que lo hubiera forrado con tanto cuidado. Me perturbaba pensar que ese hombre que jamás había dedicado atención a los

deberes de sus hijos, que seguro que nunca había envuelto un regalo para nosotros, que, por supuesto, no había arreglado un enchufe ni había colgado un cuadro, buscara un día el plástico adecuado e hiciera manualidades para forrar el libro con tanto primor. Debajo de la nota que indicaba la procedencia había puesto una imagen de los amantes de Verona que me sonaba de algo. Miré el grabado que presidía la pared de enfrente, en la que se reproducía la escena del balcón. Una Julieta rubia y blanca con los ojos cerrados abraza a Romeo, que le besa el cuello.

Unos días después encontré *Il Gattopardo* y, al hojearlo, cayó al suelo una fotografía. Eran ellos dos, papá y mamá, jovencísimos, quizá ni siquiera se hubieran casado todavía. La foto era en blanco y negro, muy de los años sesenta. Él estaba sentado en una Vespa blanca, a horcajadas, con las piernas estiradas y una sonrisa amplia, valiente, sin pesar. Mamá estaba de pie a su lado, con la mano tímidamente apoyada en el hombro de él. Llevaba unos pantalones estrechos hasta el tobillo y una camisa de color claro atada a la cintura; el pelo liso y las puntas rizadas hacia fuera, con unas enormes gafas de sol, oscuras, al estilo Audrey Hepburn. También sonreía, aunque con mayor timidez que papá.

Por detrás, en letra redonda, la de mamá, decía: «Nosotros dos». Y debajo, papá había escrito: «... y ¡la Vespa!». Me enterneció verlos tan jóvenes. Me enterneció el romanticismo de mi madre, el sentido del humor de mi padre. Me enterneció que un día hubieran sido «nosotros dos». Mis sobrinos me sorprendieron embobada con la fotografía. Marcel me la quitó de las manos sin pedir permiso: «Son mis abuelos, ¿verdad?». Me acordé de la advertencia de mi hermano sobre lo que él denominaba «calentar la cabeza» a sus hijos con cuentos del pasado. Pero la mirada del chico, limpia y risueña, me animó.

—Sí, tu abuelo Sebastia y tu abuela Helena. ¿A que están muy guapos?

«Tu abuelo Sebastia» me sonaba relativamente bien, aunque mi padre nunca había ejercido de abuelo con esos niños y era lo más opuesto a la figura tradicional, afectuosa y afable de un abuelo. Pero oírme decir «tu abuela Helena» me afectó. Me di cuenta de que era la primera vez en la vida que lo decía. Cuando mis hermanos y yo hablábamos de ella, decíamos

«mamá», cuando eran Margot o Mariola, la llamaban «Helena». Mi madre, esa joven que se parecía a Audrey Hepburn, la mujer de cuarenta y tres años que había muerto por culpa de un pinchazo, como la Bella Durmiente, era abuela. Marcel y Clàudia eran los hijos de su hijo, aunque no los hubiera conocido. Y también sería la abuela del hijo que iba a tener Judit, fuera niño o niña.

Que descubrir una cosa tan obvia me dejara tan estupefacta demostraba claramente la indigencia sentimental en la que habíamos vivido los tres todos esos años, desde la muerte de nuestra madre.

Es invierno. Mis hermanos y yo cenamos en la cocina con Rosalía. Papá la ha contratado a jornada completa para que cocine y cuide a Judit. Aunque papá le dijo que cuando terminara de hacer la cena podía irse a casa, le da pena dejarnos solos y se sienta a la mesa con nosotros. Nos cuenta cuentos de *meigas* y de bosques encantados.

Cenamos una sopa muy sustanciosa e Ignasi, de nuevo, la sorbe ruidosamente. Le riño. Me dice que no tengo ningún derecho a reñirlo. Le digo que soy la mayor. Me dice que solo los padres tienen derecho a reñir. Rosalía intenta apaciguarnos. Ignasi sorbe haciendo más ruido todavía. Lo amenazo con decírselo a papá y me pregunta con desprecio: «¿Te crees que a papá le preocupa que haga ruido al comer sopa?».

En aquella temporada, cuando salía de casa, siempre estaba pendiente del teléfono. Era el último mes de embarazo de Judit y me parecía que tenía una barriga colosal, un globo grandioso y tirante que podía reventar en cualquier momento. Por otra parte, me preocupaba mucho la evolución de tía Margot, todas las noches le subía la fiebre unas décimas y no tenía ánimos ni para levantarse de la cama. Y, por último, la cuestión del anuncio: Ignasi no había perdido el tiempo y ya había una fotografía de la casa en la inmobiliaria de la Riera con el cartel de EN VENTA debajo.

El mes de marzo llegó con unos días templados, de sol tímido y cielo

transparente, y yo fui a mi oficina bancaria con la intención de gestionar un microcrédito que me permitiera llegar hasta el momento de recibir mi parte de la herencia, cuando vendiéramos la casa. No había tenido ningún ingreso desde el mes de agosto, cuando me fui a vivir a Alella.

«La ficción es un buen refugio.» Lo decía con buena intención —y por su propio interés—, porque creía que vivía hundida en un pozo de tristeza desde que Tomàs me había dejado y a continuación mi padre había muerto. Tuve que invertir mucho tiempo en conversaciones telefónicas para convencerla de que no era esa la situación. No estaba deprimida. No estaba en el fondo de un pozo, sino más bien en un remolino lleno de energía, de fuerza centrífuga, que hacía girar sin tregua las piezas que hasta el momento conformaban mi vida y mi manera de ser. El ruido y el movimiento constantes del remolino me impedían concentrarme en la escritura.

Por último, me propuso dejar en suspenso el contrato de la novela, después de aceptar con resignación que yo, a mi vez, anulara todas las sesiones de los clubs de lectura y otras actividades de promoción necesarias para mantener viva mi producción literaria. «Tienes un público muy fiel, te esperará», recuerdo que me dijo. Yo también confiaba en esa fidelidad, pero enseguida me di cuenta de que la preocupación vendría por otro lado: mi cuenta corriente, como era de esperar, había mermado hasta un nivel alarmante. El sonido del móvil interrumpió bruscamente mis cavilaciones sobre la precaria situación económica en la que me encontraba y, en vez de dejarlo sonar, como era mi costumbre, lo cogí rápidamente pensando en alguna urgencia.

Pero no era Judit, ni la salud de tía Margot ni la inmobiliaria. Era un joven que preparaba una tesis doctoral sobre el teatro de Sebastià Sureda. Había pasado los últimos meses estudiando su obra en profundidad y solo le faltaba completar el trabajo con algunas entrevistas. «Puesto que el peso de la familia es decisivo en su obra —dijo—, me gustaría hablar con sus hijos.» Y todavía, con gran estupor, tuve que oírle añadir: «La verdad es que lo considero imprescindible».

El cuerpo me pedía una gran carcajada, de las que te obligan a doblarte hacia delante hasta que te duelen las costillas, de las que te hacen saltar las

lágrimas, una carcajada liberadora, como si hubiera reventado una cañería y el agua saliera a presión y a raudales. Pero el joven tenía una voz afable y parecía tremendamente sincero, así que contuve el deseo y lo canalicé por una sonrisa sarcástica que no podía ver mi interlocutor.

Supongo que mi silencio le pareció reticencia, así que insistió, siempre con una amabilidad que me enternecía sin remedio: «Me consta que todos ustedes están muy ocupados —dijo—, pero, como comprenderá, me interesa muchísimo el punto de vista de los hijos..., la huella de su padre es evidente en sus respectivas carreras profesionales».

Habría dado lo que fuera por ver la cara de Ignasi si hubiera oído esas palabras. Enseguida le dije que sí, que no teníamos ningún inconveniente en atenderlo. Que yo misma lo organizaría para que pudiera hablar con los tres hermanos.

Colgué y me quedé unos minutos en la calle, enfrente de la puerta de la oficina bancaria, apoyada en la pared y con el móvil en la mano. El sol me lamía la cara y el cuello, y la risa que me había tragado todavía me cosquilleaba el estómago.

Al final de la tarde pasó una cosa muy curiosa. Cuando conté a mis hermanos la conversación con el joven doctorando y les comuniqué la visión que tenía de los vínculos —obvios para él, invisibles para nosotros— entre padre e hijos, en lugar de concluir la explicación con la carcajada que se me había quedado dentro, resulta que me eché a llorar.

Dos jóvenes enamorados, una Vespa blanca, el estilo Audrey Hepburn. Mirar atrás. El rastro invisible.

Capítulo 23

La tesis doctoral del joven, Víctor, defendía que la obra de Sebastià Sureda descansaba sobre cuatro pilares: la familia, el arrepentimiento, el suicidio y el adulterio. Mientras él hablaba —estábamos sentados en la galería de casa, mis hermanos, él y yo—, la luz iba apagándose y la temperatura bajaba lentamente. Enseguida me di cuenta de que los conceptos que, según él, sostenían la dramaturgia de mi padre, eran —podríamos decir que con exactitud— los mismos que había descubierto yo siguiendo el hilo que él mismo había escondido en los estantes de la biblioteca.

Ignasi y Judit también prestaban atención porque el ambiente no invitaba a otra cosa: la actitud tímida pero firme del joven, unas ideas expuestas con claridad y un respeto inequívoco en relación con el objeto de estudio. Y, aparte de nuestros reproches en cuanto que hijos y de la dejadez que Sebastià Sureda había practicado con nosotros, lo cierto era que ninguno de los tres había puesto jamás en duda el valor de su obra.

Todo fue como la seda hasta que Víctor, después de hacernos un resumen de la tesis, subrayó como cosa obviamente satisfactoria la influencia de Sebastià Sureda en sus hijos —nosotros—, hasta el punto de que los tres habíamos elegido profesiones claramente relacionadas con la suya. El intercambio de miradas no le resultó sospechoso, sino todo lo contrario; creo que lo interpretó como una señal de emoción compartida. Pero, cuando iba a decir algo más, Ignasi lo interrumpió sin contemplaciones:

—Me caes bien, Víctor, y me parece que has hecho un buen trabajo con la tesis..., pero a nosotros déjanos al margen, por favor.

El joven abrió los ojos de par en par y se dispuso a dar una explicación, pero Ignasi se lo impidió:

—No te preocupes, no tenemos nada en tu contra, pero es necesario que sepas que, por alguna razón, te has hecho una idea errónea. Por mi parte, no existe ningún motivo por el que me sienta heredero ni deudor de mi padre, y ¿vosotras, chicas?

Ignasi nos interpeló directamente a su mejor estilo y, ante el desconcierto creciente del pobre doctorando, Judit lo secundó:

—Víctor, nuestro padre consiguió dejar el legado de una obra importante, como acabas de exponer con toda claridad, pero para ello renunció a ejercer de padre, así que para nosotros es muy difícil oírte hablar de su «clara» influencia... ¿Lo entiendes?

Interrumpí la conversación con la excusa de ofrecerle un poco de vino. Me parecía que nos estábamos pasando un poco, que no era necesario que el estudioso de Sureda supiera de nuestra vida íntima. Exhibir los aspectos más vulnerables tenía algo de impúdico.

Serví un rosado delicado del color de las cerezas y el silencio se llenó de ruiditos del mundo del vino: el del tapón al descorcharlo, el tintineo de las copas, la minúscula melodía del líquido, los primeros tragos.

Cuando ya iba a decir que había refrescado y alguna bobada más sobre el color del cielo a esa hora, el joven Víctor nos dejó clavados en la silla con la siguiente observación:

—Pues no tengo la menor idea de la relación que teníais con vuestro padre... Tal vez os parezca que no le debéis nada, y lo respeto. Pero tú has elegido trabajar en el mundo de la producción teatral, y tú, Judit, eres actriz... ¡Por no mencionarte a ti, Laura...! He leído tus novelas y me ha parecido ver proyectada la imagen de tu padre.

Empecé a protestar balbuciendo palabras inconexas, hasta que Judit soltó un gemido. La miramos alarmados, y yo incluso un poco molesta, porque me parecía un exceso de dramatismo. Temía que el espíritu de actriz de mi hermana, que nunca he soportado, hubiera hecho acto de presencia. Pero se

llevó las manos al vientre y dijo unas palabras entre extraños lamentos guturales. «Ha llegado el momento», dijo. Después bajó la mirada y vio, claramente horrorizada, la mancha que le iba oscureciendo los pantalones claros de embarazada.

Y todo se aceleró. Mientras Ignasi y yo nos organizábamos, Víctor se despedía apresuradamente. Ignasi llevó a Judit al hospital y yo llamé a una vecina y le pregunté si podía quedarse con tía Margot, que estaba dormida hacía horas. No se la podía dejar sola bajo ningún concepto, habida cuenta de los ataques de tos que solían darle y de que la pobre no tenía fuerzas ni para incorporarse y coger el vaso de agua que le dejaba preparado en la mesita de noche. Me daba reparo pedirle ese favor, porque nunca se sabe cuánto va a durar un parto. Enseguida me dijo que sí y a los diez minutos la tenía en casa. «Vengo bien acompañada», dijo, enseñándome una novela mía con una sonrisa de complicidad.

Me dijo que prefería quedarse en el piso de arriba para estar más cerca de tía Margot, así que la dejé acomodada en la biblioteca, en el sillón de lectura de mi padre. «No te preocupes ni te apresures a volver, que voy a estar aquí muy a gusto —abrió el libro por la página doblada y me dijo, con un guiño—: Ricard está a punto de decir a su mujer que no va a volver.»

Se me hacía raro dejarla allí sentada en compañía de unos personajes que habían salido de mi cabeza.

Mientras iba hacia el hospital llamé al padre de la criatura, que estaba de gira, fuera de casa. Lo pillé a punto de salir a escena y me pareció que se ponía tan nervioso que temí que se le olvidara el texto de repente.

Pude estar con Judit en la recta final del parto. «Lo está haciendo muy bien», me dijo Ignasi, que tenía el pelo pegado a la nuca y resoplaba como si los esfuerzos los hiciera él. Judit estaba pálida y sudaba, su piel parecía transparente y le veía el escote surcado de líneas azules.

La niña nació a las dos y doce minutos.

Mi hermana, con el hatillo sobre el pecho, nos miró a los dos y dijo en voz muy baja, para que no la oyera nadie más:

—Espero verla crecer.

Volví enseguida a casa para que la vecina pudiera irse a la suya. No tenía

ni pizca de sueño y me senté en la galería, envuelta en una manta. Me quedé allí en silencio, a oscuras, desconcertada por la extraña sensación de paz. Me pregunté si en el futuro de esa niña habría más afecto que carencia, si seríamos capaces de protegerla entre todos del legado que recibía. Y de repente me la imaginé jugueteando en el jardín, escondiéndose entre las matas y trepando a los árboles. La vi merendando en la galería, cuando el sol de la tarde entra oblicuamente, o entreteniéndose con un rompecabezas cerca de la chimenea, en invierno.

Esta revelación me inquietó mucho. ¿La imagen que yo misma proyectaba en el lugar de nuestra infancia idílica, pero también el de los años penosos de orfandad, quería decir que, a pesar de todo, el recuerdo de la felicidad pesaba más que el del sufrimiento? ¿Era posible que la casa, a la que habíamos ido a parar mis hermanos y yo arrastrando el alma y habíamos encontrado tan deteriorada, como un espectro de lo que había sido un día..., era posible que conservara el espíritu de lo bueno de un pasado que se borraba, la esencia de unos años luminosos, que nos conectaba con un latido oculto que todavía podíamos recuperar?

Entré en casa impulsada por una intuición, dispuesta a hurgar en el altillo de la biblioteca, donde sabía que se encontraban los álbumes antiguos de fotografías. Me daba pavor la posibilidad de que, en los años que mi padre había vivido solo, le hubiera dado por tirarlos todos. Pero los encontré. Llenos de polvo, con las hojas un poco amarillentas, el papel adhesivo despegado por las puntas y algunas anillas aplastadas.

Me quedé en la biblioteca hasta el amanecer, recibiendo con simpatía, pero no sin recelo, a los fantasmas del pasado. Mi madre embarazada, mi padre pletórico de orgullo, una recién nacida de ojos vivos y mejillas redondas, que era yo. Muchas, muchas fotografías de la recién nacida, la primera hija, con el padre, con la madre, con los dos. Mis primeros cumpleaños, un año, dos, tres, cuatro. La tarta con las velas, la niña mostrando con los dedos de la mano los años que cumplía. Con el caballo blanco de cartón que me trajeron los Reyes, equipada para ir a la nieve, haciendo castillos de arena en la playa. De Ignasi había menos, pocas en realidad. Me pareció oír sus quejas. Había algunas de los dos en la bañera,

cubiertos de espuma, parecía que nos llevábamos bien. Y, después, un montón de la misma escena: una cabeza llena de rizos oscuros, la mía, y una de greñas rubias, la de Ignasi, los dos inclinados sobre un capazo, Judit.

Fotografías que habían perdido el color, como los recuerdos, pálidos como cuerpos sin sangre. Pero allí estábamos.

¿Las casas tienen memoria? ¿Qué recuerdos pesan más? ¿Los buenos tapan los malos?

Capítulo 24

El día en que Judit volvió a casa, a tía Margot le subió mucho la fiebre y tuvo que quedarse en la cama. Cuando fui a verla a su habitación, con una taza de caldo caliente y un antitérmico, la encontré muy abatida, con los ojos brillantes y la piel húmeda de sudor. Parecía que hubiera encogido, porque su cuerpo apenas abultaba debajo de las sábanas.

Me miró como si fuera la primera vez que me veía y, con un hilo de voz, me preguntó por Helena. Al principio me pareció que no la había entendido. Le pedí que repitiera la pregunta, y ella volvió a decir: «¿Dónde está Helena? Quiero verla», con gran determinación en la voz, a pesar de la debilidad.

Supuse que eran delirios febriles. Me resultaba entre trágico y bonito que tía Margot —igual que yo— se acordara de mi madre en ese preciso momento. Me senté a los pies de la cama e intenté seguirle la corriente. «Helena no está, ya lo sabes —y añadí, sin que viniera a cuento—: Hemos llamado al médico, enseguida vendrá.» Pero Margot Sureda nunca se daba por vencida fácilmente. Insistió:

—¿Por qué no me dejáis ver a Helena?

La preocupación no la dejaba tranquila y no paraba de arrugar las sábanas con las manos. No supe qué decirle y, como soy cobarde, me levanté para huir con la excusa de bajar a recibir al médico. Pero en ese momento se abrió la puerta y entró Judit, una Judit nueva a estrenar, que andaba despacio por culpa de los puntos y sonreía con una alegría que jamás le había visto antes.

—¿Qué hay, tía Margot?

—¡Ya era hora! ¿Me traes a Helena?

Judit se quedó parada un instante en el umbral, desconcertada, pero enseguida entendió la confusión de tía Margot.

—¿La nena? No, tía, ahora está durmiendo. Y no se llama Helena. Se llama Julieta.

Di media vuelta para mirarla, después miré a Margot y me pareció que había recuperado un poco de color de las mejillas. Intentó incorporarse un poco, pero en vano, y me apresuré a colocarle bien las almohadas que tenía debajo de la espalda.

—¡Julieta! —Tía Margot sonreía—. ¡Qué buena idea!

Cerró los ojos un momento, como si se concentrara para reunir fuerzas.

—Ni Helena, ni Mariola, ni Margot... —Crucé una mirada burlona con mi hermana, era evidente que nuestra tía había hecho sus elucubraciones sobre el nombre de la niña—. Se llamará Julieta, como le habría gustado a su abuelo —dijo. Y, después de respirar roncamente, añadió—: Claro, para compensar. ¡Bien hecho, hija!

Judit y yo nos miramos, patitiesas: tía Margot siempre conseguía dejarnos sin palabras. Empezamos a hablar las dos a un tiempo para que pasara ese momento incómodo, pero nos interrumpió el timbre, que anunciaba la llegada del médico. La pulmonía, que parecía haberse curado bien hacía unas semanas, había rebrotado y nos recomendó ingresar a tía Margot en el hospital. Cuando el médico salió de la habitación empecé a revolver cajones buscando un camisón y ropa interior, pero ella me agarró por la muñeca y, sin decir nada, tiró de mí hacia abajo para que me sentara en la cama, cerca de ella. Estábamos solas en el dormitorio en penumbra, solo entraban dos dedos de luz por la persiana, que se proyectaba en una franja amarilla encima de la cama, donde la enferma tenía los pies

—No hace falta que busques nada, Laura.

Lo dijo, ahora sí, con una vocecita casi inexistente. Tuve que acercarme a su cara, casi tocándosela.

—Pero, Margot...

Intenté protestar, pero con poca convicción.

—Hija, no he venido de Francia para acabar muriendo en un hospital. Otro intento por mi parte.

—¡Tía, no digas eso...!

Y ella, con una firmeza que la debilidad de la voz no lograba ocultar:

—Quiero morirme aquí, en esta casa, con vosotros. Me falta muy poco, Laura... ¡Ay, las corrientes de aire! ¡Qué traidoras son...!

En los siguientes días reinaba en la casa un silencio compacto. Judit y yo desayunábamos juntas y ella volvía enseguida a la habitación para dar el pecho a la nena. A veces la acompañaba por el placer de ver a Julieta dormida todavía. Después la ayudaba a ponerse cómoda —un cojín en la espalda, otro para apoyar el brazo— y la dejaba allí bien instalada. Desde la puerta la miraba por última vez, siempre con la sonrisa preparada, por si ella me miraba también, pero nunca levantaba la cabeza, concentrada como estaba en las chupadas de la nena.

Entonces me iba a la habitación de Margot y, por el camino, me fijaba en todos los detalles de la casa, que ahora lucía paredes blancas y vigas desinfectadas de carcoma. Un día me fijaba en que la chimenea estaba limpia y desatascada, otro día cruzaba el jardín para cerciorarme de que los árboles estaban purgados y la hierba replantada. Me acercaba a la piscina y veía que habían sellado todas las grietas y confirmaba que no había malas hierbas en ningún rincón.

Tía Margot pasaba gran parte del día adormecida, cada vez le costaba más respirar. Agarraba la colcha con las manos, cada día más delgadas, con la piel reseca y transparente y los dedos huesudos como garras. Se tapaba como si temiera que el viento pudiera llevarse la ropa.

Yo me sentaba un rato a los pies de la cama y constataba los cambios que se habían producido desde el día anterior. La cara más afilada, los ojos más hundidos. Ni rastro ya de la coquetería afrancesada de hacía pocos meses. Volvía a verla con los labios rojos, los collares, la ropa de colores alegres. Nada de *Oh, là-la* ni de *Mon Dieu de la France et de tout le monde*. Se le iban la vitalidad y la energía con cada respiración y solo abría los ojos de vez en cuando, unos ojos espantados, y decía cuatro palabras sin sentido, casi siempre en francés.

Un día, mientras le cogía las manos para intentar borrar la mueca de crispación que tanto me inquietaba, me miró y me preguntó.

—¿Ha venido mi padre?

Y, mientras le acariciaba la mano, le dije al oído:

—Tranquila, tía...

Insistió con una voz reforzada no sé cómo:

—Pregunta si ha venido mi padre a verme... Lo estoy esperando.

El escalofrío que me recorrió la columna vertebral me obligó a levantarme y a soltarle las manos.

—Enseguida viene —le dije, sin saber por qué. Quería que esa mirada angustiada se tranquilizara.

Pareció que lo conseguía, de momento. La enferma cerró los ojos y empezó a respirar con más calma. Di un paso atrás con la intención de dejarla dormir, pero de pronto abrió los ojos y sonrió beatíficamente.

—Cuánto me alegro de haber vuelto, hija. *Je suis hereuse...*

Volví a sentarme en la cama porque me temblaban las piernas. Le acaricié las manos notando el tacto áspero de la piel, que era como de papel.

Hace unos meses, casi un año, que mamá ya no está. Es el mes de septiembre, al día siguiente empieza el colegio. Rosalía nos pregunta qué nos apetece para cenar e Ignasi propone que comamos algo rico, que hagamos una cena especial para despedirnos de las vacaciones. A Rosalía y a mí nos parece una buena idea y Judit bate palmas y la celebra con grititos: «¡Sí, una fiesta!», qué necesitada de fiestas está, pobrecita.

Rosalía se quita el delantal y lo deja encima de los fogones de mármol. Nos dice que esperemos un momento, que nos portemos bien, que va a preguntárselo a papá. Veo claramente que coge aire para empezar a subir la escalera. Oímos desde abajo cómo llama a la puerta de la biblioteca, que siempre está cerrada. Después, el ruido de la puerta que se abre y se vuelve a cerrar.

Pasan unos minutos. Ignasi bota una pelota de tenis encima de la mesa y Judit mordisquea distraídamente un trocito de pan. Yo espero con

impaciencia... y un poco asustada.

Después oímos que alguien baja la escalera. Rosalía entra en la cocina y nos dice que podemos ayudarla a poner la mesa en el jardín, que papá bajará dentro de un rato. La ayudamos a preparar la ensalada, con tomates, aceitunas negras y cebolleta, como le gusta a él. Saca la tabla de los embutidos y coloca encima un *fuet*, medio *bull* blanco[9] y un trozo grande de queso de cabra. Tostamos rebanadas de pan de hogaza y después las untamos con tomate y un chorro de aceite. En un cuenco ponemos patatas fritas de bolsa y, en otro, almendras saladas. Ignasi insiste, así que hacemos una pizza al horno y la cortamos en triángulos. Rosalía abre una botella de vino y saca de la nevera unas latas de refresco para nosotros. Cuando terminamos de poner la mesa, se me ocurre ir a coger un ramo de flores de color lila que crecen en la jardinera de la entrada. Rosalía me dice que son primulas y busca un jarrón para ponerlas. «Bien pensado, Laura.»

Cuando baja papá ya estamos sentados a la mesa y Rosalía nos pregunta si nos hace falta algo más, que nos aproveche y que hasta mañana.

Papá coge la tabla y el cuchillo y empieza a cortar los embutidos, me dice que sirva la ensalada. Está serio, pero parece relajado, se sienta echándose atrás un poco y toma un sorbo de vino. Nos pregunta si tenemos ganas de ir al colegio. Judit dice que sí. Ignasi dice que no y, cuando me dispongo a contestar yo, veo que a papá le cambia la cara y se pone recto, tenso. Sigo su mirada y la veo. Una abeja baila cerca de las flores de color violeta. No me atrevo a dejar de mirarla ni a mirar a mis hermanos. No me atrevo ni a respirar.

La abeja se queda unos segundos que parecen años. Papá deja los cubiertos en la mesa con un movimiento lento que da pavor. De pronto la abeja se va y vuelvo a respirar. Pero papá se levanta, deja la servilleta en el plato y parece enfadado.

—¡Qué idea, poner flores!

Se va y nos deja solos en la mesa. Comemos en silencio. Ignasi aprovecha el susto que tenemos en el cuerpo para zamparse el último trozo de pizza.

Los primeros días, después de la muerte de tía Margot, lo único que yo quería era estar cerca de la pequeña, cogerla en brazos para dormirla y notar su calor. Acercaba la nariz a su cuerpo para oler el aceite de almendras dulces que le aplicaba Judit después del baño. No me cansaba de contemplarla, le cortaba las uñas para que no se arañase. Cuando hacía unos ruiditos pequeñitos que no llegaban al llanto intentaba consolarla. Aprendí que si le ponía la mano en la frente tapándole los ojos, al final se dormía. Y entonces yo bajaba la mano por su cuerpecillo y la dejaba plana en el abdomen para notar el latido minúsculo, el latido vital.

A veces Ignasi pasaba a mi lado y, aunque no lo viera, me imaginaba una mirada socarrona. «¿Qué mosca le ha picado a esta ahora?» Hasta que un día le hice parar y le dije que quería pedirle perdón por no haber estado pendiente de sus hijos cuando nacieron. Mi hermano no daba crédito a lo que oía. Hizo un movimiento negativo con la cabeza y esbozó una sonrisa de incompreensión. Pero yo insistí: «Marcel y Clàudia también son sobrinos míos..., pero...». Lamentaba haberme perdido sus primeros días, sus primeros años, me dolía el cuerpo de tanta pena.

—No te preocupes, eran otros tiempos.

Me refería a todos los años que habían pasado sin que nos interesara ser hermanos. Es decir, sabíamos que lo éramos, pero no le encontrábamos la gracia. Prácticamente desde la muerte de mamá hasta hacía cuatro días. En todo ese tiempo, entre Judit y yo no había proximidad ni afecto fraternal, pero la verdad es que Ignasi ni siquiera me caía bien.

Realmente, la muerte de tía Margot y el nacimiento de la pequeña, la coincidencia en el tiempo de la despedida y el recibimiento, me habían trastornado y me pasaba el día pensando en nuestras relaciones familiares, que eran igual que una madeja enredada. Nadie se había preocupado de devanarla y hacer un ovillo con paciencia y delicadeza.

Veía todos los nudos que había entre los hermanos —papá y tía Margot—, entre padre e hijos, entre nosotros tres, entre tía Margot y nosotros, entre mis sobrinos y yo... Un entrecruzamiento de mil demonios que pretendía desliar sin ayuda.

Más tarde, cuando se ponía el sol y Julieta se dormía, salía a la galería a

oír los ruidos del jardín. Tendía la mirada más allá, resbalando cuesta abajo hasta que llegaba al mar. Pensaba en las tormentas de verano y en las súbitas crecidas de agua en los torrentes del Maresme. Algunos días deseaba que una riada se lo llevara todo por delante; todo, las penas, los libros de mi padre con las dedicatorias, las sillas del jardín que tanto quería mamá, el nogal enfermo, las abejas.

Julieta, un nombre para compensar quién sabe qué.

Capítulo 25

Ignasi nos dijo que había dos familias interesadas en la casa y que los de la inmobiliaria esperaban que les hicieran una oferta que sin duda rebajaría el precio excesivo que pedíamos. Es decir, se terminaba el tiempo y, mientras me esforzaba por rematar la labor de la biblioteca, daba vueltas y más vueltas a la venta de la casa. Me costaba mucho imaginarme que un día cualquiera me acercaría y tendría que detenerme en el umbral. Que tendría que mirar el jardín desde la reja, que tal vez oyera la risa de unos niños desconocidos.

Del mismo modo —o más aún—, me resultaba extraña la idea de pensar en los tres hermanos viviendo juntos para siempre en la casa en la que habíamos nacido. Como eternos adolescentes o adultos inmaduros, condenados a convivir sin saber como hacerlo.

Empaqueté las últimas cajas de libros para llevarlas a la biblioteca municipal. Los que quería para mí estaban embalados y en un rincón desde hacía semanas. Había invitado a Marcel y a Clàudia a echar el último vistazo, por si querían llevarse alguno. Mi sobrina, que persistía en su actitud seca, me pidió los dos libros que le había recomendado yo: el *Diario de Anna Frank* y *Aloma*. Y eso me pareció un detalle de buena voluntad que prometía una mejoría lenta pero segura de nuestra relación. Marcel se quedó con toda la colección de «La cua de palla» y me lo agradeció con un abrazo de orangután, envolviéndome todo el cuerpo con sus larguísimos brazos.

Judit había señalado sus dos cajas con rotulador rojo, e Ignasi,

comprometido con su orgullo absurdo, se mantuvo en la actitud del primer día: no quería ningún libro de la biblioteca de papá.

—No quiero heredar nada de él —dijo, muy digno.

—Pero aceptas de muy buen grado la tercera parte del dinero, cuando vendamos la casa... —fue el comentario burlón de nuestra hermana menor.

Se me escapó una risa contenida y vi que a Ignasi se le escapaba también disimuladamente. «Conque —recuerdo que pensé— Judit se ha vuelto más burlona e Ignasi ha ganado sentido del humor.» Por mi parte, había mejorado mucho en la capacidad de comprensión y respeté la decisión de mi hermano sin soltarle ninguna fresca.

No estaba mal el balance.

Estudio la carrera, pronto cumpliré veinte años y trabajo todas las horas que me quedan libres dando clases particulares. Sueño con un piso pequeño que decoraré a mi gusto, en el que por fin me sentiré libre de la presencia intimidadora de mi padre y me libraré de las impertinencias de mis hermanos. No sé aún que estoy a punto de conocer al profesor Tomàs Garay y que, al enamorarme, perderé el anhelo de ser independiente.

Llego a Alella por la noche y me encuentro a mi padre en la cocina, sentado ante una tortilla y un vaso de vino, con la mirada perdida, rebotando de malos presentimientos. Cuando me ve, frunce el ceño y levanta la ceja derecha. «Ya era hora», me dice, señalando con el dedo la esfera del reloj de pulsera. La recriminación me sorprende porque hasta ahora nunca me había parecido que le disgustara mi ausencia a la hora de cenar.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Tu hermana —dice, lacónico.

Se me alborota el corazón y mi padre se levanta y se dirige a la escalera en silencio. Lo sigo y subo detrás de él, como un perro que sigue a su amo sin saber dónde va ni por qué.

Abre la puerta de nuestra habitación y veo a Judit tumbada en su cama, encima de la colcha. Está encogida y se tapa la cara con un cojín en forma de estrella que compró mamá cuando éramos pequeñas y que está todo

deshilachado.

Papá se detiene en el umbral como un gigante inmóvil, con un gesto me indica que entre y farfulla entre dientes:

—Dice que le duele mucho la barriga. Seguramente le habrá venido la regla.

El corazón, que ya se me había tranquilizado un poco, da un bote y parece que se quiera parar. Noto un calor raro que me sube por el cuello hasta las mejillas. Me acerco a la cama y me siento cerca de mi hermana. Le pongo una mano en la espalda y la llamo por su nombre, bajito: «Judit. Judit, ¿qué te pasa?».

Mi padre da media vuelta y desaparece. Mi hermana se quita el cojín de la cara y le veo los ojos hinchados, ha llorado. «Ven», le digo. La acompaño al cuarto de baño y busco una compresa. Le explico cómo se usa. Me quedo fuera esperando. Oigo el agua de la ducha y después me la imagino siguiendo mis instrucciones, arrancando la tira de papel adhesivo de la compresa, colocándola en las bragas, poniéndoselas bien, pensando que se va a morir, que no se va a acostumbrar a tener eso entre las piernas. Pienso: «Más adelante le enseñaré a ponerse tampones». La acompaño de nuevo a la cama y le preparo un vaso de leche caliente. Mientras se lo toma, me quedo al pie de la cama y le digo que el dolor se le pasará enseguida, que la regla solo dura tres o cuatro días, que no se preocupe, que eso quiere decir que se ha hecho mayor.

Cuando se duerme me quedo despierta mucho rato. No concilio el sueño porque siento mucho no haber estado en casa. Siento que se haya asustado. Siento que no esté mamá. Siento que mi padre se irrite tanto; intuyo por primera vez que esa irritación es solo para esconder el desconcierto. Está tan desamparado como nosotras dos.

Así pues, en la biblioteca solo quedaba el sillón de lectura, el secreter de mi padre y el grabado de Romeo y Julieta. Y así, tan vacía, parecía enorme, desolada; sin poder evitarlo, pensé en la casa, tan repintada y coqueta, con las vigas curadas de la carcoma y las instalaciones nuevitas, la piscina que no

perdía agua y el jardín que volvía a tener buen aspecto, pero que pronto se quedaría tan vacía como la biblioteca.

Aparté este pensamiento con un movimiento de cabeza y empecé a tomar decisiones. El sillón, después de una larga vida al servicio de la lectura, se merecía la jubilación. El grabado lo envolví, protegido con plástico de burbujas, con la intención de guardarlo para regalárselo un día a la pequeña Julieta. Con el secreter en el que trabajaba mi padre no sabía qué hacer. Era un mueble de estilo *art déco* que había encontrado en un anticuario del Empordà y debía de valer bastante. Él estaba muy orgulloso. No podía negarse que era muy bonito. Y, de todos modos..., se pasaba horas escribiendo ahí y, en mi memoria, hombre y mueble se habían fundido en una sola cosa. No estaba segura de querer conservarlo, no me veía trabajando en él, pero tampoco estaba segura de querer deshacerme de él.

Empecé por vaciarlo. Abrí primero los cajones más pequeños, en los que encontré lapiceros viejos y bolígrafos con poca tinta, una caja de grapas, un paquete de pañuelos de papel, monedas sueltas, una bolsa de caramelos de café con leche. Era como si el secreter me dijera que seguía vivo y en activo, preparado para la siguiente sesión de trabajo de su propietario. Mi padre escribiendo en una hoja en blanco, mi padre desenvolviendo un caramelo y metiéndoselo en la boca, mi padre rascándose las patillas mientras buscaba la palabra justa.

En el cajón de la derecha encontré los diccionarios y sus gafas, en una funda de piel marrón. En el de abajo, un paquete de hojas en blanco y varios rotuladores. En la parte izquierda había otros dos cajones, el primero, con facturas, contratos y la última declaración de la renta. Lo guardé todo en una carpeta por si los abogados lo necesitaban.

Y abajo, en el último cajón, encontré unos cuantos papeles guardados en una funda de plástico transparente. Los dejé en el secreter, frente a mí. No me atrevía a tocarlos. Tenía el presentimiento de que no contenían nada bueno. Pero al final los saqué de la funda.

En la primera página decía, a modo de título: *La casa agonizante*. Mi padre había tachado las palabras con bolígrafo y debajo había escrito: *La casa que agoniza*.

Solo hojeé las primeras páginas, pero me bastó para saber que tenía en las manos el original de la última obra de Sebastià Sureda. Muy probablemente una obra inacabada.

Tenía la tentación de ponerme a leerlas inmediatamente. También apareció el recelo, con la misma intensidad que la tentación. O mejor, en honor a la verdad, debería decir pavor.

El manuscrito se me antojaba un pozo y no sabía si asomarme o no al brocal. Seguramente encontraría en el fondo todo lo que pensaba mi padre al final de su vida. Y era muy probable que todo ello desprendiera un hedor de podredumbre que no estaba segura de poder tolerar.

Me pasé un buen rato en este tira y afloja, dudando si leerlo antes de enseñárselo a mis hermanos o si convocarlos para hacer una lectura colectiva, una especie de aquelarre paternofilial.

No hice ni lo uno ni lo otro. Fotocopié las hojas sin leerlas, cogiendo cada una con dos dedos como si estuvieran infectadas y dejándolas encima de la máquina que las reproducía. Después hice tres juegos completos, los guardé en sendas carpetas y, con un rotulador rojo escribí: «Laura, Ignasi, Judit», respectivamente.

Al día siguiente, al caer la tarde, intuyendo que mis hermanos podían estar haciendo lo mismo, me metí en la cama y empecé a leer los cuarenta folios; calculé que podía tardar dos horas, si decidía llegar al final. En la mesilla de noche tenía una copa de vino tinto ampurdanés, suficientemente intenso y sabroso para hacer pasar la lectura.

Me adentré en *La casa que agoniza* como si anduviera descalza por un terreno plagado de cristales. Esperaba dar un paso en falso y notar el corte frío, la punta inclemente penetrando en el pie, la sangre.

Pero allí, en esas páginas que, ahora estaba segura, había escrito mi padre a modo de legado, solo encontré una tierra áspera pero conocida. Era mi padre en esencia, más sincero que nunca, más que nunca duro y frágil. Como el cristal, sí, pero entero, sin capacidad para herirme.

El protagonista de la obra era un hombre solitario que vivía refugiado en una casa fortaleza, símbolo de cuanto había tenido y se le había ido de las manos. El personaje que, en un monólogo inicial confesaba su tendencia

autodestructiva, consideraba lógico y, lo que es más, poético, que la casa fuera deteriorándose hasta reducirse a ruinas.

Terminé hacia la medianoche y me quedé allí tumbada, contemplando el techo impoluto, recién pintado. Unos minutos después me di cuenta de que necesitaba dos cosas: aire fresco y una copa de vino. Y, justo en el momento en que retiraba la colcha para salir de la cama, se encendió el móvil y empezó a vibrar como si volviera en sí de una lipotimia y comenzara a respirar de nuevo.

—¿Lo has terminado?

Era Judit.

—Sí. ¿Nos vemos en la cocina?

Estaba abriendo una botella de riesling que había traído tía Margot de Francia cuando entró Ignasi en calzoncillos, con una camiseta toda agujereada. Me eché a reír, aunque no tenía ganas.

—¡Qué pinta traes!

Nos sentamos alrededor de la mesa en la que desayunábamos todas las mañanas de los últimos meses, en los taburetes que tan incómodos le parecían a Margot y tan pequeños a Marcel. Levantamos las copas y las entrechocamos, pero nadie echó de menos un brindis. Después del primer sorbo, Ignasi dijo:

—Es decir, que el muy cabrón se había propuesto que la casa se cayera a trocitos, ¿no?

Era una forma burda de decirlo, pero había que reconocer que la frase resumía bastante bien lo que acabábamos de leer.

—No era dejadez, como creíamos. No es que no prestara atención a las cosas de la vida práctica. Era intencionado, quería, efectivamente, que la casa se deteriorase con el tiempo.

—Típico de él: como he permitido que mi vida sea una mierda, ¡que se vaya todo a la mierda!

—A mí me parece que pretendía convertirlo en un símbolo, dar sentido a su actitud, que, de otro modo, no sería más que una pataleta.

—¡Anda ya...!

La conversación se alargó hasta las primeras horas de la madrugada.

Repasamos todo el texto, serios a veces; otras, sarcásticos; al borde de la desolación en algún momento. En la última escena que le había dado tiempo a escribir, el protagonista contaba a su amigo íntimo la perversa relación que mantenía con la casa, y el discurso era particularmente estremecedor cuando se refería al jardín moribundo:

Me gusta ver secarse cada día un poco más las plantas desatendidas. ¿Cómo te lo explicaría?... La verdad es que me levanto con el aliciente de contemplar la proliferación de las malas hierbas... ¡Es mi razón de vivir! El deterioro del jardín me produce verdadero deleite... Espera, ¡no me interrumpas! ¿Qué ibas a decirme? ¿Que todavía conserva vestigios de los tiempos felices? Es posible, pero las imágenes, amigo mío, se borran poco a poco sin remedio...

Papá celebrando la desintegración del pequeño mundo en el que habíamos crecido y que tanto se había esforzado mamá en proteger. Exhibición de crueldad.

En las últimas páginas de la obra, este protagonista empezaba a elegir libros de su biblioteca y se dedicaba a arrancarles las páginas que no le interesaban o que, todo lo contrario, contenían palabras tan sublimes que le provocaban un sentimiento semejante al pánico. O se sentaba en el salón y se concentraba en oír los ruidos que delataban la decrepitud de la casa, el ronquido de las cañerías, los golpes de los postigos que se estampaban contra las ventanas, las ramas caídas que el viento arrastraba por el jardín, los maullidos desesperados de un gato que se moría de hambre y sed. Era una escena estremecedora que sin duda se ganaría la ovación de la platea.

El llanto —casi un maullido— de Julieta reclamó a Judit, y así dimos la sesión por concluida. Contra todo pronóstico, dormí como un recién nacido.

Al día siguiente a primera hora llamé a Víctor y le dije que tenía una buena noticia para su tesis doctoral, una obra inédita, casi terminada, de Sebastià Sureda, que se podía interpretar perfectamente como su testamento literario. Quedamos en que pasaría por casa a última hora de esa misma tarde y, al colgar el teléfono, me lo imaginé saltando y bailando. Después de comer, mientras Ignasi enseñaba la casa a una de las familias interesadas, fui a comprar jamón y queso, una hogaza de pan y helados. Luego pasé por casa de Mariola para invitarla y mandé un mensaje a mis sobrinos proponiéndoles

el mismo plan. No es que creyera que teníamos algo que celebrar, fue un pronto y, sencillamente, me dejé llevar por el impulso.

Habría podido ser un gran fracaso. Ignasi había dicho claramente que no tenía el menor interés en conocer a Mariola. Víctor tampoco la conocía, y tal vez al final su presencia le diera un exceso de información sobre la vida sentimental del protagonista de su tesis doctoral. Decidí arriesgarme. Solo quería organizar una cena informal de verano. Pan con tomate. Una despedida de la casa ligera, sin dramatismo. Solo el presente, sin rémoras del pasado.

Fue una cena bulliciosa, alegre. A última hora, previa consulta a Ignasi, invité también a Emi, que tenía que venir de todos modos a traer a sus hijos. Se apuntó encantada. Hacía unas semanas que salía con un hombre y había contagiado su felicidad a sus hijos en primer lugar, y después a su exmarido, mi hermano, que por fin parecía haberse liberado de cierto sentimiento de culpabilidad. La relación entre ellos volvía a ser cordial y me pareció que tanto Marcel como Clàudia se lo agradecían.

Brindamos por el nuevo amor de Emi, por el éxito de la tesis doctoral de Víctor y por la oferta que le habían hecho a Judit de incorporarse al reparto de una serie de televisión. Todavía no había decidido si aceptaría el papel, pero era evidente que su estado de ánimo había mejorado por el solo hecho de que la hubieran llamado.

Mariola, siempre tan bien educada y tan pendiente de todo el mundo, me preguntó si estaba trabajando en algún proyecto y, por primera vez, reconocí que, en cierto modo, sí, que las notas que había ido tomando a lo largo de esos meses podían llegar a transformarse en una novela. Sería como un diario de bitácora del viaje que habíamos hecho juntos, navegando en mar abierto entre las paredes de la casa de Alella. A mis hermanos se les abrieron los ojos como platos y mi sobrina, que no solía participar en las conversaciones colectivas, levantó la voz desde la esquina derecha de la mesa, donde estaba sentada, y, con una voz que pretendía hacerse oír, dijo: «Esa la pienso leer». Le guiñé el ojo desde el extremo opuesto de la mesa y luego dije: «Me parece que va a salir una adolescente que lee el diario de Anna Frank».

Al final, cuando empezamos a recoger la mesa y Mariola ya hablaba de

retirarse, llamaron a Ignasi por teléfono y entró un momento en casa.

La mesa estaba llena de copas vacías, servilletas arrugadas, migas de pan y conversaciones cruzadas. Judit y Emi se hacían confidencias mientras mi hermana acunaba suavemente el cochecito en el que dormía Julieta. Víctor hojeaba con gran concentración el original de la obra inacabada. Mariola pedía asesoramiento a mis sobrinos para abrir un perfil en Instagram y ellos se lo explicaban con paciencia infinita. De vez en cuando se echaban los tres a reír a carcajadas. Me recliné un poco en la silla y respiré la temperatura tibia de esa noche de mayo. Pronto haría un año que Tomàs se había enamorado de otra mujer, y de la muerte de papá. Parecía otra vida. El jazmín que trepaba por la pared hasta la galería exhalaba un aroma intenso pero delicado y el jardín, a la luz amarilla y vaporosa de las bombillas que colgaban por encima de nosotros, parecía un paraje submarino con muchas sombras en el que todo se movía a cámara lenta.

Miré a ambos lados y, casi a tientas, reconstruí escenas recientes y remotas, que ahora se mezclaban en los pliegues de la memoria como si todo estuviera muy lejos, pero, al mismo tiempo, acabara de suceder. Veía a mi madre saliendo de casa, en plena noche, para ir al encuentro de Mariola, pero Mariola estaba allí mismo, mirando fijamente la pantalla de su móvil y prestando atención a las indicaciones de Marcel. Veía a un adolescente rubio y terco, Ignasi, dando patadas a la pelota contra la pared, pero ahora era su hija, rubia y terca, la que se entretenía del mismo modo a mi lado. Veía a mi padre asomado a la galería, mirándonos con su actitud prepotente y desvalida al mismo tiempo, siempre lejos de nosotros. Apareció tía Margot con los labios rojos, la mirada irónica *oh, mon Dieu de la France*. Y me vi a mí también, corriendo asustadísima hacia el rincón en el que mamá yacía inmóvil el día de la tragedia. Fantasmas que habitaban en la memoria, en la casa, en el jardín.

Las puertas de casa se abrieron de par en par y mi hermano se acercó resueltamente. Vi la excitación en sus ojos, siempre risueños, y me preparé para oír algún despropósito, una de sus bobadas. Nos pidió silencio a todos dando unas palmadas, se apartó el flequillo soplando al aire y dijo:

—Familia, ya tenemos comprador.

Se impuso un silencio pequeño, minúsculo, en el que me pareció oír un zumbido, como si un insecto me pasara a toda velocidad junto a la oreja. Moví la mano un poco para espantarlo. No podía ser una abeja a esas horas de la noche.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a Ester Pujol i a Glòria Gasch, que han acompañado la vida de esta novela desde que empecé a pensar en ella hasta que se ha convertido en el libro que tenéis en las manos.

Notas

[1]. Tú, que siempre me acoges con una mirada tan alta, dime: ¿de qué color son tus ojos, Mahalta?
(Todas las notas son de la traductora.)

[2]. Estalla una rosa florida en la sonrisa / que me dejas cuando te vas / y, libre, cimbreo una rama entre
dos brisas, / de tu brazo cénit final.

Por eso pienso en ti si no estás a mi lado / y aquel adiós dentro de mí / me acerca a tu recuerdo con
dulce temor / de entrar yo solo en un jardín.

[3]. Traducción del húngaro de Judit Xantus, Salamandra/Quinteto.

[4]. Falta la referencia de la traducción al castellano.

[5]. *Ibid.*

[6]. Traducción del ruso de Víctor Gallego, Alba Editorial.

[7]. Traducción del alemán de Isabel Hernández, Alba Editorial.

[8]. Y que cumplas muchos más, Helena / chica cuellilarga, / que te ríes al aire / y siempre te ladeas.

[9]. Embutidos típicos catalanes.

Título original en catalán: El fibló

El aguijón
Sílvia Soler

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Sílvia Soler, 2019

© Editorial Planeta, S. A. (2019)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

© Columna Edicions Llibres i Comunicació, S.A.U., 2019

© De la traducción del catalán, Concha Cardeñoso Sáenz de Miera, 2019

La traducción de esta obra ha contado con una ayuda del Institut Ramon Llull.

 **institut
ramon llull**
Lengua y cultura catalanas

De las citas del interior : *La città e la casa*, de Natalia Ginzburg (Einaudi Editore, 1984); *El último encuentro*, de Sándor Márai (Salamandra, 2007, traducción de Judit Xantus Szarvas); *To the lighthouse*,

de Virginia Woolf (1927); *Bliss*, Katherine Mansfield (English Review, 1918); *Anna Karénina*, Lev N. Tolstói (Alba Editorial, 2012, trad. Víctor Gallego); *Las penas del joven Werther*, Goethe (Alba Editorial, 2011, trad. Isabel Hernández); *Romeo y Julieta*, William Shakespeare (Austral, 2015, trad. Ángel-Luis Pujante).

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2019

ISBN: 978-84-233-5528-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NARRATIVA **LITERARIA**



¡Síguenos en redes sociales!



